

PABLO GENTILI - FERNANDA SAFORCADA
(COORDINADORES)



**CIENCIAS SOCIALES,
PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO
Y FORMACIÓN DE POSGRADO**

DEBATES Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS

**GAUDÊNCIO FRIGOTTO - VÍCTOR MANUEL MONCAYO C.
JOAN SUBIRATS - LUIS TAPIA - JOSÉ IGNACIO LÓPEZ SORIA**

**CIENCIAS SOCIALES,
PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO
Y FORMACIÓN DE POSGRADO**

DEBATES Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS

Ciencias sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado : debates y perspectivas críticas / Gaudencio Frigotto ... [et.al.] ; coordinado por Pablo Gentili y Fernanda Saforcada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2012.

144 p. ; 15x20 cm. - (Red CLACSO de posgrados / Pablo Gentili)

ISBN 978-987-1891-10-8

1. Enseñanza Superior. 2. Posgrados. I. Gaudencio Frigotto II. Gentili, Pablo, coord. III. Saforcada, Fernanda, coord.

CDD 378.007

Otros descriptores asignados por la Biblioteca virtual de CLACSO:

Producción de conocimiento / Ciencias sociales / Investigación y desarrollo / Posgrado / Universidades / Evaluación / Sistema capitalista / Política científica / Neoliberalismo / América Latina

PABLO GENTILI - FERNANDA SAFORCADA
(COORDINADORES)

**CIENCIAS SOCIALES,
PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO
Y FORMACIÓN DE POSGRADO**

DEBATES Y PERSPECTIVAS CRÍTICAS

**GAUDÊNCIO FRIGOTTO
VÍCTOR MANUEL MONCAYO C.
JOAN SUBIRATS
LUIS TAPIA
JOSÉ IGNACIO LÓPEZ SORIA**

Colección
RED CLACSO DE POSGRADOS



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Editor Responsable Emir Sader - Secretario Ejecutivo de CLACSO

Coordinador Académico Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Colección Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales

Directores de la Colección Pablo Gentili y Fernanda Saforcada

Coordinadora de la Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales Fernanda Saforcada

Asistentes del Programa Anahí Sverdlhoff - Denis Rojas - Inés Gómez - Alejandro Gambina

Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO

Responsable Editorial Lucas Sablich

Director de Arte Marcelo Giardino

Diseño de tapa e interiores Fluxus Estudio

Primera edición

Ciencias sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado. Debates y perspectivas críticas

(Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2012)

ISBN 978-987-1891-10-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1101AAX Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Tel. [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO <www.biblioteca.clacso.edu.ar>

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Introducción.....9

Gaudêncio Frigotto

Los referentes teóricos de la investigación en ciencias sociales en el contexto de la crisis del sistema capital..... 17

Víctor Manuel Moncayo C.

Las ciencias sociales desafiadas por el nuevo orden capitalista..... 43

Joan Subirats

Repensar la ciencia política, repensar las ciencias sociales en los nuevos escenarios. Efectos en los formatos de evaluación académica y de financiación de la investigación 71

Luis Tapia

Universidad pública, posgrado y renovación del conocimiento y las sociedades 95

Pablo Gentili - Fernanda Saforcada

La expansión de los posgrados en Ciencias Sociales en América Latina. Desigualdad regional y mercantilización 107

José Ignacio López Soria

Para pensar los posgrados..... 134

INTRODUCCIÓN

• **¿**Cómo pensar en la actualidad la producción de conocimiento y la formación de investigadores en ciencias sociales? ¿Cuáles son los desafíos que se nos presentan hoy, luego de décadas de hegemonía neoliberal y de predominio de lógicas económicas, tecnocráticas y/o eficientistas en la regulación de la producción y la circulación del conocimiento en la educación superior? ¿Qué capacidad tenemos de mirarnos y repensar lo que estamos haciendo?

El presente volumen reúne una variedad de trabajos que aportan interesantes reflexiones y análisis sobre las ciencias sociales, las perspectivas desde las cuales se investiga, las políticas que regulan el campo y el sentido de la formación de científicos sociales en nuestras sociedades. Son trabajos que destacan por su riqueza, pero, sobre todo, por la honestidad intelectual que supone el gesto de mirar lo propio desde un lugar no complaciente, con rigor crítico.

En el año 2007, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales resolvió conformar la Red CLACSO de Posgrados. La decisión se imponía. Cuando CLACSO fue creado, la mayor parte de la investigación en ciencias sociales se llevaba a cabo en centros e institutos de investigación. Hoy, el centro de gravedad de la investigación social gira en torno a los posgrados, sea por la produc-

ción de sus estudiantes en el desarrollo de sus tesis o por la de los profesores/investigadores, en el marco de los equipos que dirigen y del trabajo con sus orientandos. Sin embargo, los posgrados, en nuestros países, se expandieron en un contexto de hegemonía de la Nueva Derecha y de mercantilización de la educación superior, lo que les imprimió, incluso en instituciones públicas de larga trayectoria y formas democráticas y colegiadas de gobierno, dinámicas competitivas, lógicas privadas y racionalidades individualizadas de funcionamiento en relación con sus posgrados.

En este contexto, la decisión de crear la Red CLACSO de Posgrados se hizo efectiva y se comunicó en la Carta CLACSO de julio de 2008, donde se sostenía:

Durante los últimos veinte años, el crecimiento de los posgrados ha sido exponencial, generando dinámicas institucionales muy alejadas de la cooperación o el intercambio y muy cercanas a la competencia, el aislamiento y a un nada estimulante darwinismo académico. Los posgrados en ciencias sociales no paran de crecer en toda América Latina y el Caribe, mientras las prácticas cooperativas, solidarias y de intercambio institucional, casi sin excepción, brillan por su ausencia. [...]

Retomando el desafío heredado, la Secretaría Ejecutiva ha dado inicio al proceso de consolidación de nuestra Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales, un espacio horizontal de cooperación académica entre los Programas de Posgrado en Ciencias Sociales del conjunto de instituciones que componen el Consejo. [...] El desafío de construcción y consolidación de esta nueva Red es, sin lugar a dudas, enorme. Estamos convencidos que una iniciativa de esta naturaleza puede contribuir a limitar los efectos perversos que las lógicas de competencia académica interinstitucional han creado en casi todos nuestros países. El compromiso de CLACSO con los principios de una ética pública basada en la solidaridad y la cooperación debe sustentarse en un plan de trabajo que aspire a construir ámbitos institucionales efectivos para la promoción de este tipo de prácticas.

En el marco de este proceso de conformación de la Red CLACSO de Posgrados y de preocupaciones compartidas en torno a las características asumidas por la mayor parte de las maestrías y los doctorados latinoamericanos, realizamos un relevamiento de estudios y artículos que refirieran a diversas cuestiones vinculadas con la producción de conocimiento, la formación de nuevos investigadores, lo público en relación con los posgrados, etc. Asimismo, participamos de numerosos ámbitos de intercambio y organizamos otros. Entre estos últimos, en la V Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales, organizada por CLACSO en 2009, en Cochabamba (Bolivia), se realizó la mesa redonda “Pensar las Ciencias Sociales: desafíos teóricos en la nueva coyuntura latinoamericana”.

Los artículos que integran este volumen fueron reunidos a partir de esas actividades. Constituyen un conjunto de escritos que, en su diversidad, refleja una arco amplio de reflexiones, análisis, perspectivas, debates.

En el primer capítulo, Gaudêncio Frigotto plantea la necesidad de analizar la crisis en los referentes teóricos en las ciencias sociales y humanas, producto tanto de la crisis del capitalismo como de las respuestas que se formulan en los planos económico-social y ético-político. Con este propósito, comienza analizando la crisis del “sistema capital” a partir de tres dimensiones: el agotamiento de su capacidad civilizatoria; su capacidad exponencial de producción de mercaderías así como de concentración de riqueza, conocimiento y poder, y su incapacidad de distribuir y socializar; y, por último, la hipertrofia del capital financiero especulativo que amenaza el pilar fundamental del capital, es decir, la propiedad privada.

En este contexto, los referentes teóricos se encuentran en crisis frente a los profundos cambios de las relaciones sociales capitalistas de este fin de siglo, en la medida en que sus categorías analíticas no permiten dar cuenta de esta realidad histórica. No obstante, crisis no significa fin del sistema capital ni de los paradigmas o categorías básicas que permiten afirmarlo o, por el contrario, comprender sus dinámicas y contradicciones. Es por eso que se

vuelve necesario dilucidar no sólo las consecuencias del capitalismo, sino su estructura fundamental, y, al mismo tiempo, revisar las perspectivas o los paradigmas desde los cuales, en el contexto de la crisis del sistema capital, se desarrollan comprensiones o respuestas. Para el autor, es el materialismo histórico el referente teórico que permite la comprensión del capitalismo tanto en sus consecuencias como en sus fundamentos y, por tanto, posibilita la praxis transformativa. Por eso, “en el campo específicamente educativo la contribución de la perspectiva del materialismo histórico es hoy crucial en América Latina. Se trata, ante todo, de efectivizar una comprensión de nuestra formación histórica y su particularidad. La crítica a todas las formas reiteradas de dominación y colonización cultural y educativa se impone como punto de partida.”

Victor Moncayo, en el segundo artículo, comparte las inquietudes de Gaudencio Frigotto pero desarrolla preguntas y perspectivas divergentes. Propone pensar los desafíos que se imponen a las ciencias sociales en el contexto actual, reconociendo que el capitalismo de hoy es otro respecto de su fase previa fordista-taylorista-keynesiana, con diferencias tan sustantivas que los instrumentos teóricos y analíticos construidos no resultan adecuados para responder a los retos que se plantean. La propuesta de Moncayo es “incomodarnos”, cuestionar las perspectivas consolidadas y correnos de los lugares comunes, que no permiten comprender el capitalismo actual.

Desde esta lógica, el autor desarrolla una serie de tópicos a modo de desafíos para las ciencias sociales, entre ellos, poner en cuestión las posturas academicistas, identificar el papel del conocimiento en el capitalismo, desarrollar perspectivas de entendimiento que permitan abordar las nuevas formas que asumen la producción, el trabajo, el control social y las relaciones entre Estado y mercado. En este sentido, cuestiona el papel que, desde algunos sectores académicos, se le ha asignado a la educación y al conocimiento como un campo aislado de la dinámica de organización social de la producción.

Para Moncayo, es deber de las ciencias sociales la comprensión del orden capitalista actual y formular nuevas claves

interpretativas de la organización de la producción, del sistema político, de los nuevos sujetos, superando los lugares comunes repetidos de manera acrítica tanto como las teorías que dieron cuenta de una fase del capital que ya ha mudado, en el marco del auto-reconocimiento de la academia como parte del orden social y político.

El tercer capítulo, de Joan Subirats, se introduce en un análisis de las características que ha asumido la producción y la circulación de conocimiento, así como las condiciones de la investigación y su relevancia social, en relación con las ciencias sociales en general y con la ciencia política en particular. Comienza desarrollando algunas reflexiones sobre el carácter científico de la ciencia política y sus aportes, para luego adentrarse, desde una perspectiva epistemológica, en el conocimiento social, su cualidad, su validez, sus formas de producción, su significatividad, su politicidad. Desde allí, formula algunos interrogantes para la ciencia política planteando la necesidad de repensar sus objetos, sus metodologías y sus modos de legitimar el conocimiento.

Subirats comparte con los autores de los capítulos anteriores la inquietud por la pérdida de capacidad interpretativa y descriptiva de los conceptos que, hasta hace no mucho tiempo, nos permitían organizar y comprender la realidad histórica. Para la Ciencia Política, esto se traduce en el desafío de redefinir sus comprensiones sobre categorías centrales para el campo, sus temas y objetos de estudio, y las dimensiones que aborda, así como las relaciones con otras disciplinas. En este sentido, el autor desafía a pensar que

el objetivo no es tanto el ganar científicidad, sino más bien ganar en capacidad de entender y de explicar. Necesitamos desbordar los límites de las ciencias sociales constituidas como espacios blindados, con metodologías que pretenden ser completas y autosuficientes. Cada vez más, los problemas son multidimensionales, y cada vez son menos susceptibles de ser confinados en las estrecheces de las disciplinas convencionales.

No obstante, estos movimientos e inquietudes en relación con las ciencias sociales conviven con lógicas –establecidas por las prácticas de evaluación científica, el poder de las editoriales académicas, las estructuraciones de las carreras de investigador, entre otras cosas– opuestas a estos desarrollos. Por eso, el autor sostiene que resulta fundamental que una perspectiva crítica esté presente en los debates en torno a las políticas de ciencia y tecnología, para evitar que los temas y problemas de investigación prioritarios sean definidos por quienes tienen mayor capacidad de influencia.

Luis Tapia, en el siguiente trabajo, analiza el rol de las universidades en su cualidad de espacio público, no sólo por los recursos que las sustentan, sino fundamentalmente por los debates interteóricos y los procesos en relación con el conocimiento que en ellas debieran tener lugar. En un primer momento, el autor aborda la educación como derecho y como espacio público. Al igual que Frigotto y Moncayo, sostiene que no puede pensarse la educación como campo aislado de los procesos políticos, económicos y culturales de los países, de modo que el vínculo entre el derecho a la educación, la ampliación del espacio público y la democratización de las sociedades constituye un tópico central.

La relación entre educación y democracia está dada no solo por la posibilidad del ejercicio de derechos, sino porque, en su relación directa con los sistemas económicos y políticos, y sus lógicas de reproducción, la definición de la ampliación de la educación pública o, por el contrario, la privatización de la educación –particularmente en el caso de la educación superior– tiene implicancias en términos del acceso, pero también en la discusión sobre la posibilidad de participación, de deliberación, de toma de decisiones colectivas, es decir, la ampliación o la reducción de la democracia en el seno de la vida política.

En este marco, el autor propone que la formación de posgrado debería tener, como una de sus tareas primordiales en América Latina, “la articulación de la autorreferencia intelectual”, es decir, generar las condiciones para la producción y la renovación de conocimiento dirigidas a la renovación de la vida social, po-

lítica, económica de las sociedades de esta región. Si bien Tapia refiere específicamente al caso boliviano, sus consideraciones y reflexiones asumen una extraordinaria importancia para pensar las ciencias sociales y la formación de posgrado en los países del sur, en función de la generación de un pensamiento con mayor autonomía frente a las pretensiones de universalidad de un conjunto reducido de experiencias y conceptos en el marco del eurocentrismo y el anglocentrismo.

El capítulo de Gentili y Saforcada analiza la notable expansión de los posgrados en ciencias sociales durante las últimas décadas, en América Latina y el Caribe, signada por los procesos de desarrollo, avances, oscilaciones y retrocesos de las políticas universitarias en esta región que, durante la segunda mitad del siglo XX, estuvo marcada por la inestabilidad, los frecuentes quiebres en la institucionalidad democrática y las políticas de educación superior orientadas hacia una creciente privatización.

Los autores señalan que, en este contexto, los procesos de crecimiento de los posgrados en ciencias sociales latinoamericanos no se vinculan solamente con la multiplicación de la oferta, sino también con las modalidades que ha asumido este nivel de formación, caracterizado por las profundas desigualdades existentes dentro de la región, los problemas de financiamiento, las prácticas competitivas instaladas en el marco de procesos de mercantilización de la educación superior, las dificultades para articular formación e investigación, el problema del colonialismo y de la influencia de los países del norte, entre otras cuestiones. Gentili y Saforcada plantean que, dadas estas características, resulta imprescindible abrir el debate sobre las políticas de posgrado que vienen desarrollándose en esta parte del mundo.

El libro cierra con el artículo de José Ignacio López Soria, quien llama la atención una vez más sobre la importancia de considerar que los posgrados no están escindidos del orden social y económico actual, a la vez que invita a pensar cómo se insertan en el proyecto moderno. Desde esta perspectiva, advierte que los posgrados, cuando no se reducen a mercancía, son a menudo pensados como medios para el cumplimiento de las promesas

de la modernidad, lo que lleva a inscribirlos en una racionalidad que acompaña la lógica del poder y la fortalece. Así, “al volverse funcionales a la racionalidad moderna, los posgrados –es decir la cúspide del ejercicio del conocimiento- dejan de ser espacios para el pensamiento crítico y creativo, para convertirse, cuando lo consiguen, en piezas que mejoran la eficiencia de un sistema de cuya universalidad es hoy razonable dudar”.

En el marco de estos procesos, el autor señala que se tiende a concebir lo posgrados desde un punto de vista lineal y funcional, como perfeccionamiento de la formación del grado. Frente a esto, destaca la importancia de concebirlos no como una nueva instancia de provisión de conocimientos, sino como un espacio para convocar al pensamiento, remarcando que “no es lo mismo proveer de conocimientos que convocar al pensamiento”. En este sentido, la discusión sobre epistemología, metodología y referentes teóricos desde los cuales se organizan los posgrados, implica la relación con la realidad social contemporánea en cuanto la estructura de los posgrados determina si éstos son herramienta de reproducción del orden actual imperante o son la convocatoria a la reflexión, el pensamiento y la crítica para la transformación social.

La variedad de los artículos reunidos y de las perspectivas y las posiciones desarrolladas por sus autores refleja el gesto de comenzar a mirar(nos) el campo de las ciencias sociales y las formas institucionales que ha asumido en las últimas décadas, de la mano de la expansión de los posgrados. Los análisis aquí ofrecidos encarnan la intención de renovar las miradas críticas tanto en relación con las condiciones de producción y de formación en investigación social, como con su inscripción y significación en los procesos sociales, políticos y económicos actuales.

Pablo Gentili y Fernanda Saforcada

LOS REFERENTES TEÓRICOS DE LA INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES EN EL CONTEXTO DE LA CRISIS DEL SISTEMA CAPITAL

GAUDÊNCIO FRIGOTTO*

Aún después del “fin de la historia”, parece persistir una cierta curiosidad histórica en general más sistémica que meramente anecdótica: no saber solamente lo que va a acontecer después, sino también una ansiedad más general sobre la suerte o el destino de nuestro propio sistema o modo de producción [...] Parece que hoy es más fácil imaginar el deterioro total de la tierra y de la naturaleza que el colapso del capitalismo tardío; y tal vez eso pueda ser atribuido a la debilidad de nuestra imaginación (Jameson, 1997: 10-11).

El epígrafe de Jameson nos proporciona dos elementos básicos para lo que nos proponemos en este análisis: la forma como se expresa la sociabilidad capitalista en profunda crisis –pero también con una fuerza destructiva de derechos sin precedentes– y la crisis de la teoría social para aprehender la naturaleza de esta sociabilidad y las formas alternativas de intervención política en la realidad en que vivimos.

* Doctor en Educación. Profesor Visitante en la Universidade do Estado do Rio de Janeiro y Profesor Titular Asociado en la Facultad de Educación en la Universidade Federal Fluminense. Miembro del Consejo Directivo de CLACSO (2003-2006), y del actual directorio de la Associação Nacional de Pesquisa e Pós-graduação em Educação (ANPEd).

La crisis de los referentes teóricos de las ciencias sociales y humanas la entendemos como expresión, por un lado, de la crisis del sistema capital y, por el otro, como consecuencia contradictoria de los mecanismos para su solución en el plano económico-social y ético-político. Partiendo de esta comprensión, algunos presupuestos nos parecen fecundos para el debate en esta Conferencia de CLACSO que congrega casi 200 centros de investigación del campo de las ciencias sociales y humanas.

En primer lugar es importante tener en cuenta que todas las teorías o ideologías vigentes que sustentan la investigación del campo social tienen interferencia en las relaciones y prácticas sociales, ya sea en su reproducción, re funcionamiento o en su crítica y búsqueda de transformación. Es decir, las teorías o incluso las perspectivas de sentido común son parte de la realidad social e interfieren sobre la misma.

Por ser las teorías científicas históricas, y por vincularse a determinadas concepciones de la realidad, no sólo no son neutras y relativas, sino que no se suman. Al contrario, se enfrentan en la búsqueda por entender y significar la realidad histórica. Esto no impide que una teoría se valga, de forma subordinada, de aportes de otras teorías conflictivas. Esta comprensión permite, al mismo tiempo, superar el eclecticismo y el dogmatismo.

El conocimiento que producimos por el sentido común o por el trabajo sistemático de investigación, en las ciencias sociales y/o humanas, tiene como punto de partida y de llegada los procesos de la vida humana históricamente construidos. Siendo así, el plano ontológico es la base del epistemológico y no a la inversa, aún cuando el epistemológico sea el camino a través del cual podemos ordenar la comprensión del ontológico y de que las teorías y las ideologías sean parte de la realidad histórica.

Es desde esta comprensión de la realidad histórica que Marx, en diferentes pasajes y obras, señala el carácter dialéctico de la realidad, siendo la materialidad de esta realidad y su movimiento el punto de partida y de llegada, mediada por las teorías, representaciones e ideologías. Al discutir la cuestión de la religión, Marx observa que no es la religión la que hace al ser humano, sino

que un determinado ser humano o los seres humanos son quienes producen determinada religión. Pero, en seguida, señala que la religión también hace al ser humano, y allí donde hay un pobre ser humano hay una pobre religión (Marx, 1977). En la misma perspectiva, se sitúa la tesis de que no es la conciencia la que crea la realidad sino que es a partir de una determinada realidad que el ser humano produce su conciencia (Marx y Engels, 1979). Pero, aquí también, es parte de la realidad.

Esos presupuestos se direccionan en un sentido opuesto al contexto que se viene instaurando y se tornan un sentido común sobre la existencia o, como afirman algunos más cautelosos, sobre la emergencia de un “nuevo paradigma científico”, neoliberal, posestructuralista o posmoderno, “poscrítico” en una sociedad posindustrial (Bell, 1973), sociedad del conocimiento y pospolítica. Esta comprensión, analizada en los marcos de la concepción materialista del conocimiento¹, resulta de una determinada concepción de realidad despojada de historicidad. Se trata de una concepción que no distingue, en el plano histórico, los cambios o las rupturas que mudan la naturaleza de las relaciones sociales del modo de producción vigente, de otras mudanzas que traen alteraciones, manteniendo no obstante el antiguo orden social.

Nos proponemos inicialmente en este análisis, plantear una breve visión de la anatomía de la crisis del sistema capitalista y de sus contradicciones. En seguida destacaremos algunos aspectos de aquello que denominamos laberinto de los referentes teóricos, destacando por qué entendemos que la concepción ontológica,

1 Por concepción materialista de conocimiento entendemos aquella que se afirma en la comprensión de que el desafío de la investigación es aprehender las múltiples determinaciones y mediaciones constitutivas de un determinado fenómeno de la realidad y los procesos de su movimiento y transformación. Se trata de una concepción que busca trabajar los objetos de investigación relacionando parte y totalidad, sujeto y objeto, singularidad, particularidad y universalidad en la comprensión de las determinaciones constitutivas del núcleo fundamental del fenómeno que se quiere comprender.

histórica y científica del materialismo histórico es la que consigue llegar a la raíz de la condición humana, en el interior de las relaciones sociales capitalistas, de forma más abarcadora y radical en relación a las demás concepciones y teorías vigentes. Consecuentemente, también este instrumental crítico permite revelar la naturaleza antisocial y antihumana de las relaciones sociales capitalistas. Finalmente, desarrollaremos algunas consideraciones relacionando estos dos aspectos con el actual momento de la investigación en el campo social.

1. CAMBIOS SOCIETARIOS BAJO EL (DES)ORDEN DEL SISTEMA CAPITAL Y LA AMPLIACIÓN DE LA DESIGUALDAD

Vivimos en un tiempo complejo y de mudanzas profundas en los campos científico y tecnológico, económico, cultural, social, ético-político y educacional. Un contexto en el cual, al contrario de lo que postula la ideología de la globalización, asistimos a un veloz proceso de mundialización de las mercaderías y del capital (Chesnais, 1996), monopolio de la ciencia y de la técnica y una profunda exclusión social. Un capitalismo, como nos muestra Mézáros (2002), que agotó su cuota de capacidad civilizatoria y que ahora, para mantenerse, destruye todos los derechos conquistados históricamente por la clase trabajadora y subordina la ciencia y la técnica a los procesos de exclusión. Un modo de producción en el cual, como nunca, existen razones objetivas para superarlo. Esto queda claro cuando examinamos el curso que asumen los cambios que hoy presenciamos en diferentes ámbitos.

En el campo científico y tecnológico, la revolución más profunda se sitúa en el ámbito de la microelectrónica asociada a la informática y a la ingeniería genética. Se produce una mudanza cualitativa que altera la materia, vinculando masa y energía a la información. El acceso y la definición política de estas tecnologías están dentro de una lógica unilateral de la globalización o mundialización del capital. Ciencia y tecnología están cada vez más concentradas en las manos de del capital. Una fuerza pro-

ductiva que resulta del trabajo humano colectivo y que se vuelve contra el trabajador.

En el campo económico, con la mundialización del capital que, al contrario de lo que intenta mostrar la ideología de la globalización, significa el aumento de la desigualdad entre naciones, y entre grupos sociales, más del 80% del comercio es realizado entre los países ricos. Parte del mundo está librado a su destino, a su dolor, hambre y muerte. Ya no le interesa al mercado. Pero lo económico es producido políticamente.

En efecto, en el plano político las naciones pierden su autonomía y los grupos económicos internacionales son el verdadero poder de hecho a nivel mundial. Los ministros de economía y directores de los Bancos Centrales de nuestra América Latina son una especie de funcionarios menores o socios subordinados del capital financiero. Más que nunca, se explicita lo que Celso Furtado (1966) subrayaba cerca del subdesarrollo en América Latina: no como una etapa del desarrollo sino como un tipo específico de desarrollo. Y, más allá, lo que Florestan Fernandes (1968 y 1973) caracterizó como modernización de lo arcaico, y de sociedades de capitalismo dependiente. No se trata sólo de una relación asimétrica con los centros hegemónicos del sistema capital, sino de una relación de asociación subordinada de las burguesías locales².

El resultado de esta situación se refleja en el plano social. Una minoría que acumula cada vez más riqueza y las mayorías excluidas de los mínimos derechos y cada vez más pobres. Las grandes fortunas aumentaron un 12% en América Latina. En contrapartida, los millones de personas que viven con menos de dos dólares por día aumentaron exponencialmente. Como la tecnología permite aumentar productividad sin aumentar empleados, el otro efecto social es la crisis del trabajo asalariado. El desempleo

2 La categoría de capitalismo dependiente se opone frontalmente a las tesis de la modernización hegemónicas en el campo conservador y neoconservador y, también, supera la comprensión lineal de centro y periferia para señalar, al mismo tiempo, las alianzas y el conflicto de clase; sobre el tema del capitalismo dependiente.

es el problema social y político fundamental en este fin de siglo. El cuadro que Robert Castel (1997) nos presenta es poco auspicioso y prevé: desestabilización de los trabajadores estables mediante el aumento de la intensidad en la explotación y por la permanente amenaza de pérdida del empleo; instalación de la precariedad del empleo mediante la flexibilización del trabajo, trabajo temporario, tercerización y el aumento creciente de los sobrantes, o sea, de los contingentes no integrados y no integrables al mundo de la producción³.

En el plano cultural también se instaura una profunda dominación, con hegemonía del poder norteamericano. Las grandes redes de televisión y de información, monopolio de pocos, imputan los valores de consumo de las economías centrales y de su estilo de vida. Una cultura mediada por el dinero (Jameson, 2001). El programa *Big Brother* es un ejemplo emblemático de la basura a la que estamos sometidos y de la profunda alienación que nos es impuesta. Pero esta dominación se da también en el campo del arte, de la música, del cine y, sin duda, en el campo educativo. La Organización Mundial del Comercio es un vehículo poderoso de esta dominación.

Pero, quizá, uno de los campos donde la mercantilización es más aterradora es en relación al comercio de la vida humana. La propiedad de las células tronco y las pesquisas de clonación humana de los laboratorios privados apuntan al mercado de la vida. ¿Y cuál es la ética de este mercado? Es la ética del negocio y de la utilidad para el lucro.

Es necesario tener en cuenta, también, que la globalización, o mundialización del capital, en sus formas actuales, no es producida por la tecnología, sino que es una acción política históricamente construida. La apropiación cada vez más privada de la tecnología, digital-molecular, permite que las firmas se constituyan en redes transnacionales y el capital se desarrolle en una “especie

³ Con respecto a los cambios violentos sobre la personalidad de los seres humanos, ver también: Richard Sennet (1999).

de extraterritorialidad”, quitando a los estados nacionales su soberanía. Se estructura entonces un “poder sin sociedad”.

Este escenario denso de lecciones cotidianas concretas tiende a producir una representación o subjetividad colectiva, o una “subjetivación de la objetividad” de que las relaciones sociales capitalistas son imbatibles. Aún aquellos que luchan por su superación, por entender que se trata de relaciones sociales que escinden y dividen el género humano, no consiguen percibir la existencia de fuerzas inmediatamente visibles capaces de alterar, en el corto plazo, esta nueva, violenta y antisocial realidad del capital, aunque, como nos indica Mészáros, éste haya agotado su parca capacidad civilizatoria y ahora sea una pura relación destructiva (Mészáros, 2002).

Todavía, en el momento que se pensaba la hegemonía absoluta del mercado y del sistema capital, con una libertad casi absoluta del sistema financiero y de la especulación sin reglamento, se manifiesta una crisis sin precedentes, justo en el núcleo central del sistema o del imperio.

¿Cuáles serían los elementos que nos permitan afirmar que el capital, en su ciclo de acumulación mundializada, flexible y desreglada, engendra crisis y contradicciones sin precedentes? Si el sistema capital siempre tiene la capacidad de superar sus crisis cíclicas y energía inicial para recomponerse, efectivamente, el capital, su ciencia e ideología serán eternos. ¿Pero no es justamente éste el argumento ideológico del liberalismo conservador y destructivo de millones de seres humanos?

Una amplia producción intelectual nos permite destacar algunos elementos de la especificidad, y de la profundidad sin precedentes, de la crisis del capital mundializado y los dilemas que se plantean para la viabilidad de la vida de millones de seres humanos.

Vivimos en la era de una crisis histórica sin precedentes. Su severidad puede ser medida por el hecho de que no estamos frente a una crisis cíclica del capitalismo más o menos amplias, como las vividas en el pasado, sino frente a una crisis estructural, profunda, del pro-

pio sistema del capital. Como tal, esta crisis afecta –por primera vez en toda la historia– al conjunto de la humanidad, exigiendo, para que esta sobreviva, algunos cambios fundamentales en la manera por la cual el metabolismo social es controlado (Mészáros, 2000: 7).

Destacamos tres dimensiones articuladas de la crisis del “sistema capital”⁴: agotamiento de su capacidad civilizatoria; capacidad exponencial de producir mercaderías, concentración de riqueza, de conocimiento y de poder, y su incapacidad de distribuir y de socializar la producción para el servicio de las necesidades humanas básicas; y la hipertrofia del capital financiero especulativo que amenaza el pilar fundamental del capital: la propiedad privada.

La primera dimensión –el agotamiento de la capacidad civilizatoria del capital– se manifiesta en el movimiento contradictorio, del poder sin precedentes del capital, de explotar trabajo abstracto subsumiendo el cuerpo y la mente del trabajador y, al mismo tiempo, de atrofiar y de esterilizar trabajo, mutilando millones de seres humanos en un contexto en el que se dilataron y potenciaron las fuerzas productivas que posibilitarían el trabajo libre –tiempo de elección, de fruición y creación.

La segunda dimensión, que nos permite entender una calidad nueva de la crisis del capital a escala mundial es, por un lado, la capacidad fantástica de los avances de las fuerzas productivas para producir mercaderías y servicios a una escala sin precedentes, agravando la tendencia a las crisis de superproducción y, por otro, la vergüenza de la miseria y del hambre que, en proporciones diversas, alcanza a la mitad de la humanidad. Se vuelven cada vez menos justificables racionalmente, en nombre de la salud del mercado, de los estoques reguladores y de las tasas medias de lucro del capital, las políticas que inducen a la no producción de alimentos, remedios, etc., o la destrucción de toneladas de

4 La distinción que Mészáros (2002) realiza entre crisis del capitalismo y crisis del sistema capital no es una indicación de orden epistemológico y metodológico. Esta distinción apunta a que lo que está en crisis es la *relación social* que fundamenta el modo de producción capitalista.

los mismos. Se trata de políticas criminales que producen, por problemas vinculados directa o indirectamente al hambre y a la desnutrición, 30 millones de muertes anuales (Raposo, 2000: 20). También es insoportable el hecho de que 4,5 billones de personas, especialmente de los países pobres, tengan para consumir apenas 14% de la producción mundial y 1,5 billones se apropien del 86% de esa producción.

Por fin, la tercera dimensión nos permite vislumbrar fisuras en el núcleo estructurante de la forma que asume el capital mundializado. A partir de una literatura, que Francisco de Oliveira considera osada, el mismo autor apunta que la masa de capital ficticio y especulativo configura un movimiento de “pasaje de una sociedad jurídico-política en dirección a la sociedad molecular-digital”. Este movimiento afecta, en último análisis, la base fundamental de la forma capital de relaciones sociales –la propiedad privada⁵.

¿Qué desdoblamientos pueden ser esperados de este conjunto de contradicciones y de la particularidad de una crisis estruc-

5 “El proceso invisible por excelencia es el capital ficticio, que viaja en tiempo real-digital de un lugar para otro en el mundo: y viaja en moléculas, que es el propio dinero, no necesitando fijarse en unidades físicas. Aún cuando se fija en unidades industriales, lo que preside el orden de esta fijación es el carácter ficticio del capital dinero, al contrario de la sociedad del conflicto, en que el capital-dinero solo existe después de construir la fuerza de trabajo vivo. La sociedad del orden jurídico-político está fundada en la propiedad tangible, en cuanto en la sociedad molecular-digital la regla es lo intangible, lo invisible [...]. En el orden jurídico-político en destrucción, un orden de propietarios, de sujetos, se constituyen foros en que las partes del contrato pueden cobrarse, mutuamente, por los prejuicios o agravios producidos por un autor que se puede conocer. En el orden-desorden molecular-digital, tal procedimiento es impensable. El episodio de la quiebra del Barings Bank de Inglaterra motivado por un joven especulador de Malasia, es emblemático en este sentido. ‘Detonó un proceso que liquidó una doblemente centenaria institución bancaria. Evidentemente, aunque se establezca la acción de ese operador como el momento inicial del *Big Bang*, su punición individual no repara una pérdida en billones de dólares’” (Oliveira, 1998: 8-9). La crisis de septiembre del 2008 es, sin duda, de naturaleza más amplia y tiene, por eso, consecuencias más profundas.

tural del capital mundializado? Aceptándose la tesis de Mészáros de que esta crisis y contradicciones evidencian el agotamiento de la capacidad civilizatoria del capital, permaneciendo ahora apenas su fuerza destructiva, la conclusión racional y ético-política es que tal sistema ya no se justifica más y su superación por un nuevo orden de relaciones sociales socialistas se impone históricamente como necesaria. Lo que buscamos rescatar de los análisis críticos de la anatomía del capital mundializado postula que el capital no tiene nada para colocar en su lugar salvo barbarie y aniquilamiento de las bases sociales y materiales de la vida humana.

Este creciente carácter destructivo, violento y antisocial del capital, en la comprensión, una vez más, de Jameson, “tiene el beneficio palpable de forzarnos a concebir por lo menos la posibilidad de sistemas alternativos, algo que podemos identificar como nuestro viejo amigo, el pensamiento utópico” (Jameson, 1997: 80).

Varios movimientos en el mundo dan señales de que puede haber mundialización del pensamiento crítico y utópico. Los embates de los pueblos, sobre todo indígenas, articulados con luchas más amplias de la clase obrera, especialmente en Bolivia, Ecuador, el histórico movimiento social de Chiapas en México y el movimiento de los Sin Tierra en Brasil, son los más emblemáticos. Todavía toman fuerza los movimientos de las mujeres, de las negras, de los indios y otros movimientos vinculados a los “hijos de la pobreza” y excluidos de los derechos más elementales. Uno de los resultados políticos de mayor alcance, que incluye en su organización a muchos de estos grupos, movimientos y organizaciones, es la institucionalización del *Foro Social Mundial*, aunque tenga alterada su forma, cuyo objetivo es combatir la lógica destructiva del capital mundializado.

El papel transformador de la teoría e investigación social está condicionado a su acuidad en aprehender las determinaciones, o mediaciones, de orden económico, político, cultural y simbólico de la sociabilidad del capital mundializado, su fuerza, contradicciones y debilidad y, al mismo tiempo, vislumbrar los indicios donde se aglutinan los intereses y las fuerzas, capaces de

producir una alternativa de relaciones sociales. Ésta no es apenas una cuestión de orden teórico y político sino, y fundamentalmente, una cuestión ética.

2. LOS REFERENTES TEÓRICOS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL EN AMÉRICA LATINA: EL FIN O CRISIS DE LOS PARADIGMAS

Un balance de las teorías que sostienen la investigación en el campo de las ciencias sociales y humanas, hasta donde podemos percibir, tienden a aceptar, por caminos aunque distintos, el camino más corto y equivocado de proclamar el fin de los paradigmas y referenciales estructurados en el seño de la modernidad.

La comprensión que buscamos profundizar, en la perspectiva que nos sugiere Jameson en el epígrafe de este texto, parte de considerar que todos los referentes teóricos se encuentran en crisis frente a los cambios bruscos y sin precedentes, de las relaciones sociales capitalistas de este fin de siglo. Vale decir, sus categorías analíticas están estremecidas porque no dan cuenta de aprehender la materialidad de las mediaciones y de las determinaciones constitutivas de las relaciones sociales hacia el interior de una nueva sociabilidad del capital. Pero crisis no significa el fin del *sistema capital* y de las categorías básicas que lo afirman, o las que nos permiten entender su naturaleza histórica, su movimiento y contradicciones. Vale decir, no significa el fin de los referenciales estructural-funcionalistas y positivistas que justifican el orden capitalista o los referentes críticos a este orden.

En lo que concierne al materialismo histórico, como nos recuerda Jameson, este referencial siempre entró en crisis cuando el capitalismo, su objeto de crítica, sufrió cambios bruscos. Este referente que se estructura como crítica radical al capitalismo, solo podría, por tanto, efectivamente acabar cuando las relaciones capitalistas fuesen superadas. Pero los referentes teóricos de la ciencia burguesa, por las mismas razones, están en crisis. Esto explica el retorno, con el nombre de neoliberalismo, a las concepciones del liberalismo conservador estructuradas de forma siste-

mática, en este siglo, por Friedrich Hayek (1980, 1987). La apología a la libertad del mercado y la crítica a todas las formas de políticas igualitarias son el centro de las tesis de Hayek. Para él la primera conduce a la prosperidad y las segundas a la servidumbre

El recurso común de los prefijos *neo* o *pos* no posee el poder mágico de sacar del pantano o del “laberinto del Minotauro”⁶, del cual nos habla la mitología griega, a los referentes teóricos de las ciencias sociales y humanas. Resulta ser más adecuado, en el plano científico y ético-político, enfrentar las agruras del pantano y los riesgos del laberinto.

Por una cuestión más didáctica que epistemológica, agrupamos, para explicitar que no se trata de fin de paradigmas sino de crisis de los mismos, tres tendencias dentro de las cuales se desarrollan gran parte de la investigación del campo de las ciencias sociales y humanas en América Latina y que orientan de forma inmediata y directa o mediata e indirecta las políticas económica, social, cultural y educativa.

2.1 Los referentes que sostienen la concepción conservadora del conocimiento y de la realidad social

Con la crisis del socialismo real, por un lado, y, por otro, con la crisis del capitalismo, antes mencionada, la teoría fundada en las perspectivas del liberalismo conservador –positivismo, funcionalismo y neopragmatismo– ganó un enorme aliento. La tesis del *fin de la historia* en la obra de Francis Fukuyama (1992) dilucida de

6 El Minotauro, según la leyenda griega, hijo de Pasífae, mujer del dios Minos, era un monstruo que tenía cuerpo de hombre y cabeza de buey. Avergonzado con el nacimiento de este monstruo, Minos encargó al artista Dédalos construir un inmenso palacio –el Laberinto– repleto de corredores que se entrecruzaran y de aposentos dispuestos de tal manera que quien entrase en él no acertara el camino para salir y fuera devorado por el Minotauro. Eso duró hasta que Teseo, un héroe llegado de Creta, lo mató. Teseo salió del Laberinto gracias a Ariadna, hija de Minos y Pasífae. Movida por una repentina pasión por Teseo, le dio un ovillo de hilo para que, al entrar en el Laberinto, lo fuese desenrollando de tal suerte que después de la lucha pudiese encontrar el camino de regreso (Guimarães, 1972).

forma cabal cuál es el raciocinio silogístico: si el socialismo, cuya base teórica es el materialismo histórico quebró, con él quebró también esa teoría. En contrapartida, si el capitalismo es el victorioso, su teoría permanece y tiene que ser plenamente retomada. En realidad, esta forma de razonamiento deriva del hecho de que las ideas, conceptos o doctrinas en las relaciones de producción capitalista tienden a evadir sus fundamentos reales.

En efecto, el ideario que se afirma de todas las formas posibles, sobre todo a través de las poderosas redes de información, sostiene que estamos iniciando un nuevo tiempo para el cual debemos ajustarnos de manera irreversible –el tiempo de la globalización, de la modernidad competitiva, de la reestructuración productiva y de la reingeniería. Este ajustamiento presupone contener y restringir la esfera pública y efectivizarse de acuerdo a las leyes de la competitividad del mercado mundial. Se trata, como señalan Bourdieu y Wacquant (2000), de una nueva *vulgata*.

Como todas las mitologías de la edad de la ciencia, la nueva *vulgata* planetaria se apoya en una serie de oposiciones y equivalencias, que se sostienen y contraponen para describir las transformaciones contemporáneas de las sociedades avanzadas: desvinculación económica del Estado y énfasis en sus componentes policiales y penales, desregulación de los flujos financieros y desorganización del mercado de trabajo, reducción de las protecciones sociales y celebración modernizadora de la “responsabilidad individual” (Bourdieu y Wacquant, 2000: 5-6).

Como consecuencia, y al mismo tiempo refuerzo, se afirma con una fuerza extraordinaria la ética individualista que en el campo pedagógico se manifiesta bajo las nociones de competencias⁷, competitividad, habilidades, calidad total, empleabilidad, pero

7 Esta noción significa, al mismo tiempo, un conjunto de capacidades y habilidades adquiridas y que las mismas tornen, al sujeto que las posee, competitivo. Significado éste que deriva de la ideología neoliberal, cuyo eje central es la fe en el libre mercado.

que en el ámbito social más amplio se define por nociones constitutivas de un supuesto “nuevo paradigma”.

Se trata, como nos muestran los autores arriba mencionados, de un *argot* ideológico dentro del envoltorio de una *novlangue*.

En todos los países avanzados, patrones, altos funcionarios internacionales, intelectuales de proyección en los medios de comunicación y periodistas de primera línea se pusieron de acuerdo para hablar una extraña *novlangue* cuyo vocabulario, aparentemente sin origen, está en todas las bocas: “globalización”, “flexibilidad”, “governabilidad”, “empleabilidad”, “*underclass*” y exclusión; nueva economía y “tolerancia cero”, “comunitarismo”, “multiculturalismo” y sus primos posmodernos, ‘etnicidad’, ‘identidad’, ‘fragmentación’, etcétera (Bourdieu y Wacquant, 2000: 1).

No es por acaso que el ideario que fundamenta las reformas educativas latinoamericanas, para ejemplificar en el campo que yo investigo, se fundamenta a su vez en las tesis del Banco Mundial y del mundo de los negocios cuyo parámetro son las necesidades del mercado. De allí la afirmación de la concepción productivista, individualista y pragmática del capital humano o neopragmático de la pedagogía de las competencias y de la competitividad (Frigotto, 1998; Ramos, 2001), cuyo papel es desarrollar *habilidades de conocimiento, de valores y actitudes y de gestión de la calidad*, definidas por el mercado con el objetivo de formar para la empleabilidad⁸.

8 Esta noción explícita de forma emblemática un contenido ideológico que enmascara las relaciones sociales de exclusión y focaliza el fracaso de los excluidos como un problema individual. La cita a continuación refleja de forma pura esta ideología: “La empleabilidad es un concepto más rico que la simple búsqueda o inclusive la certeza de empleo. Es el conjunto de competencias que usted comprobadamente posee o puede desarrollar –dentro o fuera de la empresa. Es la condición de sentirse vivo, capaz, productivo. Ella dice respecto a usted como individuo más allá de la situación, buena o mala de la empresa o del país. Es lo opuesto al antiguo sueño de la relación vitalicia con la empresa. Hoy la única relación vitalicia debe ser con el contenido de lo que usted sabe y puede

En este contexto, la función de la escuela ha sido, predominantemente, debilitar las perspectivas ético-políticas que afirman la responsabilidad social y colectiva y la solidaridad y reforzar el ideario de una ética individualista, privatista y consumista. El objetivo es producir un ciudadano mínimo, un consumidor pasivo que se sujete a una ciudadanía y una democracia mínimas y formales. “El ciudadano que cumple competentemente sus deberes en el trabajo y ‘paga impuestos’ es erigido como modelo: entrega todo aquello que es necesario para el funcionamiento de la sociedad. El hecho de que carezca de visiones globales y de sentido crítico, en vez de ser visto como defecto, pasa a significar un aumento de su virtud, porque la política ya no es, como pensaba Platón, un oficio de todos los ciudadanos, sino de los especialistas” (Paris, 2002: 240).

2.2 Posmodernismo ¿comprensión de la diferencia y/o afirmación de la fragmentación y desigualdad?

En el ámbito de investigación del campo de las ciencias sociales la perspectiva arriba mencionada, por cierto, no es la dominante. Lo que se amplía y toma cuenta del ambiente de la investigación en las Universidades es una amplia constelación de posturas posmodernas. En nombre de la diversidad, diferencia y alteridad, refuerzan, la mayoría de las veces, el individualismo, el particularismo, la fragmentación, la discontinuidad y el evento, negando las dimensiones estructurales y la continuidad histórica. El resultado de estas perspectivas en el plano epistemológico es, en gran parte, un retorno a las perspectivas del relativismo absoluto y, en el plano humano, a un *presentismo* insoportable (Hobsbawm, 1992) y a un descompromiso con la realidad histórica.

hacer. Lo mejor que una empresa puede proponer es lo siguiente: vamos a hacer este trabajo juntos, y que sea bueno para los dos en cuanto dure; la ruptura se puede dar por motivos ajenos a nuestra voluntad. *Empleabilidad es como se llama ahora la seguridad* (Moraes, 1998; énfasis propio).

En la cita que mencionamos arriba, Bourdieu y Wacquant nos señalan una relación entre las concepciones de realidad conservadoras y las posmodernas, a pesar de que estas últimas postulen una crítica a las primeras y a las relaciones sociales capitalistas. En efecto, esta asociación directa de lo posmoderno con el conservadurismo, como nos indica Anderson (1999), es un consenso en la fase de cristalización de este término, o noción, en el cual Habermas es protagonista crítico y Lyotard se desplaza de una posición de marxista radical para una postura conservadora⁹. “La idea de posmoderno, de la manera que fue asumida en esta coyuntura, era de una forma o de otra, atributo de la derecha” (Anderson, 1999: 53). Esta asociación, de hecho pertinente en la génesis de la noción de posmoderno, no nos permite, todavía, la comprensión de las bases históricas, o la materialidad de la cual el posmodernismo resulta. Comprensión ésta que es construida por Fredric Jameson.

La dimensión fundamental del esfuerzo de comprensión del posmodernismo emprendido por Jameson es desarrollada en su ensayo “Posmodernismo. La lógica cultural del capitalismo tardío” publicado en 1984 en la *New Left Review* y, posteriormente, publicado en Brasil (1996) en forma de libro con el mismo título. La tesis central es que el posmodernismo tiene su base, o su anclaje, en los cambios de la materialidad de las relaciones capitalistas. O, como subraya Perry Anderson “en alteraciones objetivas del orden económico del propio capital. No más una mera ruptura estética o mudanza epistemológica, la posmodernidad se torna señal cultural de un nuevo estadio en la historia del modo de producción reinante” (Anderson, 1999: 66). Es, entonces, bajo

9 “El escenario más amplio del pasaje de Lyotard de un socialismo revolucionario para el hedonismo nihilista está, naturalmente, en la propia evolución de la Quinta República. El Consenso gaulista de inicio de los años sesenta lo convenció de que la clase obrera estaba, ahora, esencialmente integrada al capitalismo. El fermento del final de la década le dio la esperanza de que la generación –la juventud del mundo– y no la clase, debería ser el heraldo de la revuelta” (Anderson, 1999: 35-6).

las nuevas formas de sociabilidad del capital y las determinaciones históricas que las producen, que encontramos la base donde el pensamiento posmoderno gana comprensión.

Partiendo de este primer cambio fundamental de orden estructural del capitalismo, Jameson analiza un conjunto de consecuencias en el ámbito de la “experiencia del sujeto”, de la cultura, las bases sociales y el padrón geopolítico, llegando, bajo este último aspecto, a afirmar: “se puede decir que el posmodernismo es el primer estilo global específicamente norteamericano”. Por fin, como última dimensión de la comprensión de totalidad del posmodernismo, Jameson nos convida a evitar la pura condena, y la celebración de lo posmoderno, o una lectura moralista y puramente ideológica, sabiéndose que “la complicidad del posmodernismo con la lógica del mercado y del espectáculo es inequívoca”, por ser, tal lectura, estéril.

Del análisis comprensivo de Jameson podemos inferir que el posmodernismo expresa, en el plano epistemológico, la fragmentación producida por el capitalismo tardío. La crítica al sistema capitalista, que muchos análisis ligados al posmodernismo emprenden, se centra más en las consecuencias de este sistema, no alcanzando la crítica a sus fundamentos y la necesidad de su superación.

La influencia y las consecuencias de los posmodernismos en el campo de la investigación social son muy fuertes. Por un lado, en el ámbito de la investigación, en nombre de la alteridad, del respeto a la subjetividad y de la diferencia se refuerzan el individualismo metodológico y el relativismo. Lo que vale es cómo cada uno representa y entiende la realidad. La realidad de un objeto de estudio equivale a las representaciones que se construyen a cada momento y en cada contexto. Peter McLaren (2003), al referirse a las tendencias neoconservadoras y posmodernas que predominan en el campo de la educación, observa que “las cuestiones de la mediación han sido sustituidas por las de la representación”. Por esa vía, se descarta la historicidad de los hechos que se quieren aprehender y no se distingue las mediaciones y determinaciones fundamentales y secundarias de un determinado fenómeno.

2.3 El enfoque materialista histórico: problemas, desafíos y necesidades

El punto de vista que asumimos a lo largo de este análisis no sostiene que es una prerrogativa única del referente teórico del materialismo histórico el análisis crítico de las relaciones sociales del modo de producción capitalista. Sin duda, podemos encontrar dimensiones críticas en los análisis positivistas, funcionalistas, o estructural-funcionalistas y posmodernos. Todos ellos con una determinada concepción de realidad social, determinados métodos y formas de aprehender y de intervenir en la misma. También asumimos la postura de que, frente a los profundos cambios de la materialidad o sociabilidad del capital mundializado, todos los referentes, incluso el materialismo histórico, están en crisis, pero eso no configura el fin de ninguno de estos referentes. Por lo tanto, no se trata de concluir que estamos dentro de nuevos paradigmas.

Lo que queremos destacar, aún, es la tesis de Fredric Jameson (1994) de que el materialismo histórico, sobre todo bajo el pensamiento de Marx y otros pensadores marxistas¹⁰, es el “único que permite una crítica radical y sin celebraciones al capitalismo”¹¹ y en la perspectiva de su superación. Se trata de un referente que se afirma en la crítica al capitalismo y, mientras éste exista, su rol permanece fundamental e insustituible. La crítica asume efectivo papel histórico cuando se constituye en mediación para la travesía hacia nuevas formas de relaciones sociales. Desde el

10 Para una lectura de los textos básicos del referente del materialismo histórico ver, especialmente, Marx (1964, 1980, 1983, 1969 y 1977), Marx y Engels (1979), Lukács (1978) y Gramsci (1978).

11 Nótese que el sentido dado por Jameson no es que la teoría marxista es la única que realiza críticas a las relaciones sociales capitalistas, sino la que lo hace de manera radical. O sea, la que llega a la raíz de las determinaciones. Este énfasis es dado por Jameson justamente al discutir las posturas posmodernas, que también realizan críticas al capitalismo, pero entienden los análisis fundados en la teoría marxista como superados en tanto constitutivos de una metanarrativa.

inicio, como ya apuntamos, la construcción crítica de análisis de la realidad social engendra una dimensión ético-política.

Esta comprensión no desconoce las tensiones y los problemas que este referente engendra en su génesis y, sobre todo, los diversos caminos trillados a lo largo de más de un siglo y medio, de los cuales el economicismo y el bies estructuralista y academicista son los más candentes¹². No ignora tampoco las dificultades intrínsecas de operar analíticamente con las categorías fundamentales del materialismo histórico. Aquí, como discutiremos más abajo, el riesgo fundamental es el de no alcanzarse la saturación histórica de lo concreto, esto es, “de no saber atrapar la multiplicidad de determinaciones que hacen lo concreto” (Oliveira, 1987).

También, como subrayamos arriba, cuando afirmamos que el materialismo histórico es el instrumental más radical en el análisis de las relaciones sociales capitalistas, no estamos cayendo en la postura ingenua de ignorar la existencia de otros referenciales críticos al capitalismo. Una lectura atenta de los análisis positivistas y funcionalistas nos indica un intenso embate interpretativo de la realidad por diferentes grupos o fracciones de la clase burguesa y sus intelectuales. Pero, como ya nos alertó Marx, la “ciencia burguesa”, mediada por la ideología que naturaliza las relaciones capitalistas, se centra en el entendimiento de sus funciones y disfunciones internas e ignora lo que, históricamente, las produce. Por eso mismo, la ciencia burguesa percibe los problemas concretos como el de la desigualdad en los diferentes ámbitos humano-sociales y que es inherente a la forma social capitalista, como una mera disfunción y acaba siempre atacando, de forma focalizada, las consecuencias y no las determinaciones.

12 En el ejercicio de la crítica interna al materialismo histórico, destacamos como fecundos los análisis de Perry Anderson: *Considerações sobre o marxismo ocidental* (1976); *A crise da crise do marxismo* (1985) y *O fim da história –de Hegel a Fukuyama* (1992). También instigadores y fecundos son los análisis de Leandro Konder: *A derrota da dialética* (1988) y *O futuro da filosofia da práxis* (1992).

Lo que nos parece intrigante y paradójico es que llegamos al final de este siglo, cuyo balance nos trae las más brutales contradicciones y violencias del capital a escala global (Hobsbawm, 1995, 2000; Jameson, 1996; Mészáros, 2002), mostrando que los análisis de Marx y Engels sobre la naturaleza violenta y excluyente del capital nunca tuvieron evidencias tan fuertes y lo que percibimos es un dominio casi absoluto del pensamiento y teorías conservadoras que intentan convencernos de que el capitalismo es eterno. Se trata de teorías y de un cuerpo ideológico que opera en un doble sentido: enmascarando la especificidad y la profundidad de la crisis del capital y su violencia en la destrucción de derechos, la mutilación de la vida de la gran mayoría de los seis billones de seres humanos y la propia amenaza de las bases de la vida; y afirmando los horizontes ético-políticos utilitaristas que sostienen el ideario del mercado autoregulado como parámetro de las relaciones sociales e imponen la dictadura de la razón única –la razón del capital. Si los aportes del materialismo histórico son los que, como indica Jameson, alcanzan una crítica radical a las relaciones sociales capitalistas y sus bases teórica o ideológica, los mismos no sólo por un argumento de naturaleza científica, sino por razones ético-políticas, deberían estar en el centro de la formación en las ciencias sociales y humanas. Por cierto el rol de CLACSO, especialmente en la última década, ha sido fundamental en alargar, por diferentes formas, los espacios del pensamiento crítico en América Latina.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Por coherencia con lo que señalamos en esta análisis, tratamos de subrayar algunos desafíos en la formación de los investigadores en las ciencias sociales y humanas tomando como referente el materialismo histórico como concepción de la realidad, método de análisis y praxis transformadora; también son variados y de diferentes órdenes, tanto de crítica como de superación de lo que es criticado.

Un desafío fundamental es sostener una permanente crítica a lo que Karel Kosik (1986) sintetiza como: la metafísica de la razón

del modo burgués de comprensión de la realidad (racionalismo y cientificismo); la metafísica de la vida cotidiana (la inclinación de tomar la realidad por su apariencia); y la metafísica de la cultura (visión fragmentaria y economicista o de los factores de la realidad humano-social).

Esta crítica demanda que en el proceso de investigación y análisis de problemas específicos de la realidad social estén presentes la relación parte y totalidad, sujeto y objeto, singular, particular y universal, contradicciones y mediaciones fundamentales y secundarias. La ciencia, diferente de la filosofía y del arte, padece de la necesidad de delimitar sus objetos. No es posible investigar todo al mismo tiempo ni todos los campos del conocimiento. Pero delimitar no es fragmentar y atomizar. La vigilancia crítica, al delimitar un objeto y las mediaciones que lo constituyen en una totalidad concreta, son los elementos básicos del carácter dialéctico y, por tanto, histórico del método. Vale decir, el método que nos conduce a aprehender el movimiento de la realidad o de las determinaciones que lo constituyen y no simplemente nuestras representaciones, o seudo representaciones, sobre el mismo.

El segundo desafío, tanto o más complejo que el primero, es la relación de crítica y de aprendizaje con los referentes teóricos antagónicos o aquéllos que aunque no siendo antagónicos son conflictivos. El aspecto crucial y punto de partida es tener presente que los referentes teóricos no son pasibles de ser sumados o yuxtapuestos. La indicación gramsciana de que en el proceso de investigación debemos tomar de los referenciales antagónicos y conflictivos su formulación más avanzada para el embate y, si fuera el caso, apropiarnos “de forma subordinada”, es, desde nuestra comprensión, la perspectiva epistemológicamente más adecuada.

Lo que aquí queremos subrayar es que en el plano de la vigilancia crítica se tiene el desafío del ejercicio permanente de reconstruir las categorías básicas del materialismo histórico. Se trata, entonces, de saturar con la materialidad de la realidad, en el tiempo y en el espacio, las categorías y conceptos que nos permiten la travesía de lo empírico, de las representaciones a lo real. Esta tarea, como señalamos arriba, no es apenas teórica, sino éti-

co-política. Por ser éste el instrumental que nos permite la crítica más radical al capital mundializado y sus concepciones y prácticas educativas, es, también, lo que nos ofrece las bases sobre las cuales podrá efectivizarse la construcción de nuevas relaciones sociales capaces de evitar la ampliación de la barbarie y de instaurar una sociabilidad humana efectivamente solidaria.

En el campo específicamente educativo, la contribución de la perspectiva del materialismo histórico es hoy crucial en América Latina. Se trata, ante todo, de efectivizar una comprensión de nuestra formación histórica y su particularidad. La crítica a todas las formas reiteradas de dominación y colonización cultural y educativa se impone como punto de partida.

En el ámbito de la construcción teórica, revelando el carácter parcial y reduccionista de los referentes positivistas y estructural-funcionalistas o, aunque de forma diversa, aquellos fundados en la perspectiva de la posmodernidad. Se trata de referentes y concepciones que operan dentro del orden del sistema capital.

Enseguida, y como consecuencia, una crítica a las concepciones educativas centradas en las nociones de competencias, de calidad total, de capital humano, de sociedad del conocimiento, empleabilidad y del determinismo tecnológico. El objetivo de estas concepciones educativas es formar el ciudadano mínimo, unidimensional, productivo y funcional al capital globalizado. Un ciudadano que no interroga, no haga política y, por ende, alienado.

Por fin, la investigación en el campo social tiene el desafío de mostrar los cambios y políticas que se hacen en América Latina que, todavía, mantienen y cristalizan las estructuras de violencia y profunda desigualdad de aquellos que señalan la ruptura de estas estructuras. Más allá, el historiador Eric Hobsbawm apunta especialmente para los que, como él, siguen el legado de Marx, el problema central del Siglo XXI.

Si pensamos en términos de cómo “los hombres hacen su propia historia” la gran pregunta es la que sigue: históricamente, comunidades y sistemas sociales buscan la estabilización y la reproducción, creando mecanismos para prevenirse contra saltos

perturbadores en el desconocido. La resistencia a la imposición de transformaciones desde afuera para dentro sin embargo es preponderante en la política mundial, hoy. ¿Cómo, entonces, humanos y sociedades, estructurados para resistir a transformaciones dinámicas, se adaptan a un modo de producción cuya esencia es el desarrollo dinámico e imprevisible?¹³

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, P. 1976 *Considerações sobre o marxismo ocidental* (Porto: Afrontamento).
- Anderson, P. 1985 *A crise da crise do marxismo* (São Paulo: Brasiliense).
- Anderson, P. 1992 *O fim da história – de Hegel a Fukuyama* (Río de Janeiro: Jorge Zahar).
- Anderson, P. 1999 *As origens da pós-modernidade* (Río de Janeiro: Jorge Zahar).
- Arrighi, G. 1998 *O longo século XX* (São Paulo: UNESP).
- Bell, D. 1973 *O advento da sociedade pós-industrial* (Río de Janeiro: Cultrix).
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. 2000 “A nova bíblia do Tio Sam” en *Le Monde diplomatique*, (Edição brasileira), Año 1, N° 4, agosto.
- Castels, R. 1997 “As armadilhas da exclusão” en *Desigualdade e a questão social* (São Paulo: EDUC).
- Chesnais, F. 1996 *A mundialização do capital* (São Paulo: Scrita).
- Chomsky, N. 2000 “Por que o Fórum Social Mundial?” en *Folha de São Paulo*, 10 de septiembre.
- Fernandes, F. 1968 *Sociedade de classes e subdesenvolvimento* (Río de Janeiro: Zahar).
- Fernandes, F. 1973 *Capitalismo dependente e classes sociais na América Latina* (Río de Janeiro: Editora Zahar).

13 Cita de la entrevista: “Historiador Eric Hobsbawm apunta cuestiones cruciales del Siglo XXI” en *New Left Review* (Londres) enero-febrero de 2010. Traducción de Clara Allain.

- Fontes, V. 2001 “História e verdade” en Frigotto, G. y Ciavatta, M. *Teoria e educação no labirinto do capital* (Petrópolis: Vozes), 2ª ed., pp. 115-129.
- Frigotto, G. 1998 “Delírios da razão: Crise do capital e metamorfose conceitual no campo educacional” en Gentilli, P. *A pedagogia da exclusão* (Rio de Janeiro: Vozes), 2ª ed.
- Fukuyama, F. 1992 *El fin de la historia y el último hombre* (Barcelona: Planeta).
- Furtado, C. 1966 *Subdesenvolvimento e estagnação na América Latina* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Gramsci, A. 1978 *Concepção dialética da história* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Guimarães, R. 1972 *Dicionário da Mitologia Grega* (São Paulo: Cultrix).
- Hayek, F. 1987 *O caminho da Servidão* (Rio de Janeiro: Instituto Liberal).
- Hayek, F. 1980 *Liberdade de escolher* (Rio de Janeiro: Record).
- Hobsbawm, E. 1995 *A Era dos Extremos. O Breve Século XX (1914-1991)* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Hobsbawm, E. 2000 *O Novo Século* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Jameson, F. 1994 *Espaço e Imagem - Teorias do Pós-moderno e outros ensaios* (Rio de Janeiro: UFRJ).
- Jameson, F. 1996 *Pós-modernismo. A lógica cultural do capitalismo tardio* (São Paulo: Ática).
- Jameson, F. 1997 *As sementes do tempo* (São Paulo: Ática).
- Jameson, F. 2001 *A cultura do dinheiro* (Petrópolis: Vozes).
- Konder, L. 1988 *A derrota da dialética* (Rio de Janeiro: Campus).
- Konder, L. 1992 *O futuro das filosofia da práxis* (Petrópolis: Vozes).
- Kosik, K. 1986 *Dialética do concreto* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Lukács, G. 1978 “As bases ontológicas do pensamento e da atividade do homem” en *Revista Temas de Ciências Humanas* (São Paulo: Grijalbo).

- Marx, K. 1969 *Miséria da filosofia* (São Paulo: Grijalbo).
- Marx, K. 1977 *Contribuição para a crítica da economia política* (Lisboa: Estampa).
- Marx, K. 1977a “Crítica da filosofia do direito em Hegel – Introdução” en *Revista Tema de Ciências Sociais* (São Paulo: Grijalbo) N° 2: 1-14.
- Marx, K. 1977b “Método da economia política” en *Contribuição para a crítica da economia política* (Lisboa: Estampa), pp. 228-236.
- Marx, K. 1983 “Prefácio” en *Contribuição à crítica da economia política* (São Paulo: Martins Fontes).
- Marx, K. y Engels, F. 1979 *A ideologia alemã* (São Paulo: Ciências Humanas).
- McLaren, P. 2000 “Globalização e exclusão na escola” en *Jorna do Brasil. Caderno Trabalho & Educação* (Rio de Janeiro), 17 de septiembre.
- Mészáros, I. 2002 *Para Além do capital* (São Paulo: Boitempo).
- Oliveira, F. 1987 *O elo perdido. Classe e identidade de classe* (São Paulo: Brasiliense).
- Paris, C. 2002 *O animal cultural* (São Carlos: EDUFSCAr).
- Petras, J. y Veltmeyer, H. 2001 *Brasil de Cardoso: A desapropriação do país* (Petrópolis: Vozes).
- Ramos, M. N. 2002 *Pedagogia das competências: Autonomia ou adaptação* (São Paulo: Cortez).
- Raposo, M. 2000 “Globalização e socialismo em debate” en *Revista Política Operária*, Año XV, N° 73, enero-febrero.
- Sennet, R. 1999 *A corrosão do Caráter. Conseqüências pessoais do trabalho no novo capitalismo* (Rio de Janeiro: Record).

LAS CIENCIAS SOCIALES DESAFIADAS POR EL NUEVO ORDEN CAPITALISTA*

VÍCTOR MANUEL MONCAYO C.**

I. ADVERTENCIAS PREVIAS

La primera precisión que impone el título mismo de esta comunicación, a la cual me ha invitado CLACSO en ocasión de su Asamblea General, hace relación a que los retos del vasto continente de las ciencias sociales no pueden considerarse desde una perspectiva exclusivamente academicista, como si las preocupaciones del conocimiento pertenecieran a un mundo aparte, escindido o cortado de las relaciones sociales en las cuales estamos insertos y sin ninguna posición ética frente a ellas.

De igual manera, también es necesario advertir que la encrucijada del conocimiento en general, y de las ciencias que erigen como objeto la realidad social de la cual somos parte, no es una

* El presente texto corresponde, en términos generales, al contenido de la exposición oral hecha en desarrollo de la programación de la Asamblea General Ordinaria de CLACSO en Cochabamba del 7 de octubre de 2009. Sin embargo, esta versión escrita ha permitido ampliar más algunos temas y sobre todo hacer alusión al contexto teórico político del debate.

** Profesor e investigador en teoría política y del derecho. Fue rector de la Universidad Nacional de Colombia, de la cual es profesor emérito. Es autor de numerosos libros y artículos, entre los cuales se destaca su más reciente obra, titulada *El Leviatán derrotado*.

problemática que pueda predicarse desde el ángulo del horizonte regional de nuestro continente, pues es, de alguna manera, una cuestión que trasciende los ámbitos nacionales o de las agrupaciones de sociedades que convencionalmente se aceptan acudiendo a patrones geográficos o a diferencias históricas, culturales o de niveles de desarrollo.

En segundo lugar, nunca será suficiente insistir que si nos atrevemos a reflexionar sobre la pregunta planteada, lo hacemos sin la pretensión de la originalidad o de creernos en posesión de la verdad. Como sobre tantas otras materias que hoy nos acicatean, nuestras proposiciones son siempre el resultado de la forma como hemos recibido, procesado y entendido muchas posiciones teóricas y políticas recientes, ciertamente inacabadas e imperfectas, muy lejos de querer pasar como verdades y más cercanas de un esfuerzo de acercamiento a la aprehensión de la nueva realidad que vivimos aquí y en todo el planeta.

Por otra parte, en armonía con lo ya señalado, nuestras reflexiones se sitúan, por lo tanto, en el nivel amplio del capitalismo, más allá de las particularidades de cada sociedad en concreto que, como sucede en el caso colombiano, o de los países latinoamericanos, tienen muchos rasgos propios derivados de su especificidad histórica, que no es el caso plantear en este momento, pero que definitivamente tienen que entenderse en el marco general del capitalismo como sistema global de organización social de la producción. Este sistema, como es bien sabido, no es algo inmutable, estático, sino que por esencia es cambiante, dinámico y que, más allá de sus vicisitudes episódicas, sufre transformaciones profundas, que podríamos denominar como estructurales que, en situaciones como las de las sociedades a las que pertenecemos en este continente, no alcanzamos muchas veces a identificar por la necesidad de atender las circunstancias de coyuntura, que demandan atención y resolución inmediata.

Y en este contexto se impone también abandonar el tratamiento de la realidad a partir de tantos lugares comunes que abundan en las reflexiones y que se repiten acríticamente. La idea central es, en lo posible, romper con las expresiones manidas,

con los eslóganes o clichés, que definitivamente son un obstáculo, una barrera, para entrar en la densidad y complejidad de la realidad en la cual vivimos. Y en íntima conexión con ello, es imprescindible tener algunos criterios de vigilancia para poder movernos en un océano insondable de informaciones, que provienen de diferentes fuentes y con distintos propósitos y que, por su mismo volumen y contenido, nos exigen un criterio selectivo.

Pero, quizás lo que es más importante, es tener en cuenta y reconocer con toda la fuerza que sea posible, que asistimos a unas transformaciones que tienen tal grado de importancia que nos impiden ver la realidad, que de alguna manera no nos dejan actuar, que nos sitúan en unos escenarios desconocidos, en los cuales nos sentimos desestabilizados, sin rumbo.

Estamos obligados a reconocer, al menos como hipótesis, que el capitalismo de hoy es otro, que tiene rasgos y características bien distintos, que no permiten compararlo con el que conocimos antes y frente al cual se construyeron distintas respuestas. Por ello, para movernos en este nuevo capitalismo no nos sirven los instrumentos de todo orden que ayer se tenían. Es imperativo responder con otros elementos de navegación, sin temor a desconocer los que antes teníamos, los cuales seguramente tuvieron pertinencia en su momento, pero que ya no son apropiados para un mar absolutamente distinto.

II. UNA APROXIMACIÓN TENTATIVA A LOS DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS

Situados así, apreciamos como desafíos centrales para el conocimiento en esta nueva época del capitalismo, sin importar la sociedad o el ambiente geográfico o de desarrollo, los que de manera esquemática presentamos a continuación.

1. La necesidad de abandonar las conceptualizaciones ambiguas o equívocas

En íntima relación con ese reconocimiento de la transformación profunda que ha experimentado el capitalismo es indispensable abandonar todas esas conceptualizaciones ambiguas y equívocas

que florecen en la mayoría de los análisis que, sin duda, contribuyen a obscurecer aún más el panorama.

Entre ellas, una de las más socorridas es aquella que vincula los cambios ocurridos con fenómenos externos a los cuales se les da vida independiente y autónoma. Se dice, por ejemplo, que todo acontece porque se han producido innovaciones en el mundo científico-técnico, que se entienden desconectadas de la realidad económico-social, como si nada tuvieran que ver con las relaciones sociales vigentes y, sobre todo, con las contradicciones y luchas en ella presentes. En otras palabras, se estima que el mundo de la producción de conocimiento es un universo aparte, separado, que nada tiene que ver con la organización social productiva. Es la típica posición academicista que reivindica una independencia a ultranza, predominante en especial en los sectores universitarios. Posición que conduce a coincidir con quienes erigen el conocimiento como un factor de producción autónomo, adicional al trabajo y a los medios materializados como capital.

Todo ello es, en síntesis, expresión de un entendimiento ahistórico, pues desconoce que, más allá de todo determinismo, los cambios operados tienen que ver con la dinámica de la organización social de la producción, signada por la conflictividad, por las contradicciones propias de un sistema de explotación y dominación.

2. La necesaria identificación del papel del conocimiento en el capitalismo

Más allá de los múltiples y profundos estudios sobre la significación del saber y el pensar, cuya consideración desborda los límites y posibilidades de esta comunicación, entendemos que basta para nuestros fines recordar que el conocimiento es el elemento que por esencia define al animal humano. Por esa razón toda la historia de la organización social humana está asociada al conocimiento, al saber, a la actividad intelectual de los seres agrupados, y esto desde los más remotos orígenes. Esa función particular del animal humano nunca ha estado ausente de la organización social que constituye con sus congéneres, y que está ligada, por lo tanto,

a la forma de aproximarse a sí mismo, al resto de la naturaleza y a los medios ideados para acercarse a ella en términos de utilización o transformación.

Lo anterior tiene que ver, por consiguiente, con la pareja mente y mano que recorre toda la historia de la humanidad, con los términos en que socialmente intervienen el pensar y el hacer, que remiten a múltiples combinaciones y modalidades en el espectro muy amplio que va de la unión a la separación, y que supone descifrar la significación del desplazamiento, del cambio de lugar, que ha tenido el conocer y el pensar en las distintas fases o momentos del capitalismo.

Esa perspectiva nos debe permitir también situar el papel que desempeñan los procesos de formación educativa, que tienen que ver con el tratamiento que se les da al saber y al conocimiento adquiridos para reproducirlos y transmitirlos. E igualmente, esta manera de acercarnos nos recuerda que los resultados de esa función humana no son el fruto de mentes iluminadas, de cerebros muy dotados, de genialidades, sino un producto social acumulado y que, en este sentido, es un bien común, aunque el capitalismo nos lo presente y lo trate como cualquier otro bien para atribuirle las características mercantiles, y convertirlo en realidad apropiable, es decir monopolizable para su utilización o su disposición, de la misma manera como procede con otros bienes comunes, con los recursos de la naturaleza y con las propiedades de la vida en sus distintas manifestaciones.

3. La transformación no hace *tabula rasa* sino que es un proceso de hibridaciones

Si bien es preciso reconocer que el papel del saber o el pensar es cambiante y ocupa distintos lugares a lo largo de la historia humana y, en particular, en el devenir de la organización capitalista, ello no significa que exista un recorrido lineal, predeterminado, una ruta de antemano diseñada, por la cual deban transitar todas las sociedades o agrupaciones humanas. Los senderos no sólo son múltiples sino que no se recorren siempre en el mismo tiempo, pues, por decirlo de alguna manera, pueden existir

anticipaciones, retrocesos, avances, distintos ritmos, en fin no hay nada predefinido ni uniforme.

De la misma manera, aceptando que los cambios históricos son esenciales al devenir de la organización social, hay que advertir que esas mutaciones no tienen la virtud de redefinir todo lo anterior o, para decirlo con una manida expresión, no hacen *tabula rasa* de lo precedente, sino que proceden mediante complejas hibridaciones, de tal manera que coexista o se restaure lo viejo aunque bajo la égida de lo nuevo. Y esto es importante subrayarlo, pues lo central es descifrar el signo dominante de la transformación propia de una época. Sólo de esta manera puede entenderse que, si bien una apreciación superficial siga viendo la subsistencia de lo pasado, que seguramente pesa cuantitativamente, no se trata ya de lo mismo, porque su sentido y su misma presencia están determinados por otro signo dominante que le imprime otro carácter. Es la temática de las articulaciones de formas diferentes, correspondientes a fases distintas de una organización social como la capitalista, por ejemplo, que sólo se explican y se pueden comprender descifrando su lógica principal o dominante. Aspecto este que es aún más importante tener en cuenta, cuando se consideran en contraste formaciones sociales que comparten el mismo tiempo cronológico, pero que por sus particularidades históricas han recorrido modalidades de organización muy especiales, que no desaparecen tampoco por obra y gracia de las grandes inflexiones de transformación del conjunto de la organización social de la producción, sino que intervienen como un elemento más de la complejidad de las hibridaciones a las que nos estamos refiriendo.

4. La identificación de los principales indicadores del cambio histórico ocurrido

Si aceptamos la discontinuidad radical entre el capitalismo industrial en su fase fordista-taylorista-keynesiana y el capitalismo de las últimas décadas, es preciso también plantearse que se asiste a una realidad igualmente diferente en materia de modo de acumu-

lación, forma de explotación y, por ende, en el terreno de la confrontación, del antagonismo. Esta posición tiene el valor de abrir nuevos senderos para la comprensión, al menos en la perspectiva de hallar otros entendimientos, sin subestimar los cambios que sin duda se presentan. Se trata de avanzar en la tesis según la cual desde hace más o menos tres décadas, asistimos a una transformación profunda, que ha variado el sistema de acumulación y la naturaleza de la riqueza, que nos permitiría hablar de un tercer tipo de capitalismo que sucedería al inicial mercantilista y al posterior industrial, y que nos impone redefinir los términos del antagonismo social.

Para movernos en esa dirección tenemos que tener presentes, por lo menos, como elementos indicadores de la nueva realidad:

- El fin del Estado de Bienestar o planificador. Se trata de la crisis y terminación de esta figura del Estado, que tuvo sus comienzos bajo los gobiernos de Reagan y Thatcher, de gran impacto en los países industrializados, y que ha tenido también sus indudables efectos en los países del llamado tercer mundo, a pesar de los limitados y particulares desarrollos en ellos de esa modalidad estatal.
- La pérdida de la hegemonía de la organización fordista-taylorista del trabajo, y el fracaso de los intentos de reestructuración posfordistas.
- El nuevo papel del sector financiero (*financiarización*), que abandonó su función puramente especulativa y ociosa, para cobrar mayor importancia que el sector empresarial y erigirse como el verdadero vector de la economía real.
- La diferente articulación de la producción y el consumo, que hace de éste último un verdadero determinante de la dinámica de la oferta productiva.
- El papel creciente del trabajo inmaterial frente a la correlativa pérdida de importancia del trabajo físico, material e inmediato.

5. La dominación tendencial del trabajo inmaterial

Entre esos indicadores, sin duda, la mutación más significativa es el cambio esencial en la forma predominante del trabajo. Durante mucho tiempo estimamos el trabajo como una actividad productiva de bienes materiales, mientras que hoy el trabajo se despliega en todas las actividades sociales. Entonces podíamos analizar los modos de acumulación y de explotación a partir de la medida del trabajo, o sea según el tiempo empleado o gastado en la producción, tal y como lo formulaba la clásica ley del valor trabajo. Ahora el panorama es diferente: el trabajo predominante es el inmaterial y éste escapa a esa y a toda forma de medición; por su propia naturaleza es un trabajo que excede toda medida, pues no está ligado a un determinado tiempo de actividad productiva, sino a todo el tiempo de la vida, de la existencia social en sus distintas formas y momentos.

Cuando se habla en estos tiempos del trabajo inmaterial no se quiere significar que haya desaparecido la importancia del trabajo en general, que el trabajo haya perdido su centralidad, sino que ahora lo esencial no es el gasto de fuerza de trabajo humana, sino la “fuerza-invencción”, el saber vivo que no se puede reducir a las máquinas, y la opinión compartida en común por el mayor número de seres humanos¹. Ese trabajo se traduce en realidades no tangibles, inmateriales, que son los aspectos determinantes del valor de cambio. Son esos elementos llamados “investigación y desarrollo”, capital intelectual, organización, archivos de proveedores y clientes, derechos de propiedad intelectual

1 Utilizando el mismo tipo de ejemplos sobre el valor al cual se vende un par de zapatos, Moulier Boutang nos advierte: ese par puede costar 4 ó 5 euros fabricarlo, 2 ó 3 euros transportarlo, etc., pero se vende entre 20 y 300 euros según la marca sea Nike o Adidas. El valor depende, entonces, de la marca, de ese bien intangible e inmaterial, que es producto tanto de las horas de trabajo de los diseñadores, como de los estilistas o de los bufetes de abogados dedicados a la protección de la propiedad intelectual. También está allí el “gusto”, es decir el consentimiento del público en pagar mucho dinero por un producto de marca. (Moulier Boutang, 2007: 50).

tual, imagen, confianza, *good will* bursátil, economía del “gusto” y de la “variedad” etc., el centro de gravedad de la acumulación capitalista, que exige una economía flexible. Es por ello que, aún cuando continúa la utilización del trabajo material asalariado o semi-independiente, lo central es la incorporación de una masa de actividad creciente de la población que suministra recursos gratuitos casi en forma ilimitada. Lo que se busca, fundamentalmente, es la “inteligencia colectiva”, la creatividad difusa” en el conjunto de la población².

6. La producción biopolítica

Comoquiera que las transformaciones contemporáneas del capitalismo han provocado la caducidad de la otrora nítida distinción entre tiempo de trabajo y no trabajo que caracterizó la forma que asumía la explotación capitalista en las fases anteriores, la producción se ha vuelto biopolítica. Esto significa que a ella concurren en forma igualmente productiva todos los trabajos, o mejor los ocupados y los desocupados desde el punto de vista del empleo, o los remunerados en grados diversos y los no remunerados. Por otra parte, asistimos a una producción que compromete toda la vida social, que así como continúa produciendo alimentos, viviendas, vestidos, electrodomésticos, etc., crea también ideas, imágenes, conocimientos, valores, formas de cooperación, relaciones afectivas.

Además, como ya la producción no pasa por el vector del salario directo e indirecto, puede decirse que *ha concluido la vieja separación funcional entre Estado y mercado*. Lo que es central ahora es que el conjunto de los sujetos portadores de fuerza laboral estén en capacidad potencial de participar de manera productiva, a partir de condiciones básicas mínimas o esenciales. Los que antes se llamaban derechos económico-sociales se con-

2 Moulier Boutang (2007: 51-52) explica también porque hoy cobra dominancia el capitalismo financiero. No en virtud de la especulación artificial, sino en función del cálculo de esos elementos inmateriales cruciales, que son el corazón del valor de cambio.

vierten ahora en elementos de base o de partida para el trabajo en cualquier lugar y en cualquier momento. En otras palabras, son simples soportes para el ingreso o retribución (no necesariamente salarial) que podrán captar los individuos. La producción difundida en la sociedad ya no reposa sobre la garantía del salario directo e indirecto, sino sobre la posibilidad de que todos puedan tener algún tipo de retribución por su contribución heterogénea, no subordinada, múltiple, móvil y no permanente al proceso productivo global.

Por ello mismo, la perspectiva de entendimiento del nuevo papel del Estado no pasa sólo por su reducción (desmonte del Estado) y por el desplazamiento de sus actividades y tareas de antes al ambiente mercantil privado (privatización), sino por una participación en las condiciones elementales o básicas de la fuerza laboral, sobre las cuales pueda edificarse su participación no salarial ni siempre inmediata. En esta dirección, su misión reguladora buscará que sea con cargo a las nuevas formas de ingreso que los sujetos laborales garanticen o aseguren las prestaciones que antes se derivaban de manera automática de la relación salarial y que, en los casos límite de exclusión definitiva o relativamente permanente de otros sectores, se les atienda con provisiones elementales o básicas, como lo evidencian los programas de atención a la pobreza, o las orientaciones de política pública que buscan rescatar o recuperar la sociedad civil como responsable y proveedora del bienestar para relevar al Estado de esa misión.

Este esclarecimiento evita caer en la falsa alternativa Estado *vs.* mercado, pues las transformaciones en curso redefinen tanto el papel de uno como del otro. Ninguno está ya al servicio del empleo y del régimen salarial. Ambos están en función del trabajo transformado y difundido en todos los espacios sociales y que convive con todos los tiempos de la existencia vital. Ha quedado atrás la finalidad de pleno empleo y, por ende, todo el andamiaje de las prestaciones estatales asociadas al salario. El nuevo papel del Estado, como del mercado, están en función de la profunda reorganización biopolítica de la producción.

7. El control del biopoder

Esas mismas características biopolíticas de la producción han determinado que el poder verse cada vez más sobre la vida misma, pues ya no sólo importa el control disciplinario de quienes despliegan la fuerza de trabajo, sino un control pleno sobre toda la población. Se ha llegado así a un estadio más acabado de la subsumición real de la sociedad por el capital y para ello es preciso un biopoder, cuyo rasgo central es la tendencia totalitaria y abiertamente represiva, a la manera de un estado de guerra permanente, sobre todo porque se ha perdido el factor de medida en el uso de la fuerza laboral que se traducía en la sujeción salarial, y ahora es preciso llegar a todos los espacios de la vida individual y social. Como lo ha expresado Negri

en la actualidad, el poder es biopoder porque ejerce el control sobre el trabajo y la vida después del trabajo. Por eso el conflicto ya no se sitúa en la fábrica, sino en la vida. El capital se apodera de la vida de cada trabajador. Ahí se encuentra la resistencia: todos estamos dentro de una única cosa, el capitalismo, y no hay nada externo. Esta es la realidad que debe ser entendida por los partidos de izquierda (Negri y Hardt, 2004).

De allí que el viejo concepto de soberanía haya entrado en obsolescencia, pues para el control sobre la vida lo que ahora se requiere es la guerra y el estado de excepción permanente. Según la expresión de Negri, “la biopolítica y la tanatopolítica tienden a veces a identificarse, pues la guerra se convierte en la esencia de la política, la tanatopolítica se erige como la matriz de la biopolítica” (Negri: 2006).

La soberanía sobrevive transformada para prolongar su permanencia, de tal manera que, como lo estima Virno, “el estado de excepción permanente indica una superación de la forma-estado sobre la base misma de la estatalidad”, tal y como para su época Marx decía que la propiedad privada se transformaba o se superaba en la sociedad por acciones pero sobre la misma base de la propiedad privada (Virno, 2006: 10 y ss.). Asistimos, entonces, a

una redefinición de las categorías y conceptos con los cuales ha convivido el Estado a partir de las revoluciones burguesas, aunque claro está aún estamos en esa materia en un período de transición. Pero lo que es indudable es que todo aquello que caracterizó al Estado moderno ha hecho crisis y ha saltado en pedazos.

8. El estado de excepción permanente

Como la transformación desborda y supera los límites nacionales, la misma crisis del parámetro de medida impone una declaración universal del estado de excepción. No es ya una excepcionalidad como alternativa provisional para atender problemas de urgencia dentro de la normalidad del ejercicio del poder, sino una forma permanente de suplir la carencia de medida que había venido operando como sistema de dominación, estableciendo mecanismos policivos desplegados en todo el tejido social bioproductivo. Es en el plano global una verdadera “guerra constitutiva de orden” que “construye naciones, que pone a su servicio ciertas instituciones caritativas, a ciertas ONG, y que se dota de instrumentos de control generalizados donde quiera que se presenten fallas en la organización social y en el desarrollo económico”, que deshace las fronteras nacionales y que conduce al agotamiento y al fin del derecho internacional (Negri, 2006: 75).

9. La necesidad de trascender el poder

De allí se deriva una necesaria superación de la interpretación unívoca del poder que ha logrado construir la modernidad, conforme a la cual el poder siempre es trascendente y soberano, como puede advertirse en las corrientes teóricas más diversas³. Ella nos coloca frente al poder con una sola alternativa posible: se acepta el poder o se reniega totalmente de él, sin que haya posibilidad de

3 A este respecto es iluminador el análisis iniciado por Negri en su reciente obra *La fabrique de porcelaine*: esa interpretación puede encontrarse tanto en la posición liberal-funcionalista de corte weberiano, como en el esquema conservador y totalitario de Schmitt, como en la perspectiva revolucionaria de Lenin (Negri, 2006: 17 y ss.).

otro camino, obligándonos a permanecer en el mismo paradigma. La cuestión es clara incluso en el Lenin de *El Estado y la Revolución*, pues a la trascendencia del Estado se opone como simetría inversa su desaparición, de tal manera que la liberación queda inmersa en la relación dialéctica con el poder. En otras palabras el poder burgués se sustituye por el poder proletario. He allí la necesidad de Lenin de insistir en el dualismo de poder, en la transición y en la dictadura del proletariado durante ella, con todas las consecuencias que sabemos tuvo históricamente. El llamado, por lo tanto, es a abandonar el paradigma del poder creado por la modernidad, para moverse en un escenario diferente, en el cual prevalezcan sobre el poder las razones de la asociación política y de la dinámica democrática.

De lo que se trata, por lo tanto, como lo ha planteado Holloway, es de asumir que “lo que está en discusión en la transformación revolucionaria del mundo no es de *quien* es el poder sino la existencia misma del poder. Lo que está en discusión no es *quien* ejerce el poder sino como crear un mundo basado en el mutuo reconocimiento de la dignidad humana, en la construcción de relaciones sociales que no sean relaciones de poder”. Para ese efecto, hay que salir del paradigma del Estado, que lo aísla para atribuirle una autonomía que no tiene y para ocultar que está limitado y condicionado por un nodo de relaciones sociales centrado sobre la forma de organización del trabajo en la sociedad.

10. Las nuevas resistencias y la perspectiva de éxodo

Como en otras épocas del capitalismo, la resistencia a sus formas de dominación le es consustancial, pues el conflicto subsiste aunque asuma otras modalidades. Habiéndose llegado a un alto grado de subsunción real de la sociedad por el capital, las resistencias no cesan, sino que tienen otras expresiones, en todas las modalidades y momentos de la vida, y ya no sólo en los límites estrechos de las instalaciones fabriles.

Claro está que entender como son esas resistencias no es sólo un problema teórico, pues ellas antes que todo son determinaciones surgidas del proceso histórico y de las voluntades colec-

tivas, sin que nadie pueda prefigurarlas o definir las antes de que se produzcan.

Lo que es central es que esas resistencias tomen el camino del éxodo para evitar repetir los senderos especulares atados al paradigma del poder. Se trata, en efecto, de un recorrido que va de la identidad y la diferencia para afirmar una separación creativa, para luego alcanzar una nueva figura ontológica, unas nuevas subjetividades, que se traduzcan finalmente en otra estructura de vida y de existencia. No es, pues, una simple fuga, sino poder salir de lo existente hacia una realidad diferente. Como tal es un proceso conflictivo, que en lo posible no debe ser violento, precisamente para no reeditar el carácter del poder capitalista que se abandona. Por lo tanto, se identifica con un proceso de paz, aún cuando eventualmente requiera una fuerza defensiva de lo nuevo.

Se trata de valorar la opción de abandono o de huida frente a la de la simple protesta, sin oponerle reticencias morales. Como lo ha advertido Virno “la desobediencia y la fuga no son, por otra parte, un gesto negativo, que libere de la acción y de la responsabilidad. Al contrario. Desertar significa modificar las condiciones dentro de las cuales se desenvuelve el conflicto, más aún, aumentarlo. Y la construcción positiva de un escenario favorable exige más empuje que el encuentro con condiciones prefijadas. Un ‘hacer’ afirmativo cualifica la defección, imprimiéndole un gusto sensual y operativo para el presente. El conflicto se entabla a partir de lo que se ha construido huyendo, para defender relaciones sociales y formas de vida nuevas, a partir de las cuales ya está construyendo experiencia. A la antigua idea de huir para golpear mejor, se une la seguridad de que la lucha será tanto más eficaz, cuanto más se tenga algo que perder más allá que las propias cadenas” (Virno, 2004a).

En ese éxodo, habrá transiciones o etapas intermedias, en las cuales no son descartables las reformas, no como soluciones sino como medios para abrir nuevas contradicciones y ahondarlas, de manera que aporten al proceso de ruptura, que permitan dar saltos hacia adelante, siempre con un norte no

capitalista, de negación del Estado y de construcción de otra esfera pública no estatal⁴.

11. La multitud como nuevo sujeto

Es en esa dirección que el debate teórico reciente busca rescatar la multitud como nuevo sujeto, que supone reactualizar la oposición Hobbes/Spinoza, para enfrentar este nuevo siglo XVII de tránsito hacia otro mundo posible no capitalista.

Más allá del significado habitual de la expresión, que remite a un número plural de elementos, sean ellos personas, cosas u otros, la multitud ha sido un concepto de la filosofía y, en particular, de la filosofía política. En efecto, si pensamos en las categorías aristotélicas, la multitud se considera como un ente sin causa formal ni eficiente, ni tampoco causa final, respecto del cual es preciso actuar desde el exterior, para formarlo, para organizarlo. Esa manera de entenderla podría decirse que aún se mantiene. Es una comprensión ciertamente negativa que asocia el número plural de elementos a la ausencia de orden, a una materia a la cual se le debe otorgar coherencia, sistematicidad.

Como nos lo recuerda Virno, el debate sobre su significación aparece con especial fuerza a propósito de las controversias teóricas, filosóficas y prácticas que se escenifican en los procesos históricos del siglo XVII, en la antesala de la organización de los estados nacionales modernos. Es así como Spinoza, en el con-

4 Al respecto Virno advierte: “La multitud no tiene el problema de tomar el poder, tiene el problema en todo caso de limitarlo y hacer decaer el Estado construyendo instituciones y una esfera pública fuera de él. Entonces, desde ese punto de vista el enemigo está, pero se parece más al faraón del Libro éxodo de la Biblia que persigue un éxodo, una fuga. No se trata de una fuga en el espacio. Es una fuga en el sentido de salir de las categorías de las instituciones estatales. Enemigo hay, pero ya no es el enemigo que está enfrente y ha constituido el modelo de las guerras civiles o está detrás de la idea de la toma del poder. Es un enemigo que traba, sabotea la construcción de democracia no representativa, de nuevas experiencias comunitarias”. Ver: Virno (2004a).

texto de su concepción teológico-política, asume la multiplicidad de singularidades con un sentido propio que carece de causación exterior, que tiene una dimensión inmanente y materialista, es decir que no es posible atribuirle su existencia a una potencia ordenadora exterior a la realidad. De esta manera, se erige la multitud como un concepto subversivo contra las teorías del Estado y de la democracia que desarrollaban las sectas protestantes, bajo el esplendor de la monarquía absoluta, que la restringían a un conjunto de subjetividades dirigidas hacia Dios para observar su mandato. Las subjetividades no son metafísicas sino que se explican siempre como resultado de las relaciones en el conjunto de las singularidades.

Para Spinoza, en consecuencia, el concepto de multitud se refiere a una pluralidad que se mantiene en la dimensión pública, en los quehaceres comunes, sin que un movimiento centrípeto la haga converger en una Unidad. Es la forma de existencia social y política de los muchos en tanto son muchos; es una forma permanente, no episódica, y como tal es el fundamento de las libertades civiles.

Tienen razón, por lo tanto, quienes afirman que “con Spinoza, la multiplicidad de potencias deseantes es pensada bajo una figura que hace de ella un sujeto político: la multitud. Esta multitud está surcada por antagonismos, no puede ser nunca una unidad. Los muchos subsisten como muchos sin aspirar a la unidad estatal”. Virno valora así la obra del hereje Spinoza, para poder, además, pensar la posibilidad de la irrupción de una democracia no-representativa, de una ampliación del espacio público más allá de la incidencia del Estado (Virno, 2006).

Por el contrario, Hobbes enfrenta la multitud, pues estima que la existencia social y política de los muchos en tanto muchos, sin converger en una Unidad, representa una amenaza suprema para la existencia de la soberanía estatal. La multitud es inherente al “estado de naturaleza”, por eso es renuente a la unidad política, a la obediencia, se niega a transferir derechos al soberano. La multitud es antiestatal y por esto mismo antipopular: “Los ciudadanos, en tanto se rebelan ante el Estado, son la multitud contra

el pueblo” (Hobbes, 1987: XI, I y XII, 8). Es la idea individualista hobbesiana, en virtud de la cual los hombres no se relacionan por amor sino por miedo y egoísmo, y buscan resolver el conflicto natural mediante un acuerdo que permita salir de la guerra e instaurar la paz. Enajenan su poder como individuos en un poder soberano y de esa manera se convierten en pueblo. La multitud confluye así en la unidad del pueblo, que explica la existencia del Estado. El pueblo, por consiguiente, sintetiza, reduce y unifica la pluralidad y multiplicidad de la multitud.

Sin embargo, esa multitud a pesar de haber sido desterrada del escenario de los estados nacionales por la noción de pueblo, siempre se ha expresado bajo formas tenues y casi ocultas. A ella se alude por el liberalismo cuando se admite que, además de lo público, sobrevive la dimensión privada, en la cual los muchos no tienen rostro y están lejos de la esfera de los asuntos comunes. Algo similar ocurre en el pensamiento socialdemócrata que opone lo colectivo a lo individual, en sus divisiones y multiplicaciones.

Hoy, como lo busca explicar Virno, después de la prevalencia durante siglos de la categoría de pueblo y, por ende, de la dimensión del Estado nación, con la crisis profunda de la teoría política de la modernidad reaparece la multitud como expresión de numerosos comportamientos contemporáneos, reviviéndose el debate bajo nuevas perspectivas, en lo que se ha denominado otro siglo XVII, pues los novedosos fenómenos de la producción contemporánea son inexplicables sin tener como punto de partida el modo de ser de los muchos.

La multitud tiene tras de sí un Uno representado por el lenguaje, el intelecto como recurso público e intersíquico, en pocas palabras las facultades genéricas de la especie. Por el contrario, el pueblo supone individuos como átomos desligados de su unidad básica precedente, que buscan hallar otra unidad en el cuerpo nacional de un Estado que los somete.

Las transformaciones contemporáneas han provocado que los cuerpos de la multitud hayan recuperado su carácter irreducible, convirtiéndose cada vez más en cuerpos extraños y rebeldes a las fuerzas de la disciplina y la normalización. El predomi-

nio del trabajo inmaterial, del intelecto general, los ha convertido en *cibercuerpos* que se mueven libremente más allá de los límites que separaban al hombre de la máquina. Y en el nuevo orden de la globalización, se han creado nuevos circuitos de cooperación y colaboración que se extienden sin distinción de naciones y continentes y hacen posible un número infinito de encuentros. No nos hemos vuelto iguales, sino que sobre la base de nuestras diferencias podemos comunicarnos y actuar juntos.

Es lo que ha conducido a Toni Negri a retomar el concepto de multitud así entendido, para plantear que la multitud contemporánea no está compuesta por “ciudadanos” ni por “productores”, pues se ha roto la distinción entre lo individual y lo colectivo, entre lo público y lo privado. Los muchos de la multitud ya no necesitan la unidad de la forma del Estado nacional, por que han reencontrado su unidad en las facultades genéricas de la especie humana. Estamos ante una multitud como un concepto de clase, ya no de la clase obrera, sino de la clase de todas las singularidades productivas, de todos los obreros del trabajo inmaterial. Es una potencia ontológica que encarna un dispositivo que busca representar el deseo de transformar el mundo.

La multitud como conjunto de singularidades vuelve a expresarse y no admite que sus diferencias sean reducidas a otra Unidad distinta de aquella que la precede: las facultades comunes propias de la especie. En tal sentido, desconoce la soberanía, pues puede regirse por sí misma, puede ser carne viva que se gobierna a sí misma. Como tal, además, puede hacer realidad la democracia como gobierno de todos para todos. Siendo hoy la producción biopolítica, es decir que comprende todos los aspectos de la vida, la multitud es el sujeto común del trabajo, aunque aún siga sometida por la categoría de pueblo nacional.

A diferencia de lo que ocurrió en el siglo XVII cuando la burguesía como nueva clase social emergente, sobrepuso a la multitud una soberanía edificada sobre el concepto de pueblo nacional, hoy en la soberanía del nuevo orden global, la multitud irrumpe para imponer una sociedad alternativa que no di-

suelva las diferencias que se edifican a partir de nuestra unidad como especie.

12. La ambivalencia de la Multitud: entre el estado de excepción permanente y una esfera pública sin Estado

Llegamos así a la ambivalencia descrita como un predicado o rasgo de la multitud, sobre el cual insiste Virno en casi todos sus escritos, a propósito de las diferentes características de la multitud contemporánea.

En textos recientes, Virno plantea como esa indagación sobre la “naturaleza humana” está enlazada con la lucha política (Virno, 2006:6). No se trata, sin embargo, de la tontería de deducir una estrategia y una táctica políticas de los rasgos distintivos de nuestra especie⁵. Por el contrario, cuando la naturaleza humana y las aptitudes invariantes de nuestra especie son un recurso económico central del capitalismo posfordista, ella no es la solución sino parte del problema. La definición de Marx de que la fuerza de trabajo es “el conjunto de las capacidades psíquicas y físicas de un cuerpo humano”, se ha vuelto sólo hoy plenamente verdadera, pues es ahora cuando esas competencias básicas cognitivas y lingüísticas han sido puestas a trabajar. Por ello quien “descuida la indagación sobre la “naturaleza humana”, no está en condiciones de comprender las características sobresalientes de la fuerza de trabajo contemporánea. *El panorama teórico actual está atestado de naturalistas ciegos a la historia y de historicistas que se indignan si se habla de naturaleza*” (Virno, 2006: 7, énfasis propio).

Pues bien, para Virno hay que luchar contra la carga destructiva inscrita en nuestra especie con la “negatividad” de

5 En opinión de Virno esto es “lo que hace Chomsky (admirable, por otra parte, por el vigor con el que pelea contra los canallas de la administración de los Estados Unidos de Norteamérica) cuando dice: el animal humano, dotado por motivos filogenéticos de un lenguaje capaz de hacer cosas siempre nuevas, debe batirse contra los poderes que mortifican su congénita creatividad. Buenísimo, ¿pero qué ocurre si la creatividad lingüística se vuelve recurso económico fundamental en el capitalismo posfordista?” Virno (2006: 6).

un ser dotado de lenguaje. Así como las aptitudes genéricas hacen posible la innovación, también alimentan la agresividad en los enfrentamientos entre semejantes, y de allí que *“pensar que la multitud es absoluta positividad es una tontería inexcusable. La multitud está sujeta a disgregación, corrupción, violencia intestina”*, y tenemos que asumir la responsabilidad de “asumir toda la realidad de lo negativo, en lugar de excluirlo o velarlo”, pues conocerla nos puede servir para “inventar nuevos y más satisfactorios modos de vivir” (Virno, 2006: 7, énfasis propio).

La oscilación permitida por la multitud en su ambivalencia, por ejemplo, da lugar a que, a pesar de la crisis del estado central moderno, se reproduzca mediante una serie de metamorfosis inquietantes. Es el “Estado de excepción permanente”, como “uno de los modos en que la soberanía sobrevive a sí misma, prolonga indefinidamente la propia decadencia”, hasta el punto que reproduciendo el símil marxista de la propiedad privada superada por la misma propiedad privada en la sociedad por acciones, el “estado de excepción permanente” indica una superación de la forma-estado sobre la base misma de la estatalidad”. Aunque, también puede verse esa “perpetuación del estado, de la soberanía”, como “la exhibición de su propia crisis irreversible, de la plena madurez de una república ya no estatal” Virno (2006: 10 y ss.).

Del otro lado, está la aptitud de la multitud para la innovación y la creatividad. No son admisibles las comparaciones, pero si estamos ante un nuevo siglo XVII, se reedita bajo otras formas la necesidad de la manifestación de la multitud sin buscar un Uno distinto de aquel que la precede, como lo ha sido desde entonces el pueblo. La multitud de hoy, como la de ayer, está a la búsqueda de

fomentar el colapso de la representación política, no cómo gesto anarquista sino como búsqueda realista de nuevas formas políticas. Ya Hobbes se ponía en guardia contra la tendencia de la multitud a dotarse de organismos políticos irregulares. Pero, es

obvio que la democracia no representativa basada en el *General Intellect* es algo muy distinto de aquello contra lo que arremetía Hobbes. Nada de intersticial, marginal, residual: más bien, la concreta apropiación y rearticulación del saber/poder hoy congelado en los aparatos administrativos del Estado (Virno: 2004b: 37).

Existen muchas dificultades en esta materia, pues la multitud rescatada como categoría histórica carece del léxico, del vocabulario conceptual adecuado, y de las codificaciones que sí ha adquirido el Pueblo a lo largo de los siglos, pero de todas maneras en medio de su ambivalencia la multitud es extraordinariamente fértil, hasta el punto de que como lo afirma Carl Schmitt, recordado por Virno,

si reaparece la multitud, desaparece el pueblo. [...] La época de la estatalidad está llegando a su fin [...] El Estado como modelo de unidad política, el Estado como titular del más extraordinario de todos los monopolios, el monopolio de la decisión política, está por ser destronado (Schmitt 1963; citado en Virno, 2004b: 38-39).

Pero, no se trata de un “antiestatismo ingenuo”, a partir de una supuesta bondad originaria de la multitud, sino siempre de cara a su ambivalencia, y teniendo en cuenta que la crítica radical del capitalismo es difícil, pues él valoriza a su manera la naturaleza humana. No podemos tampoco negar que las “instituciones” son decisivas, pues “son el modo en que nuestra especie se protege del peligro y se da reglas para potenciar la propia praxis”, pero

el desafío es individualizar cuáles son las instituciones que se colocan más allá del monopolio de la decisión política encarnado en el estado. O incluso: ¿Cuáles son las instituciones a la altura del *General Intellect* del que hablaba Marx, aquel “cerebro social” que es, al mismo tiempo, la principal fuerza productiva y un principio de organización republicana? Virno (2006: 11 y ss.).

La misma ambivalencia nos exige ser cautos y apenas nos permite señalar algunos senderos o pistas del recorrido positivo de la *praxis* de la multitud en esa dirección⁶:

- Las nuevas formas políticas exigen conceptos nuevos, como los que acompañaron la edificación del Estado nacional central y la construcción de la categoría de pueblo. Pero esos conceptos no son inventados por pensadores o filósofos, sino que deben emerger de las experiencias colectivas por prueba y error.
- Es preciso construir nuevas formas de vida que no tengan más como centro la obediencia al Estado y la obligación del trabajo asalariado.
- Hay que insistir en que la idea de la singularidad como predicado de la multitud es opuesta a la idea de individuo del liberalismo. Para éste el individuo es primero y a partir de allí se busca comprender como se relaciona con los otros en una Unidad como la que ha sido el Estado. Por el contrario, en la multitud el individuo, la singularidad, es un proceso, que parte de la Unidad de nuestras aptitudes genéricas como especie.
- Votar o no votar no es el dilema. La cuestión central es construir formas de democracia no representativa que estén a la altura de las fuerzas productivas de hoy.
- El problema de la multitud no es tomar el poder, sino limitarlo y hacerlo decaer construyendo instituciones y una esfera fuera de él. Para ello es central el éxodo, es decir la fuga de las categorías de las instituciones estatales.
- Hay que enarbolar un discurso sobre las singularidades y no sobre las individualidades a la manera liberal.
- La clase obrera actual tiene el modo de ser de la multitud y no del pueblo, pero existe el riesgo de permanecer en lo popular o de abrazar una Unidad diferente.

⁶ Los sintetizamos a continuación siguiendo varios textos de Virno, pero en especial (*Clarín*, 2004a).

- Hay que prescindir del vocablo revolución, pues representa el modelo de tomar el poder para construir un nuevo Estado. Hay que fugarse hacia una república no estatal con experimentaciones en positivo.

III. RECAPITULACIÓN CONCLUSIVA

Volviendo al inicio, si de las ciencias sociales se trata y si nos interrogamos por sus retos contemporáneos, es insoslayable tener en cuenta, como referentes centrales de quienes realizan prácticas de diverso orden en su interior, los que pretendemos resumir en los siguientes cuatro puntos conclusivos.

1. La nueva época del capitalismo

La consideración esencial hace referencia a la urgencia de entender los rasgos y la significación del capitalismo posindustrial o cognitivo, o como quiera llamársele. En especial, es preciso tener en cuenta que ya no podemos seguir interrogando la explotación en términos de la medición propia de la Teoría del Valor trabajo, dada la caducidad de toda forma de medida, que se deriva del desplazamiento predominante del Intelecto general del capital fijo hacia los cerebros de los sujetos, y de la indeterminación temporal y espacial de su concurso a la actividad productiva en razón del carácter biopolítico de la producción.

Igualmente, será indispensable comprender que el Estado ha salido plenamente transformado, dejando atrás la soberanía que antes lo definía, para pasar a ser un instrumento de biopoder, que busca invadir todos los espacios e intersticios de la vida, bajo un esquema de excepcionalidad permanente, en el contexto general de un orden imperial en construcción que no reposa sobre la dominación de una o varias sociedades sobre otras.

Y, lo que es quizás más importante, será preciso ser consciente de que el nuevo orden capitalista es irreversible y que avanza progresivamente en su organización, de tal manera que no son admisibles las pretensiones de retorno a otras fases superadas, a las cuales se acude con nostalgia quizás por ser territorios conocidos, con la esperanza de que es más práctico actuar en ellos que

experimentar creativamente en los nuevos. Por la misma razón, tampoco será posible continuar utilizando las mismas formas organizativas y expresivas del conflicto, como las partidistas o sindicales, pues a la nueva época corresponden otras resistencias y, por lo tanto, diferentes canales de identificación y antagonismo.

2. La dimensión anticapitalista

Tenemos que reivindicar la posición social y política de confrontación del sistema capitalista, en la perspectiva de superarlo y sustituirlo. No se trata, en consecuencia, de aceptar la convivencia con el sistema capitalista aún vigente, pretendiendo ingenuamente que puede tener una faz benefactora de los excluidos y explotados, mediante reformas llamadas redistributivas o accediendo al poder del Estado para redireccionar su gestión. La acción, por el contrario, ha de descreer plenamente del paradigma del poder y de su entendimiento trascendente, para no detenerse en los vicios o perversiones de su organización y funcionamiento, que evidentemente existen y pueden existir, ni mucho menos ambicionar que todo pueda ser distinto si se accede a él. El objetivo debe ser construir otra forma de vida que corresponda al común y cuyas instituciones estén presididas por una democracia no representativa, en una esfera pública no estatal, que no repose sobre el monopolio de las decisiones ni mucho menos de la fuerza. Se aceptan sí las transiciones y las etapas intermedias, pero siempre hacia el mismo fin, así como las reformas, pero no como soluciones sino como instrumentos para garantizar el éxodo.

3. La dimensión subjetiva

Como la transformación capitalista en curso rompe las ataduras de la medición salarial, se abren perspectivas para la expresión de los muchos, es decir, de las singularidades que como conjunto constituyen la multitud, aunque aún sigan enlazadas por la Unidad que representa la categoría de pueblo nacional. Frente a ellos se deben reconocer las diferencias irreductibles de los seres humanos, impidiendo que se borren en virtud de unidades integradoras. De manera principal, hay que tener vigilancia sobre la

unidad nacional y sobre todo sobre su exacerbación nacionalista, para que se despliegue la multitud con su riqueza, controlando su ambivalencia.

4. La escena política

Más allá de las orientaciones ligadas a la problemática de cada sociedad particular, en términos generales puede decirse que hoy se debe denunciar la significación del régimen representativo y no sólo sus vicios, deformaciones e imperfecciones; es preciso descalificar la utilidad real del régimen de partidos, más allá de las fórmulas múltiples que pueden regularlo; es imperioso confrontar todo régimen autoritario y de excepción; controvertir todas las tendencias, reformas y políticas adecuadas a la transformación capitalista en curso; advertir los peligros de cooptación e ideológicos que se esconden tras las llamadas formas de democracia participativa y comunitaria; deslegitimar la viabilidad de soluciones reales mediante reformas constitucionales o legales o políticas públicas, bajo el actual sistema de organización social-productiva y los distintos regímenes políticos vigentes; evitar la celada del reordenamiento del sistema político para atender sus anomalías tales como el clientelismo, la corrupción, el burocratismo, etc.; controvertir y rechazar las nuevas formas del orden capitalista global; considerar la posibilidad de construir formas de transición en la dirección señalada por el éxodo; y en fin impulsar etapas de transición poscapitalista cuando las condiciones así lo exijan y lo permitan.

Y lo que sigue... para avanzar.

Lo que hemos expuesto sin duda adolece de muchas deficiencias y limitaciones, que pueden ser atribuidas a factores personales, pero que también provienen de las dificultades planteadas por la misma época. Es apenas, por ello, un llamado a reconocer y comprender la ruptura fundamental que se ha producido en el capitalismo. Es una apelación a que se abandone la vieja tendencia de aspirar a tomar el poder, que bien sabemos siempre ha concluido en reemplazar a los capitalistas en la gestión del mismo sistema, para situarse en el camino de la búsqueda de lo común,

que no es lo mismo que lo colectivo o lo público como agregación de individualidades. Aunque aparezca retórico, ese otro mundo es posible, aunque nadie tenga ni pueda pretender tener la clave para alcanzarlo, pero no podemos dejar de buscar los comienzos.

Como lo evidencia la misma dificultad de hacer esta comunicación sobre las cuestiones cruciales de nuestro tiempo, ciertamente no caminamos por un sendero fácil, pero este sólo reconocimiento debe permitirnos avanzar. Son muchos los obstáculos que nos asedian y salen a nuestro paso por más precauciones teóricas y políticas que tengamos. Es difícil admitir y más aún tratar de comunicar, que la acumulación de hoy ya no consiste en la inversión en los clásicos elementos constante y variable del capital, sino en dispositivos de producción y de captación de un valor que, en lo fundamental, se produce fuera de lo que siempre hemos concebido como el proceso directamente productivo. Si quisiéramos todavía hablar de composición orgánica, como relación entre esos dos componentes del capital (constante y variable), tenemos que aproximarnos a un capital constante difundido en toda la sociedad que no reside ya en las máquinas sino en las NTIC y en las formas organizativas inmateriales, que sigue a un capital variable desterritorializado, que está disperso en la esfera de la reproducción, del consumo y de las formas de vida, no sometido a jornada, cuyo tiempo de trabajo coincide con su propio despliegue vital, y que reclama otro tipo de formación académica.

Confiamos en que estos desarrollos inacabados e imperfectos, que son en buena medida fruto de otras intervenciones que simultáneamente hemos venido sosteniendo⁷, tengan la exclusi-

7 Nos referimos, principalmente, al contenido de nuestras participaciones en el *Seminario Marx Vive*, en especial a la incluida en el volumen “Izquierda y socialismo en América Latina” correspondiente a la versión de noviembre de 2006, bajo el título “¿Es posible una reinención de la izquierda?”, y al artículo de próxima aparición en un libro sobre las transformaciones contemporáneas del trabajo que publicará ILSA, titulado “Transformaciones del capitalismo, conocimiento, trabajo y formación académica”, a los cuales acudí para preparar la comunicación de la cual da cuenta este texto.

va finalidad de lograr una comunicación y de favorecer un nuevo terreno de análisis y discusión, en la perspectiva de lograr mostrar que estamos ante una transformación profunda del capitalismo cuyos rasgos apenas empiezan a vislumbrarse para orientar el entendimiento de aspectos centrales como el nuevo lugar del conocimiento, del trabajo social humano, y del sistema de acumulación y de explotación, y para replantear los movimientos, las luchas y las reivindicaciones, y en todo ese conjunto el lugar de las ciencias sociales y de quienes las practican.

BIBLIOGRAFÍA

- Hobbes, Thomas 1987 (1652) *Del ciudadano* (Madrid: Tecnos).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (Madrid: El viejo Topo).
- Moulier Boutang, Yann 2007 *Le capitalisme cognitif. La Nouvelle Grande Transformation* (París: Editions Amsterdam).
- Negri, Antonio 2006 *La fabrique de porcelaine* (Paris: Stock).
- Negri, Antonio y Hardt, Michael 2004 *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio* (Buenos Aires: Debate).
- Virno, Paolo 2006 *Ambivalencia de la multitud* (Buenos Aires: Tinta Limón).
- Virno, Paolo 2004a “Crear una nueva esfera pública sin Estado” en *Diario Clarín* (Buenos Aires) 24 de diciembre.
- Virno, Paolo 2004b *Gramática de la multitud* (Madrid: Traficantes de Sueños).

REPENSAR LA CIENCIA POLÍTICA, REPENSAR LAS CIENCIAS SOCIALES EN LOS NUEVOS ESCENARIOS

EFFECTOS EN LOS FORMATOS DE EVALUACIÓN ACADÉMICA Y DE FINANCIACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN*

JOAN SUBIRATS**

En esta contribución al tema que plantea CLACSO, repasaremos, ante todo, el debate actual en la ciencia política y en otras ciencias sociales, sobre la conexión entre investigación, formalización de la misma y relevancia científica, al mismo tiempo que nos preguntamos sobre su relevancia social. Acabaremos con algunos elementos relacionados con la situación actual de la evaluación en las ciencias sociales y sus impactos en las publicaciones académicas y en los formatos de financiación de la investigación. Como sabemos, CLACSO tiene entre sus objetivos “la adecuada diseminación del conocimiento producido por los científicos sociales entre las fuerzas y movimientos sociales y las organizaciones de la sociedad civil [...] desde una perspectiva crítica y plural”. Es precisamente esta orientación la que trataremos de reforzar y repensar con las aportaciones que siguen, que vie-

* CLACSO, Cochabamba, octubre de 2009.

** Doctor en Ciencias Económicas; Catedrático de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido director del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas desde su creación hasta julio del 2009. Actualmente es el responsable del Programa de Doctorado del IGOP.

nen muy marcadas por las tensiones que se están produciendo en los espacios académicos europeos en ciencias sociales sobre las pautas y parámetros de evaluación de la actividad investigadora y su plasmación en revistas y publicaciones, así como los cambios que se están generando en la financiación de los proyectos de investigación.

1. ¿SIRVE PARA ALGO LA CIENCIA POLÍTICA? ¿LA PODEMOS SEGUIR LLAMANDO CIENCIA?

Hace unos meses, en el *New York Times* del 20 de octubre de 2009, apareció una noticia en la que se hacían eco de la propuesta de Tom Coburn, senador por Oklahoma, en la que pedía que la National Science Foundation dejara definitivamente de subvencionar los proyectos de investigación en Ciencia Política. Las razones que apuntaba el senador iban en la línea de la creciente irrelevancia política y social de lo que se analizaba. El debate suscitado por la propuesta fue significativo y se añadió a críticas anteriores surgidas desde el propio campo de los especialistas en ciencia política (Bonet, 2008; Monroe, 2005). Un renombrado profesor de Harvard, Joseph Nye, afirmó al respecto: “The danger is that political science is moving in the direction of saying more and more about less and less”. Y añadía, “There are parts of the academy which, in the effort to be scientific, feel we should stay away from policy”. Lo que muchos de los críticos a esta reciente y creciente deriva “formalista” de la ciencia política apuntan es que, el hecho de querer usar aparatos estadísticos cada vez más sofisticados, al final acaba determinando lo que puede o no estudiarse. O dicho de otra manera, queriendo ser precisos, acabaríamos por ser irrelevantes.

El periódico recogía asimismo la opinión de Theda Skocpol o de Robert Putnam, dos ex presidentes de la American Political Science Association, que advertían del peligro de que los politólogos se alejaran de las “grandes cuestiones”. Otro conocido profesor, Peter Katzenstein, añadía que había una gran división entre los especialistas, puesto que no se ponían de acuerdo ni

sobre lo que era necesario estudiar, ni sobre la unidad de análisis (el comportamiento individual o las relaciones sociales), ni sobre cual era la fuente de conocimiento relevante a utilizar, ni tampoco sobre como deberíamos medir lo que queríamos analizar. Evidentemente, en el marco de la polémica, otros especialistas, como Arthur Lupia, que dirige uno de los proyectos criticados por el senador Coburn (“The American National Election Studies”), se defendía diciendo que aun cuando la ciencia política no puede asimilarse a las ciencias naturales, entre otras cosas porque el objeto de estudio “puede contradecirte”, ello no debería implicar que no se puedan utilizar formas rigurosas de evaluar las observaciones recogidas, de la misma manera que lo hace cualquier otra ciencia. Y que formalizar la investigación no tiene porqué implicar el que automáticamente se dejen de lado “las grandes cuestiones”.

Esta polémica, de la que el diario norteamericano se hacía eco, se producía al mismo tiempo que la profesora de Ciencia Política de la Universidad de Indiana, Elinor Ostrom, recibía el Premio Nobel de Economía. Entendemos que Ostrom es un buen ejemplo de como se puede hacer, al mismo tiempo, investigación rigurosa y tratar de responder a retos y problemas sociales de gran actualidad y complejidad. Sus trabajos sobre los *commons*, han tenido la capacidad de recuperar formas de gestión de los recursos que se consideraban obsoletas, y conectar todo ello con los grandes temas actuales de la sostenibilidad de los recursos naturales, o contribuir a la revalorización de las formas indígenas de relacionarse con la naturaleza.

Este tipo de debates no son ninguna novedad en los ámbitos profesionales específicos de los “practicantes” de la ciencia política, ni tampoco en lo que es el campo más general de la investigación en ciencias sociales. En un magnífico libro (que iré citando y siguiendo a lo largo de estas reflexiones), el profesor Bent Flyvbjerg (Flyvbjerg, 2001), hacía referencia a la denominada “guerra de la ciencias” que surgió en el año 1996 a partir de un número especial de la revista *Social Text*, que provocó la reacción de algunos especialistas en ciencias naturales que acusaron a los científicos sociales de cultivar un antirracionalismo y un relativis-

mo peligrosos. Estos, se defendieron poniendo de relieve los problemas de una “concepción reduccionista de la ciencia”.

2. CIENCIAS NATURALES Y CIENCIAS SOCIALES. ¿DIFERENTES DENOMINACIONES O DIFERENTES PERSPECTIVAS?

Tratando de ir un poco más allá de ese “ruido”, es evidente que el tema objeto de debate es significativo. Uno de los problemas latentes en esta clase de disputas y de rechazos, es que se pretende situar a las ciencias naturales y a las ciencias sociales en un mismo plano de igualdad en relación a lo que serían sus cualidades epistémicas, y a partir de ahí establecer comparaciones que acaban resultando insostenibles. Flyvbjerg nos recuerda que Aristóteles ya distinguía entre *episteme*, *techne* y *phronesis*. En el primer caso, hablaríamos de conocimiento científico, en el segundo de conocimiento técnico, y en el tercero, vinculado a la idea de visión práctica y aplicada, trataríamos de describir una forma de conocimiento que necesariamente incorpora valores, juicios y decisiones, todo ello para poder tener relevancia en la práctica social.

Si aceptamos esta distinción, seguramente la voluntad de comparar estas diferentes visiones y formas de entender la generación de conocimiento, resulta algo absurda. En efecto, habrá campos en los que una aproximación será más potente y útil que las otras. Desde esta perspectiva, la voluntad de reforzar la “cientificidad” de la labor de los investigadores en ciencias sociales acabaría en un fracaso, puesto que estarían aceptando unos términos de hacer ciencia que no les son propios. La capacidad de establecer relaciones de causalidad y generar predicciones desde las ciencias sociales es tan dudosa, como la de los científicos naturales cuando quieren moverse en el campo de los valores y de los intereses. Y ello es aún más claro si entendemos que, por ejemplo desde la ciencia política, no podremos avanzar en nuestra capacidad analítica sin incorporar elementos como conflictos y poder. Aspectos estos en los que los valores y los intereses son determinantes. Es, asimismo importante, entender como las perspectivas desde las que se valora el uso de los casos y de los

análisis empíricos son notablemente distintas, si la valoración se hace desde las ciencias naturales o desde la visión propia de las ciencias sociales.

Uno de los elementos que, en la lógica de la investigación puramente científica es más relevante, es la capacidad de construir afirmaciones de carácter universal. Y ello exige, de alguna manera, alejarse de los elementos contextuales en los que se desarrolla la investigación. En las ciencias sociales este elemento de distanciamiento se hace más difícil, puesto que el contexto, el marco específico en el que se desarrolla la investigación, no sólo es imprescindible para poder incorporar los elementos que determinan las interacciones sociales, sino que en muchos casos el propio contexto es precisamente el objeto esencial del trabajo de análisis. Lo que para otras miradas científicas puede ser un inconveniente (la contingencia de lo que se quiere analizar), en el caso de muchas investigaciones en ciencias sociales, es precisamente un elemento que permite relacionar contexto y acciones, y proceder a las interpretaciones subsiguientes. El problema, evidentemente, es que muchas veces lo que puede explicar lo que ha pasado aquí, no ayuda demasiado a saber lo que puede acabar pasando en otro lugar.

Desde el campo de la investigación en economía, a menudo, se ha tratado de acercarse a la capacidad explicativa y predictiva general de las ciencias naturales, partiendo de la base de considerar como un dato elementos del tipo “la gente siempre busca su propio beneficio”, o “la relación entre precio y valor es consistente”. Como bien sabemos, ello no siempre es así. Y muchas veces esta capacidad de los sujetos, que son objeto de estudio, de contradecir lo que se pensaba que harían (su falta de consistencia en sus propias conductas), hace que la capacidad predictiva no sea todo lo fuerte que uno esperaría. En definitiva, no es fácil imaginar que se puedan construir reglas generales sobre las conductas de los individuos, y sin esta capacidad de generalizar las reglas resulta difícil construir teoría en el sentido científico fuerte del término. Con ello no queremos afirmar que no se pueda hacer “investigación científica” desde las ciencias sociales, pero lo que nos

parece evidente es que lo que consideraremos “científico” no acabará de concordar con lo que se entiende como tal en el campo de las ciencias naturales. Del mismo modo que desde las ciencias naturales trabajar “científicamente” en el campo de los valores o de los intereses, es, probablemente, bastante difícil.

La perspectiva que refuerza la capacidad de significación de las ciencias sociales sería la de contribuir a relacionar valores y acción social y política de los individuos y de los grupos, o dicho de otra manera, como relacionar las personas y los entornos sociales en los que se mueven, desde las perspectiva de lo que les impulsa a interactuar, a transformar. La perspectiva científica (epistémica, como diría Aristóteles), busca construir una racionalidad general que explique lo que se quiere explicar, independientemente del contexto social en que se produce. La perspectiva técnica quiere ayudar a hacer, quiere contribuir a conseguir de la mejor manera posible los objetivos fijados, y tampoco está muy preocupada por el contexto en el que esa acción se produce. La perspectiva de las ciencias sociales (propia de la *frónesis* aristotélica), en cambio, asume la necesidad de relacionar valores y *praxis* de los individuos y grupos. Y esto no se puede hacer en abstracto. Hace falta relacionar casos y categorías, elementos generales y elementos concretos. Y ello quiere decir concentrarse en la experiencia, en las conductas específicas que se producen en circunstancias particulares, en un determinado contexto.

En este sentido, Aristóteles relacionaba directamente *frónesis* con la ciencia política, relacionando el despliegue que significa pasar de los elementos particulares a los generales o a una perspectiva social amplia, mediante el ejercicio de las leyes (dónde partiendo de unos valores, se propone un itinerario controlado de cambio, proceso que se supone que conducirá a “buenos” resultados, a partir de unas circunstancias previas determinadas), y también de la necesidad de la deliberación para tomar decisiones colectivas. Tendríamos pues una perspectiva aparentemente bien diferenciada de lo que sería la más comúnmente considerada como propia de la investigación científica más convencional. Desde la aproximación que aquí tratamos de defender y argumentar,

los aspectos particulares, los aspectos contextuales, serían esenciales. O dicho de otra manera, la perspectiva apuntada refuerza la significación de los ejemplos, la importancia de los casos, y a ello nos referiremos enseguida.

En el trabajo de Flybjerg, se considera que el campo en el que las ciencias sociales son fuertes es en cuestionarse hacia dónde vamos, en preguntarse si es deseable hacerlo, si se hace lo necesario para avanzar, y también (y esto es especialmente significativo para lo que sería la perspectiva propia de la ciencia política) quién gana y quién pierde con todo ello, y qué mecanismos de poder se usan para llevarlo a cabo (Flybjerg, 2001: 60); sin dejar de preguntarnos a quién nos referimos cuando usamos un “nosotros” (Bal, 2009: 413 y ss.). Evidentemente, lo que no podemos esperar es que estas respuestas construidas desde las ciencias sociales acaben teniendo validez universal. Más bien, lo que ocurre es que esas respuestas acaban formando parte de un proceso de debate social en el que los científicos sociales están también presentes.

3. LA SIGNIFICACIÓN DEL CASO MÁS ALLÁ DE SUS APARENTES LIMITACIONES

Los estudios de casos son muy importantes en los trabajos de investigación en ciencias sociales. Las críticas a este método de aproximación a la realidad han sido y son frecuentes. Por una parte, los elementos prácticos y concretos acostumbran a situarse en una escala inferior a los aspectos generales y teóricos. Y esa crítica es aun más potente cuando la investigación se basa en el estudio de un solo caso, puesto que se argumenta que ello imposibilita la “necesaria” generalización, entendida como un requisito clave por “hacer” ciencia. Por otro lado, se aduce, además, que no se puede confiar en que la propia selección del caso no esté demasiado (pre)determinada por los sesgos o inclinaciones específicas del investigador. Entendemos que muchas de estas perspectivas críticas parten de categorías ajenas a la perspectiva que aquí se defiende. Como ya hemos avanzado, creemos que la capacidad de construir conocimiento sobre como funcionan las relaciones sociales, como surgen los conflictos y qué intereses expresan, de-

penderá de lo que consigamos averiguar sobre el contexto en el que ese conjunto de interacciones se desarrollan.

El método de aprendizaje se basa pues en la capacidad de construir conocimiento desde la experiencia. Y, muchas veces, es desde un intenso y eficaz conocimiento de las experiencias, desde las que se pueden construir vías de aprendizaje y construcción de elementos de conexión, elementos que permitan acumular, aprender y enseñar. Parece pertinente repetir aquí lo que decía Thomas Kuhn cuando afirmaba que una disciplina que no dispone de un gran número de estudios de casos llevados a cabo con la suficiente profundidad, es una disciplina sin una producción sistemática de ejemplares, y que una disciplina sin ejemplares acaba siendo una disciplina ineficaz.

Como argumentó Giddens, “research [...] may be of generalized importance in so far as it serves to elucidate the nature of agents’ knowledge-ability, and thereby their reasons for action, across a wide range of action-contexts” (Giddens, 1984: 328). En este sentido es obvio que la selección del caso resulta significativa. Ciertos casos atípicos, críticos o extremos, que de alguna manera no son habituales, acostumbra a poner de relieve informaciones significativas. Pero también se puede proceder a basar la selección de casos en criterios de aleatoriedad o en base a una muestra, si lo que más preocupa es acercarse a alguna forma de representatividad, o bien se busca una cierta capacidad de generalización. La fuerza del caso escogido, derivará de las razones que se usen a fin de justificar su selección, y en este sentido, nuevamente, se hace difícil establecer aquí criterios generales.

Lo que es importante retener es que el objetivo final es entender y aprender del fenómeno o situación analizada, y que ello es más fácil de conseguir si el investigador es capaz de situarse en el propio contexto en que se ha desarrollado o se desarrolla el problema o la situación que se quiere analizar. En este sentido, muy a menudo, el análisis del caso comporta falsificar o negar algunas o todas las hipótesis de partida, lo que contradice algunas de las objeciones que acostumbra a hacerse sobre el sesgo en la selección. No tenemos por que suponer que el hecho de funda-

mentar el estudio en una base estadística, por amplia que sea, no implique asimismo la posibilidad de sesgo en la selección de las variables a estudiar.

Desde la perspectiva propia de la ciencia política, el análisis de las situaciones concretas debería poder permitir el poner de relieve los conflictos y las relaciones de poder siempre presentes en cualquier situación de interacción social. Incluso en aquellas en que, aparentemente, predomina la lógica de la deliberación, la comunicación y el acuerdo, puesto que, en muchos casos, existen formulas implícitas de exclusión de agentes o de temas. El hecho que el contexto en el que se produce el análisis sea democrático nos garantiza sólo que la gente esté presente y que, en principio, pueda intervenir, no que exista consenso sobre lo deba o no hacerse. En realidad, cuando más potente y enraizada sea la práctica democrática de una determinada realidad social, más capacidad tendrá para incorporar conflictos y desacuerdos.

En definitiva, la investigación en ciencia política, desde la perspectiva aquí expuesta, incorpora como un hecho positivo la implicación del investigador en el contexto y el caso a analizar, aunque no forme parte del mismo. Este acercamiento facilita la capacidad para conocer no sólo los discursos o argumentos de los actores, sino también sus prácticas, es decir como piensan, se expresan y actúan. Y, por lo tanto, como se manifiestan las relaciones de poder que existen de manera más o menos explícita. El análisis de las relaciones de poder debería permitir ir más allá de situar y describir las instituciones formalmente encargadas de gestionar y regular los conflictos. El ejercicio concreto del poder no siempre se da ni como está previsto, ni desde dónde estaba previsto que se ejerciera. Las relaciones de poder están inmersas en los procesos sociales que quieren analizarse, y en esos procesos existirán siempre situaciones diversas de fuerza, de dependencia y de sumisión. Como dice Foucault, “donde hay poder hay resistencia” y, por lo tanto, procesos de cambio controvertido y de transformación conflictiva. Y es evidente que en este contexto de análisis las propias lógicas de conocimiento implican situaciones y relaciones de poder. El hecho de querer conocer implicará

asumir que lo que buscamos es discernir las reglas que hacen o que explican que las cosas pasen, y como se da ese conflictivo proceso por el cual se decide y se discrimina entre lo que puede hacerse y lo que no puede hacerse en cada contexto determinado.

4. ¿CIENCIA POLÍTICA Y POLÍTICA COMO ELEMENTOS NO DIFERENCIABLES?

Una perspectiva estrictamente cientificista de la investigación y análisis politológica, probablemente, nos lleve a reducir los fenómenos políticos a una serie de efectos, que pueden hacernos perder lo que entendemos que tiene de distintiva la política. Entendemos que la autonomía de la ciencia política deriva de la propia autonomía de la política, y de considerar, como hemos esado diciendo, que no se puede reducir la conducta humana y social a parámetros estrictos de racionalidad. Las imágenes, los estereotipos, las emociones, las tradiciones sociales y familiares, y otros muchos factores no comprimibles en lógicas puras de racionalidad, explican muchos de los comportamientos sociales y políticos. “[...] the project of political science is limited by having to assume that human conduct is essentially non rational” (Mingue, 1995: 91).

Entonces resulta claro que, como dice Pasquino, la ciencia política no forma parte de la misma categoría de las ciencias físicas y naturales, pero ello no tiene porque implicar que no pueda trabajarse de manera científica. No por el hecho que se puedan establecer a ciencia cierta nexos de causalidad, sino más bien por los procedimientos que se puedan utilizar para lograr informaciones relevantes sobre los fenómenos que interese analizar, para ofrecer explicaciones sobre lo que acontece, para elaborar perspectivas teóricas, para comunicar sus resultados y, al fin y al cabo, tratando de utilizar métodos de búsqueda replicables e intersubjetivos (Pasquino, 2008: 127-128).

Hace falta subrayar la importancia de la aplicabilidad de la ciencia política. En este sentido, el objetivo no es tanto el de llegar a unos resultados óptimos y racionales, sino más bien alcanzar análisis satisfactorios y operativos (Lindblom, 1990). Y todo

ello mediante la acumulación de experiencias y de conocimientos (Pasquino, 2008: 132), que permitan explicar de manera satisfactoria un fenómeno social y político determinado, en una línea que se acercaría a la visión de experto de la que nos habla Flyvbjerg; y desde una perspectiva de mejora del funcionamiento y del rendimiento de los sistemas políticos, que, con todas sus limitaciones, nos acerca a la idea de la ciencia política más como arte que como ciencia (Easton, citado en Cansino, 1999: 83).

Parece inevitable que, como decía Schmitter ya hace unos años (Schmitter citado en Cansino, 1999: 212), la ciencia política, o al menos una parte de ella, se preocupe cada vez más de preguntas del tipo: ¿qué diferencias supone vivir en una democracia o en otra? ¿qué tipos de valores promueve cada una de ellas, a quién beneficia y a quién perjudica?. A medida que la política se va confundiendo con lo que necesita la cada vez más compleja civilización para funcionar (Minogue, 1995: 107), la ciencia política ha tenido que ir adaptándose a estas demandas y necesidades sociales, e ir profundizando través de aproximaciones más aplicadas y críticas, o bien tratar de aislarse en procesos de formalización y modelización que le permitan vivir al margen de los conflictos sociales. Minogue afirma que a medida que teorizamos más y más el ejercicio de la política, reinterpretaremos más los problemas políticos y sociales como problemas *manageriales* o estrictamente de gestión (Minogue, 1995: 111). Debemos preguntarnos si podemos mantener la capacidad de estar presentes, con nuestra actividad intelectual y de análisis, en la clarificación de a qué problemas nos enfrentamos, y qué riesgos y qué posibilidades tenemos para poder seguir avanzando. Y esta es una tarea que difícilmente la podremos seguir haciendo sin implicarnos de alguna manera en la *praxis* política y social, aceptando la tensión de sujeto/objeto de la investigación como actor social y constructor de conocimiento (Lander, 2000).

No podemos, por lo tanto, tratar de mantener aisladas de forma estanca las esferas de la ciencia política como espacio de reflexión y análisis, y la esfera de la política como espacio donde se dirimen valores e intereses frente a problemas y dilemas. Y en

este sentido serán pertinentes preguntas del tipo: ¿cuál debe ser el grado de poder que deban poder ejercer los poderes públicos sobre individuos y grupos? ¿Cómo pueden establecerse las fronteras entre lo que consideramos privado de lo que consideramos público? ¿Cómo deben, los individuos y los grupos, tratarse entre sí? (Smits, 2009: 4). Preguntas, cuestiones que deberán ser objeto de atención preferente de la ciencia política, y son, asimismo, aspectos centrales del debate político y de los espacios de conflicto hoy en día en cualquier sociedad. Y que, además, han de tener en cuenta las lógicas de dominio y de explotación norte-sur que se han manifestado y se siguen manifestando también en el campo epistemológico y en las agendas de investigación (Fals Borda, 2009; De Sousa Santos, 2009).

5. CIENCIA POLÍTICA Y COTIDIANEIDAD. CIENCIA POLÍTICA Y CIENCIAS SOCIALES

A medida que vamos avanzando en este siglo, va aumentando la sensación de que la evolución social se va dando con una pérdida general de sentido. Y desde las ciencias sociales en general, y desde la ciencia política en particular, esta pérdida de sentido se manifiesta, entre otras cosas, en un uso cada vez más habitual del pluralismo metodológico. Es una constatación más de la creciente dificultad para analizar la realidad, y darle un sentido, desde una única perspectiva. Los conceptos que nos habían servido para interpretar, organizar, tipificar la realidad política y social, cada vez nos sirven menos, describen peor lo que nos rodea.

Una expresión muy clara de lo que estamos diciendo es que ahora percibimos mejor que antes que los conflictos sociales no sólo se producen en los lugares tradicionales donde íbamos a buscarlos, sino que van emergiendo y se manifiestan en espacios como la escuela, la familia, las organizaciones de la sociedad civil. La política pasa de estar aparentemente concentrada en las instituciones y en las organizaciones de personas e intereses, que están representadas o que quieren incidir en las mismas, a incorporar, cada vez más frecuentemente, dimensiones cotidianas de

las personas. El feminismo ha tenido una fuerte incidencia en esta transición, y ahora ya podemos hablar de política de la cotidianidad sin aspavientos. Como se ha comentado, las relaciones de poder y los conflictos que generan se manifiestan en distintos espacios y tiempos, en la esfera doméstica, en la esfera productiva, en la esfera de la comunidad, en la esfera del mercado, en la esfera de la ciudadanía y sus conexiones con el espacio público, y la esfera global (De Sousa Santos, 2006).

La democracia y los procesos de democratización ya no pueden seguir viéndose como algo específicamente relacionado sólo con instituciones y organizaciones. Cada vez más, necesitamos verla como democracia de los ciudadanos, y es precisamente en la consideración de lo que entendemos por ciudadanía, y de las dificultades de unos y otros para lograr esta aspiración, donde encontraremos hoy buena parte de los conflictos políticos más relevantes. Como se ha dicho recientemente: “La ciencia política debería liberarse de su obsesión metodológica, de las presunciones de su ideología cientificista, de su imposible aspiración a la neutralidad valorativa, de su débil sensibilidad miedo la historia y el cambio social” (Cansino, 2008: 267).

La ciencia política no puede dejar de ser una disciplina que se relaciona con el quehacer cotidiano de las personas, y que trata de analizar su comportamiento. En este sentido, como decía Bobbio (Bobbio, 1990: 1001) comparte, con las otras ciencias sociales que derivan de la acción humana, la preocupación por el hecho de que las personas hacen cosas y se sirven de instrumentos para lograr unas finalidades que no siempre son explícitas ni declaradas, y que incluso son, muchas veces, inconscientes. Esto implica que el significado de las acciones de las personas no siempre está claro, y que muchas veces necesitamos saber cómo ha acabado la acción o conjunto de acciones desarrolladas para poder atribuir alguna clase de significado analítico. Por otra parte, las personas usan símbolos, expresiones, palabras para comunicarse, lo que implica interpretar esas formas de comunicación con el fin de poder acabar dándole un sentido a todo el proceso. Y, asimismo, las personas transportan valores, ideas, creencias, y tratan muchas

veces de justificar lo que hacen o dejan de hacer en relación a los valores dominantes del entorno en el que se mueven. Y no siempre estas justificaciones o expresiones responden realmente a lo que piensan, hacen o quisieran hacer.

De este conjunto de limitaciones y de restricciones resaltamos lo importante que es que la ciencia política pueda encontrar lo que es específico de su aproximación (conflictos, poder, cambio, etc.), y aquello que necesariamente debe compartir con las otras ciencias sociales. El objetivo no es tanto ganar científicidad, sino más bien ganar en capacidad de entender y de explicar. Necesitamos desbordar los límites de las ciencias sociales constituidas como espacios blindados, con metodologías que pretenden ser completas y autosuficientes. Cada vez más, los problemas son multidimensionales, y cada vez son menos susceptibles de ser confinados en las estrecheces de las disciplinas convencionales.

La extensión de la política, la extensión y mayor complejidad del conflicto y de las relaciones de poder, nos han dejado con la sensación de que la ciencia política ya no controla el propio objeto de análisis. La salida, entiendo, no puede ser el refugiarse en la formalización y el encerrarse en las viejas certezas y espacios, aunque sea aumentando la abstracción y la modelización. Como afirman Marsh y Stoker “We want a political science that captures the richness of human experience and not that one that, in the search for professional esteem, makes a fetish out of particular techniques or forms of knowledge production” (Marsh y Stoker, 1995: 289). La perspectiva que hemos ido apuntando en las páginas anteriores quiere reforzar la idea que hemos de ir pasando de una disciplina especializada en unos aspectos y en unos contenidos considerados como propios, a una visión más centrada en los problemas dónde, necesariamente, convergeremos con otras disciplinas y miradas. Asumir las propias limitaciones, trabajar de manera más abierta con otras visiones y metodologías de trabajo, y tratar de avanzar así en el conocimiento de los nuevos perfiles de la realidad social, sin renunciar a lo que de específico podemos aportar, y sin renunciar tampoco a la perspectiva crítica hacia esas otras aportaciones y visiones.

En algunas aportaciones recientes, se sostiene que las ciencias sociales, deberían ampliar su foco, tratando de ir más allá de lo estrictamente social, incorporando asimismo todos aquellos elementos (materiales, técnicos, del entorno, etc.) que interactúan, cada vez de manera más directa e influyente, con los agentes sociales, y por lo tanto modifican sus pautas de comportamiento, mientras esos mismos objetos o materiales son también modificados. La denominada Teoría del Actor Red (Latour, 2008) busca pues reconstruir la aproximación de las ciencias sociales, centrándola en las relaciones y asociaciones entre “actores”, sean estos del tipo que sea, y generando capacidad explicativa a partir de esa reconsideración de lo social. Y es precisamente desde esta perspectiva que se reivindica una nueva cientificidad de las ciencias sociales en general y, desde nuestra perspectiva, de la ciencia política en particular.

Después de todo lo dicho, no creo que podamos acabar con la conclusión que la ciencia política es simplemente un híbrido de una combinación de disciplinas y aproximaciones. Como hemos ido apuntando, y siguiendo el hilo aristotélico, nuestro campo esencial es el de la obligación política (Ferdinand, 2009: 477) con todas sus derivadas y consecuencias. Al final, de lo que se trata es de que nuestras aportaciones sean relevantes en relación a los grandes dilemas que nuestras sociedades tienen planteados, manteniendo capacidades críticas, comunicándolo de forma que sea comprensible más allá de los expertos, y sin renunciar a influir en las agendas y políticas de cada momento, en una perspectiva inequívoca de transformación social.

6. ALGUNAS CONSECUENCIAS EN LAS DINÁMICAS DE EVALUACIÓN ACADÉMICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

En esta parte de nuestra aportación quisiéramos referirnos a un aspecto que despierta una creciente preocupación en los espacios académicos entre los que investigan y trabajan en el campo de las ciencias sociales. Nos referimos al hecho que, muchas de las revistas de referencia internacionales en los distintos campos de especialización de las ciencias sociales, aquellas cuyo índice

de impacto es mayor, trabajan con criterios de evaluación en los que ha ido imponiéndose criterios de valoración más propios de las ciencias naturales que específicos de las ciencias sociales. Evidentemente, ello se agrava por el hecho que las carreras profesionales y académicas, o el sistema de incentivos de las instituciones de investigación, están cada vez más condicionados por el publicar o no en ciertos *journals* o revistas específicas, con altos índices de impacto y que formen parte de selectivos índices de revistas.

Como hemos dicho, en ciencias sociales el contexto juega un papel central. Ya hemos mencionado cómo la concreción temática y/o territorial, el estudio de casos, la incorporación de las subjetividades o de las emociones, etc., son elementos de valor en la investigación, y en cambio, desde parámetros más estrictamente epistémicos, pueden acabar siendo elementos que rebajen el valor de lo analizado y estudiado. Por otro lado, en la perspectiva aquí defendida, esta mirada y esta práctica metodológica incorporan muchas veces la voluntad de que el trabajo hecho pueda ser “devuelto” a las personas, grupos o comunidades que fueron objeto de estudio o de análisis, y además, que pueda serles útil, que tenga consecuencias, aspectos todos ello poco significativos para los formatos habituales de evaluación científica y de acceso a los *journals*.

En efecto, lo que para muchos de los que practican ciencias sociales es muy importante, es decir el grado de impacto de sus análisis en la realidad analizada, en la actuación de los poderes públicos, o de las pautas de interacción de los actores, no forma parte determinante de las dinámicas evaluativas. Aspectos como el aprendizaje social o el grado de transformación de la realidad no son relevantes en la evaluación académica y científica. Esto indica la poca significación que se da a la transferencia en el área de las ciencias sociales, en contraste con la alta valoración de las patentes o de la transferencia a empresas que se hace en el campo de las ciencias naturales, físicas o biosanitarias. Las revistas de referencia en cada especialidad, han ido desarrollando los parámetros sobre lo que se considera valioso, desde su propia

perspectiva como expertos en la materia, pero han sido muy poco capaces de incorporar el impacto logrado en un ámbito más general (actores, *policy makers*, media, etc.). Por otro lado, se ha ido produciendo, en la práctica, una desvalorización de la producción de libros. Un formato que, en muchos casos, permite transportar trabajos de largo alcance, o bien investigaciones o empeños más colectivos, lo que difícilmente suele ser asumido por las revistas de referencia de cada ámbito. Revistas que, por otra parte, apenas llegan a personas o colectivos que no sean los estrictamente académicos.

En definitiva, es importante evitar que las especificidades mencionadas acaben conduciendo a la conclusión-refugio que la evaluación de la investigación en ciencias sociales es tan exclusiva y diferente que nada de lo que se hace en otros ámbitos puede aplicarse. Pero, al mismo tiempo, es preciso huir de los muchos mecanicismos simplificadores en los que a menudo se cae en la práctica evaluadora de muchos de los organismos encargados de contrastar y juzgar la calidad de la investigación desarrollada en las ciencias sociales.

7. LAS NUEVAS TENDENCIAS EN LAS POLÍTICAS CIENTÍFICAS Y EN LA FINANCIACIÓN DE LOS PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN

No quisiéramos acabar sin hacer alguna mención a como están evolucionando las políticas científicas en Europa y que impacto tiene todo ello en las convocatorias públicas de financiación de los proyectos de investigación. Sobre todo, porque constatamos una nueva contradicción entre una evaluación de la actividad investigadora que, como hemos visto, la vemos notablemente encerrada en parámetros un tanto autistas, y una tendencia de los organismos financiadores de la investigación para que la misma vaya relacionándose más y mejor con las problemáticas sociales más acuciantes.

En efecto, tanto en las convocatorias de la Unión Europea como en las que son propias de cada país, se ha ido detectan-

do un cambio notable en los últimos tiempos, al ir poniendo el énfasis más en los problemas sociales, con toda su complejidad, que en las disciplinas científicas en que tradicionalmente se ha ido estructurando el mundo académico e investigador. Y ello se puede comprobar tanto en los ítems en que se despliegan esas convocatorias de financiación de la investigación, como en la mayor insistencia en que se explique con detalle la forma en que van a diseminarse los resultados de la investigación que se propone, e incluso con la propuesta para que se incluyan ya en el diseño y seguimiento del proyecto a los entes, organismos u organizaciones que pueden estar interesados en esos resultados.

En el “Informe Metris” del año 2009 dedicado a las tendencias emergentes en ciencias sociales y humanidades, la Unión Europea escogió cinco áreas temáticas que se consideraron prioritarias a fin de reforzar la gobernanza del continente frente a los retos que plantean los grandes cambios de los últimos años:

- Crecimiento, ocupación y competitividad en una sociedad basada en el conocimiento, fomentando la innovación y la creatividad.
- Combinación de objetivos económicos, sociales y medioambientales, en orden a analizar las consecuencias socioeconómicas globales del cambio climático.
- Principales tendencias sociales y sus implicaciones, dentro las cuales se incluían estudios sobre el envejecimiento de la población, los movimientos migratorios, la crisis de la representación política tradicional y los adelantos de la biotecnología, entre otros.
- Europa y el mundo, sobre la posición mundial del continente europeo en varios parámetros o el estudio de la identidad europea.
- El ciudadano en Europa, que se centraría en el estudio de lo que significa ser ciudadano desde la perspectiva de la política, el derecho, la religión, el sexo o la biología.

Y, descendiendo en el detalle, el Informe menciona los temas transversales que se consideran claves y que pueden “fertilizar” las dinámicas de investigación consideradas necesarias, y orientar así las agencias de financiación de la investigación de cada país. Estos temas son los siguientes: el futuro y los cambios en las políticas de bienestar social y sus impactos en lo que se ha venido denominado el “modelo social europeo” y en las nuevas pautas de desarrollo; los procesos migratorios, la regulación y gestión de los flujos, con especial énfasis de sus impactos en la cotidianeidad de los países receptores; análisis de los mecanismos que vinculan tecnología, innovación crecimiento económico, con un especial interés en el papel que juegan las instituciones generadoras de conocimiento; análisis de la sociedad *poscarbon*, con interés especial en los impactos sobre el desarrollo económico de los grandes cambios ambientales y sus efectos a largo plazo, en temas como energías alternativas y gestión de recursos naturales; crisis de los mecanismos tradicionales de medición del valor, ante los efectos de la desindustrialización y la creciente significación de temas como el conocimiento que necesitan nuevos desarrollos de indicadores; análisis de las nuevas relaciones entre espacio, paisaje y virtualidad, desde todas sus posibles dimensiones, con especial énfasis en las nuevas formas de mapear la realidad; los temas de tiempo y memoria, y sus relaciones con los procesos de construcción de identidad o de marcos cognitivos, o lo relacionado con políticas de memoria, o políticas de tiempo; la tecnologización de las ciencias sociales y de las humanidades a través de herramientas como los sistemas geográficos de información, el análisis de redes, o las nuevas interfases entre humanos y no humanos; los temas la imagen o la iconoesfera, y sus implicaciones en la conexión entre ciencia, investigación, arte, etc.; los temas de gobernanza y regulación en un mundo globalizado; y finalmente, los temas del futuro de la democracia y sus efectos sobre la concepción de la ciudadanía.

Formatos muy parecidos a este de la Unión Europea, podemos encontrarlos en los programas o los planes de investigación de países como Noruega, Dinamarca o del propio gobierno catalán, para poner unos pocos ejemplos. Como vemos se trata de

una agenda de investigación muy distinta de la que podríamos considerar como tradicional. La visión transversal, y el énfasis en los problemas emergentes, traslada la perspectiva investigadora de las disciplinas a la necesidad de abordar esos problemas, asumiendo su complejidad ya en los propios formatos de investigación. Es evidente que la preocupación por el crecimiento económico, por el desarrollo o las nuevas necesidades del mercado, están muy presentes, pero se observa una creciente atención a nuevos temas que vinculen cotidianeidad con gobernanza.

Desde mi punto de vista estos cambios, como avanzábamos, expresan el paso de una investigación más centrada en los ámbitos disciplinares científicos, a una investigación más centrada en problemas y dilemas de relevancia social. Y es evidente que ello exigirá cada vez más el investigar y trabajar desde perspectivas y entornos transdisciplinares. Y, además, el énfasis se irá poniendo más en la capacidad de diagnóstico y de propuesta en relación a la problemática objeto de análisis, que en la “pureza” con que cada disciplina entiende deba acometerse la tarea investigadora. Los problemas objeto de estudio, exigen, crecientemente, una pluralidad de enfoques y miradas, para lograr entender lo que sucede y responder a las complejidades e interdependencias cruzadas del tema. Ello exige superar visiones de trabajo más individual –o casi–, que hasta ahora han sido muy frecuentes en el ámbito de las ciencias sociales, y avanzar en estructuras y espacios de investigación más grandes y plurales. Las dinámicas de evaluación deberán poder incorporar estos elementos de valor del trabajo de investigación en grupo, sin que ello tenga porqué implicar el disolver o difuminar las aportaciones individuales en estos colectivos abstractos.

Pensamos que ese conjunto de reflexiones no invalida la necesidad de contar con espacios y parámetros de difusión de las diversas disciplinas y ámbitos de investigación, que puedan y deban de trabajar con parámetros de calidad, pero ello no tiene porqué implicar el asumir de manera acrítica el *mainstream* establecido o el que poco a poco va apareciendo. Sobre todo, cuando la perspectiva dominante en la evaluación de la investigación minusvalora, o senci-

llamente no incorpora, criterios para poder valorar adecuadamente las dinámicas y los resultados de la transferencia y diseminación realizados, o sólo tiene en cuenta aquellos que se realizan hacia los actores más poderosos del mercado o de la sociedad. Hace falta evitar que la complejidad, inherente a los campos científicos en los que trabajamos, acabe por hacer pensar que es imposible saber qué es una “buena” o “mala” investigación, o que no se podrán encontrar nunca criterios para valorar los niveles de impacto de la transferencia y el aprendizaje llevado a cabo. Es importante avanzar en criterios que ayuden a valorar lo que es la transferencia social, y la capacidad de articular investigación y transformación social.

Entendemos que es positivo que la financiación (pública) de la investigación vaya poniendo el énfasis en la capacidad de la misma para hacer frente y contribuir a superar problemas sociales presentes y futuros. El énfasis en los problemas y no en las disciplinas, tendrá que implicar ajustes entre la agenda pública de investigación y la agenda de los investigadores y de los grupos o centros en los que desarrollan su trabajo. Comprender que los investigadores en ciencias sociales avanzan contrastando hipótesis y métodos de investigación en entornos que no son estables ni previsibles, y que esta interacción y contraste modifica unos y otros, resulta esencial para valorar métodos y formas de trabajo que no se ajustan a las que la ciencia convencional entiende como aceptables. Es muy importante que la participación de la perspectiva crítica en ciencias sociales esté presente en estos debates, ya que de otra manera la selección de los problemas considerados prioritarios, la elección de enfoques, o la mayor o menor consideración de los impactos de la investigación en unos u otros sectores sociales, estarán definidos por quiénes siguen viendo a la investigación estrictamente subordinada a los intereses de los más capaces de influir en la toma de decisiones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bal, M. 2002 *Travelling Concept in the Humanities. A Rough Guide*, (Toronto: University of Toronto Press) [Bal, M. 2009 *Conceptos viajeros en las humanidades* (Murcia: Cendeac)].

- Bobbio, N. *et al.* (eds.) 1990 *Dizionario di Política* (Milano: TEA).
- Bonet, J. 2008 “Una aplicación de las enseñanzas del movimiento *perestroika* al análisis de las políticas públicas urbanas”. Presentado en las *Jornadas de Ciencia Política Crítica*, Bilbao, mimeo.
- Cansino, C. 1999 *La Ciencia Política de fin de siglo* (Madrid: Huerga y Fierro).
- Cansino, C. 2008 *La muerte de la ciencia política* (Buenos Aires: Sudamericana).
- De Sousa Santos, B. 2006 *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires)* (Buenos Aires: CLACSO).
- De Sousa Santos, B. 2009 *Una epistemología del sur* (México: CLACSO/Siglo XXI).
- Fals Borda, O. *Una sociología sentipensante para América Latina* (Bogotá: CLACSO).
- Ferdinand, P. 2009 “Conclusion” en Garner, R.; Ferdinand, P. y Lawson, S. *Introduction to Politics* (Oxford: Oxford University Press).
- Flyvbjerg, B. 2001 *Making Social Science Matter* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Giddens, A. 1984 *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration* (Londres: Polity Press).
- Informe Metris 2009 en <http://ec.europa.eu/research/social-sciences/pdf/metris-report_en.pdf>.
- Lander, E. 2000 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Latour, B. 2008 *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red* (Buenos Aires: Manantial).
- Lindblom, Ch. 1990 *El proceso de elaboración de las políticas públicas* (Madrid: Inap).
- Marsh, D. y Stoker, G. (eds.) 1995 *Theory and Methods in Political Science* (Londres: Macmillan).
- Minogue, K. 1995 *Politics* (Oxford: Oxford University Press).

- Monroe, R. K. (ed.) 2005 *Perestroika! The raucous rebellion in political science* (New Haven/London: Yale University Press).
- Pasquino, G. 2008 *Prima lezione di scienza politica* (Bari: Laterza).
- Smits, K. 2009 *Applying Political Theory. Issues and Debates* (Nueva York: Palgrave-Macmillan).

UNIVERSIDAD PÚBLICA, POSGRADO Y RENOVACIÓN DEL CONOCIMIENTO Y LAS SOCIEDADES*

LUIS TAPIA**

I. EDUCACIÓN PÚBLICA Y DEMOCRATIZACIÓN

Las universidades tienen la tarea de formar profesionales, lo cual implica, sobre todo, un proceso de transmisión de técnicas, teorías, metodologías; pero a la vez la universidad tiene la tarea de producción de conocimiento; es decir, de renovación, desarrollo, sustitución de las teorías, métodos y destrezas profesionales que se transmiten en los ciclos básicos de formación universitaria, sobre todo. Para la producción del conocimiento es importante que la universidad se configure como un espacio público, no sólo en términos de un espacio financiado con recursos estatales, sino también en tanto un espacio público, como espacio abierto para el debate *interteórico*, que es uno de los factores de los más importantes en el desarrollo de las ciencias, en particular, en el ámbito de las ciencias sociales y humanas.

* Este artículo fue, originalmente, publicado en *Umbrates* N° 15, CIDES-UMSA, Bolivia, marzo de 2007.

** PhD en Filosofía Política. Coordinador del Doctorado en Ciencias del Desarrollo, en el Postgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés (CIDES-UMSA). Profesor de posgrado en el CIDES-UMSA y en otras universidades de Bolivia y del exterior.

Hago, primero, unos comentarios sobre la dimensión pública en relación a la ciudadanía, para luego centrarme en producción y renovación en el conocimiento. Uno de los resultados de los procesos de las luchas por la democratización de los Estados modernos ha sido la conquista del derecho a estudiar, y que la educación se vuelva una responsabilidad estatal; por lo tanto que se configure un conjunto de instituciones públicas para garantizar ese derecho al conjunto de la población, ya no sólo al nivel básico de la alfabetización, sino también al nivel de la educación superior.

El derecho a estudiar puede verse desde el lado del individuo, como una faceta de su ciudadanía, que lo habilita a utilizar parte de los recursos de su país o sociedad para formarse a sí mismo, pero también puede verse por el otro lado: que la inversión en la educación de colectividades y de cada individuo es una inversión en la generación de nuevas capacidades para el conjunto de un país, un Estado, o una o varias sociedades. En este sentido, el derecho a estudiar tiene como otra cara la de ser una inversión en renovación social que está haciendo un país a través del uso de los recursos públicos.

El derecho a estudiar ha generado y genera capacidades que producen, históricamente, una ampliación de los derechos por la vía del desarrollo de conocimientos y de capacidades que permiten ir modificando formas más estrechas de pensar los derechos de la igualdad, también capacidades para pensar las instituciones necesarias, las políticas y los modos de generar los recursos y producir los bienes públicos que respondan a este proceso de ampliación de derechos.

El derecho a estudiar, en este sentido, se vincula tendencialmente a procesos de democratización. Por un lado, la ampliación del derecho a estudiar es una faceta de la democratización, en la medida en que se universalice, inclusive a través de modalidades de educación bilingüe o multicultural. Ese derecho a estudiar genera una proliferación de los núcleos, es decir, de los sujetos a partir de los cuales hay la capacidad para pensar nuevas teorías, nuevas instituciones y, también, una ampliación de los derechos y de los modos de realizarlos.

El derecho a estudiar implica un derecho a conocer el mundo y la propia historia, en un espacio público donde el país y su Estado utilizan parte de los recursos colectivos para formar a cada uno de los individuos en términos de este desarrollo de conciencia histórica local y de ubicación en el tiempo histórico actual, como en relación a varias historias y otras épocas.

El derecho a estudiar genera una ampliación del espacio de lo público, por un lado, en términos de la creación de instituciones de educación pública en los diferentes niveles que se necesita montar para responder a este derecho. Los procesos de aprendizaje, como también de producción de nuevo conocimiento que ocurren en esos espacios públicos, tienden a generar una capacidad de imaginar la ampliación de lo público; es decir, los procesos de generación de capacidades institucionales, de recursos y de políticas para mantener y ampliar un proceso por medio del cual un país y su estado van reinvertiendo en generar capacidades ampliadas de producción de conocimiento como, también, de un aprendizaje incorporado en los diferentes procesos económicos, políticos y culturales en general.

El derecho a estudiar es parte de un proceso de democratización, es un resultado de luchas por la democratización. También se puede pensar que la democratización política, que implica sobre todo una ampliación de derechos y en particular de la participación en la toma de decisiones que resulta en una ampliación de los bienes públicos y del acceso a ellos, es una condición del vínculo entre universidad y necesidades sociales.

El derecho a la educación es una conquista democrática cuando la educación está ligada a principios de igualdad; es decir, mientras más individuos y colectividades puedan acceder a procesos formativos, y a condiciones de generar su propio conocimiento, también, en el sentido de poder acceder a mayores niveles o ámbitos de educación, ya que cabe pensar que el derecho a la educación suele estar escalonado. Es decir, reconocerse el derecho a cierto nivel y tipo de educación, pero luego organizar el cierre del acceso a niveles más complejos y niveles superiores de formación, como ocurre cuando sólo se oferta educación bá-

sica universal pero se privatiza la educación superior. Cuando se conquista el derecho a la educación, ésta se vuelve bien público y lo que, entonces, está en debate es la cualidad de esa educación en los diferentes niveles, por lo tanto, la amplitud en que ésta tiene un carácter público, es decir, es la responsabilidad política estatal.

Lo que aquí se quiere establecer es el vínculo del derecho a la educación con ampliación del espacio público y democratización. Se puede pensar que, en general, uno de los rasgos que caracterizan un proceso de democratización, es que éste sea un proceso de ampliación o de creación y generación de un ámbito público. El ámbito público implica la creación de un área de igualdad y, también, un área de libertad, es decir, donde se eliminan cierres o no se establecen cierres para que los miembros de una colectividad, ya sea estado, o país, o nación o, incluso un nivel más micro, participan con igualdad derechos, ya sea en procesos de deliberación, comunicación, consumo de bienes públicos, que son aceptados como responsabilidad estatal.

Democratización significa que algo se vuelve un derecho, es decir, un bien al que se puede acceder en condiciones de igualdad. También puede significar el hecho de que alguna instancia se vuelva objeto de control por parte de los ciudadanos, en tanto se concibe como un bien público. Una democratización implica que se genera un espacio público de deliberación y de toma de decisiones, por lo tanto, de vida democrática. En este sentido, es un espacio de ejercicio de libertades que en su interacción pueden componer o tomar decisiones colectivas, en algunos casos, a través de conflictos que las median y atraviesan.

La ampliación de la educación pública, y la ampliación a mayores niveles de complejidad, crean las condiciones para que las capacidades de pensamiento tengan como un resultado, también, el hecho de seguir pensando la reproducción de un espacio público para la educación en un sentido tendencialmente ampliado. Como uno de esos resultados está la tendencia a pensar que, como producto del carácter público de la educación, aquellos que han pasado por ella, también muchos de los procesos de produc-

ción de bienes de diverso tipo que van desde la misma educación, pasando por los servicios de energía, agua y otros bienes básicos, deberían ser de carácter público también. Es en este sentido que las reformas que introdujeron el modelo neoliberal de privatización en la explotación de los recursos naturales y en la transformación manufacturera en nuestros países y en Bolivia, también indujo a la privatización de los procesos de educación, sobre todo universitaria, para luego ir bajando hacia niveles inferiores de formación escolar básica. De hecho, el modelo económico ha generado un amplio sector de educación escolar básica privada, en vez de la ampliación de la educación pública que se ha visto reducida. Esto se ha hecho buscando que individuos educados bajo regímenes privados en los procesos de aprendizaje y profesionalización, también tiendan a pensar que los procesos productivos deberían realizarse a través de formas privadas y mercantilizadas, incluso bajo control transnacional, asumiendo la racionalidad de la economía capitalista en estos tiempos.

Más que en los otros niveles, la tendencia a la privatización de la educación en el nivel universitario, en particular, está asociada a pensar que se necesita menos democracia en el ámbito de lo político. Es decir, menos consulta, inclusión de la participación y, sobre todo, de trabajadores en la toma de decisiones macro tanto en lo económico como en lo político. Es decir, la privatización de la educación está asociada a una reducción del ámbito público o del grado de democracia existente en los niveles y espacios de representación y de gobierno político.

En este sentido, la idea general que se quiere plantear en esta introducción es que la democratización política, o el mantenimiento o ampliación de un régimen democrático, tiene como condición la existencia de una educación pública en proceso de ampliación. Es decir, de universalización del derecho a estudiar y educarse en niveles cada vez más complejos y superiores. Y, por el contrario, la privatización de la educación está ligada, también, a la reducción de la democracia en el seno de la vida política y la forma de gobierno que se va convirtiendo más en un estado de derecho con menos espacios democráticos o de igualdad política.

II. LA PRODUCCIÓN DE LA AUTOREFERENCIA INTELECTUAL

En esta segunda parte se hacen una serie de reflexiones sintéticas, pertinentes sobre todo al ámbito de las ciencias sociales y humanas y, en particular, sobre el nivel del posgrado.

Se puede considerar que en el nivel de formación de las licenciaturas, el énfasis está puesto en la transmisión de conocimientos y en la formación, en un mediano plazo, de capacidades profesionales que permitan que cada persona tenga, por un lado, una memoria sobre la historia de la producción de conocimientos sobre un campo disciplinario específico que en algún momento se configuró como tal y, también, ha pasado por varias modificaciones producto del cambio en las capacidades y en las estrategias y teorías que van reconfigurando cada campo de producción de conocimiento. En el nivel de la licenciatura se ha tendido a introducir, cada vez más, la formación en capacidades de investigación y no sólo de aplicación de teorías, aunque hasta ahora este aspecto sigue siendo el dominante –el de ampliación de técnicas, métodos y teorías, por sobre la generación de capacidades de producción de nuevo conocimiento. Incluso, la formación en investigación está ligada, todavía de manera predominante, a que la investigación es aplicación de teorías y métodos preexistentes.

En este sentido, una buena parte de la investigación a nivel de licenciatura y de las tesis que son producto de la investigación, más bien están ligadas, por así decir, a la ampliación del campo de aplicación de estrategias de investigación, de paradigmas, de teorías más que a su renovación y a la producción de nuevas alternativas. Esto ocurre, sin embargo, aunque no necesariamente como producto de la orientación de los procesos educativos en este nivel.

Otro aspecto que cabe mencionar, sobre la formación a este nivel, para poder establecer algunas diferencias con el posgrado, es que el ritmo de transmisión de las teorías suele ser más lento. Es decir, que al nivel de las licenciaturas, sobre todo antes, la transmisión de nuevas teorías demoraba un poco más. Esto es, que la estructura curricular de las carreras contenía la enseñanza

de teorías más sedimentadas, aceptadas, consensuadas en cada campo disciplinar, más que nuevos programas de investigación, nuevas teorías. Con el tiempo, hay mayor presencia de esto en los programas de carrera; pero se podría decir que de manera tendencial uno de los rasgos de la formación *posgradual* es, precisamente, una temporalidad que implica un ritmo de transmisión e introducción más rápida de los cambios, experimentos, innovaciones que se están produciendo en diferentes campos de investigación.

En rigor, una formación en los niveles de la maestría y el doctorado implica que en base a la formación previa que habría transmitido la memoria, la historia de las disciplinas, así como el conjunto básico de herramientas y de estructuras teóricas que permiten el desempeño profesional en cada una de ellas, el nivel *posgradual* tendría que lidiar, por un lado, con la tarea más simple que es la de actualizar a los profesionales en las nuevas teorías, metodologías, programas de investigación, los nuevos debates; pero también en el nivel de maestrías hay tendencia a que esta actualización, sobre todo, le ponga énfasis a la transmisión de capacidades para la aplicación de estos nuevos avances o teorías de punta. Sin embargo, seguiría siendo secundaria la generación de capacidades de investigación, de innovación metodológica y teórica.

A nivel *posgradual* está más claro que una de las tareas que adquiere mayor importancia es la producción de conocimiento. Se puede decir que hay varios modos y niveles de producción de conocimiento. Por lo general, la formación al nivel de las maestrías está ligada a la actualización que va dirigida a generar capacidades de aplicación que ampliarían el ámbito de validación y de casos explicados a partir de alguna teoría, paradigma o programa de investigación que está en despliegue contemporáneamente.

Otro rasgo de la formación profesional, tanto a nivel de licenciatura como de posgrado, en Bolivia y en otros países del mundo, es el asumir la división internacional del trabajo teórico y de la producción de conocimiento. Es decir, asumir que las grandes teorías y los programas de investigación son producidos en los centros económicos y de poder político en el mundo, y de

que en las periferias nos deberíamos de formar bien para aplicar estas teorías.

En este sentido ha habido de manera muy persistente, también, un elemento de colonialismo y de subordinación en la formación profesional que se ha desplegado en el seno de nuestras universidades. Esto ha sido matizado y quebrado, a veces con mucha fuerza y creatividad, por núcleos de generación de pensamiento propio, que, en comunicación más cosmopolita o regional con ideas elaboradas en otros lugares, ha generado, sin embargo, capacidades, estructuras teóricas y metodologías para pensar la realidad social desde procesos locales, nacionales.

Es en este sentido que quería vincular este conjunto de ideas al planteamiento básico que aquí se quiere exponer: que el nivel *posgradual* debería tener como una de sus tareas centrales, en países como el nuestro, la articulación de la autorreferencia intelectual. Es decir, crear las condiciones para la producción de conocimiento, la renovación de conocimiento que vaya dirigida a la renovación de la vida social, política, económica, tanto de lo que hasta ahora llamamos Estado nacional como del conjunto de las sociedades que este país contiene.

Crear la autorreferencia implica crear las condiciones de posibilidad para ejercer la autonomía moral e intelectual, en este caso en el campo de las ciencias sociales. Esto implica varias cosas. Una de ellas es la articulación de un conjunto de experiencias previas, en términos de memoria, de formas de pensamiento, que en tanto acumulación cognitiva sobre la historia del país sirve como un núcleo de referencia que contiene tanto la memoria histórica como un conjunto de capacidades para seguir pensando y repensando las cosas locales como las cosas del mundo. En este sentido, uno de los aspectos de la articulación de la autorreferencia implica la articulación de un conjunto de procesos por medio de los cuales se vaya procesando constantemente la memoria histórica, es decir, produciéndola y recuperándola, interpretándola, trabajándola, difundiéndola, revisándola, discutiéndola críticamente con varias voces, de tal manera que no se de por hecho que hay una versión definitiva del paso, sino que éste también

es objeto de una constante discusión pública, en la medida que nuevas voces y nuevas formas de pensar permitan penetrar más o rearticular esa memoria.

El otro aspecto de esta misma práctica tiene que ver con una tarea de constante recreación del patrimonio intelectual existente, es decir, que una de las tareas de la universidad debería ser transmitir de generación en generación el pensamiento, el trabajo y la obra que se ha producido en diferentes épocas y lugares del país, permitir el acceso directo a estas fuentes y también permitir su estudio, en particular su recreación, es decir, su articulación en nuevas investigaciones, en nuevas teorías o en continuaciones de lo que ha sido formulado como propuesta en otro tiempo. Esto implica una tarea de historia intelectual y de recreación del pensamiento social boliviano en el conjunto de las universidades bolivianas; una mayor comunicación, circulación y articulación de trabajos entre universidades de los diferentes departamentos, de tal manera que se pueda socializar y nacionalizar este trabajo de constante actualización y recreación del pensamiento social boliviano.

Hay pensadores y obras de pensadores bolivianos que contienen una fuerte carga de discurso racista y que han tenido mucha influencia en los discursos políticos de legitimación durante mucho tiempo; tal vez por eso mismo es necesario actualizar su estudio y la crítica en la perspectiva de ir superando esos discursos de la desigualdad cultural en el país.

Con la idea de la articulación de la autorreferencia no se quiere proponer de ninguna manera el asilamiento o el encapsulamiento en la historia interna y en los discursos sociológicos e históricos internos. Este ha sido un rasgo fuerte durante algunas épocas. Se está pensando, más bien en la articulación de un trabajo sistemático, cada vez más extendido y articulado, sobre la memoria y la recreación del pensamiento generado en Bolivia, con un proceso de diálogo mucho más continuo y amplio con lo que se está produciendo y se ha producido en otros países de América Latina, y también con lo que se está produciendo en el resto del mundo.

Falta un diálogo más intenso y extenso con lo que se está produciendo en países africanos y asiáticos, es decir, con países que también han pasado por la experiencia de colonización, para aprender algo sobre procesos de descolonización y, en particular, sobre cómo desarrollar ciencia y ciencias sociales en condiciones coloniales y poscoloniales. Este debería ser un punto de creciente trabajo, dado que una de las relaciones predominantes en términos de división intelectual del trabajo ha sido suponer y aceptar que es en los núcleos europeos, y luego norteamericanos, donde se produce teoría y en nuestros países se aprende a aplicarla más o menos bien. Este tipo de relación forma parte de los procesos por los cuales un conjunto reducido de experiencias en el seno de las historias de los países dominantes se vuelven el referente de teorización de lo universal o lo general y, por lo tanto, en el núcleo de las ciencias sociales contemporáneas.

Cabe conocer más, estudiar más, comunicarse más con el pensamiento que se ha producido en otras áreas de colonización, para ver cómo es que han ido enfrentando el eurocentrismo, el anglocentrismo y el propio etnocentrismo en las ciencias sociales, y la generación de un pensamiento con mayor autonomía respecto de esas pretensiones de universalidad, a partir de las cuales deducíamos también explicaciones de nuestras historias.

Con la idea de la autorreferencia intelectual no se quiere sugerir un nuevo etnocentrismo porque, además, es algo problemático en un país como Bolivia porque no hay un centro étnico que contenga toda la nación boliviana o el conjunto de pueblos y culturas que existen en el país porque, precisamente, se trata de una realidad multicultural. Lo que se sugiere es pensarse a sí mismos en condiciones de un mayor descentramiento, colaborar en la producción del descentramiento o la crítica del centralismo de las ideas sociales formuladas en torno a la pretensión de universalidad, montadas sobre las historias de las sociedades dominantes. Pero a la vez, tampoco, desplazarnos a sostener una especie de etnocentrismo de la periferia sosteniendo que sólo a partir de lo local, la historia local, el pensamiento local y sus cosmovisiones y valores, se puede rearticular el trabajo de las ciencias sociales.

Las ciencias sociales son un producto de la modernidad que se ha desplegado en varias direcciones. Una de ellas tiene que ver con la elaboración de los discursos científicos que producen la centralidad en las sociedades coloniales, y las pretensiones de validez universal de los modelos de regularidad que se establecen en base a esas experiencias históricas pero, también, en el seno de la modernidad emergen variantes o formas de pensamiento crítico que, algunas, han pensado la transformación dentro de la misma modernidad. Desde el seno del pensamiento moderno se han generado formas de sospecha y crítica de sus pretensiones de universalidad.

América Latina, y Bolivia como parte de esto, son producto de la configuración de la modernidad como un sistema mundial. Como sostiene Dussel, la modernidad se configura, básicamente, con la conquista de América. En este sentido, el colonialismo y la conquista son consustanciales a la modernidad, en relación a los procesos de acumulación y desarrollo del capitalismo, como también en relación a las formas del pensamiento universalista que se configura como parte de la misma. Se puede expresar en principio que las varias formas de pensamiento universal fueron elaboradas como parte de la discriminación colonial, o sea, para sostener que hay algunos pueblos que son universales y otros que no lo son, en tanto que no pueden acceder al uso de la razón y, en este sentido, se justifica la dominación sobre ellos, es decir, el dirigirlos y gobernarlos. Así se justifica el colonialismo como parte de una pedagogía de la modernidad en estos momentos de expansión mundial. En este sentido, los países de América Latina son modernos a la vez que contienen formas sociales que no lo son. En este sentido, podemos trabajar en la producción de conocimiento desde las dos raíces que, a su vez, contienen ramificaciones muy diversas. Se puede pensar y trabajar la relativización de las ciencias sociales desde la misma modernidad, como también desde la historia de los pueblos que tienen estructuras comunitarias, y que en los últimos tiempos son la matriz a partir de la cual se están articulando las fuerzas más críticas respecto del modelo neoliberal.

Para terminar estas reflexiones, se puede decir que toda persona, en principio, tiene las mismas capacidades para conocer y producir nuevo conocimiento, dependiendo de los recursos y las condiciones que su forma social y política colectiva le proporciona, y en la cual la inserta en procesos de socialización, tanto de aprendizaje como de recreación e innovación. En este sentido, una visión democrática de la universidad implica tratar de crear las condiciones para que las personas que acceden a este nivel de formación sean, en principio, cada vez más, y que en la universidad puedan acceder al conocimiento que se está produciendo en los diferentes lugares del mundo. Por el contexto en el que vivimos habría que privilegiar a América Latina, pero ir ampliando el conocimiento de lo que se produce en Asia, en África, sin abandonar el interés por lo que se está produciendo en el mundo europeo, y anglosajón, que por lo pronto siguen marcando las pautas de la formación universitaria.

Una visión democrática de la educación universitaria también implica orientar la formación no sólo exclusiva y primordialmente al aprendizaje de métodos, técnicas y teorías, de tal manera que este proceso esté orientado básicamente a su aplicación, sino también a generar las capacidades, la mentalidad y la intersubjetividad entre los universitarios que estén orientadas a la innovación, la renovación y la creatividad de tal manera que esto que llamamos autorreferencia sea un sentimiento de libertad y necesidad de innovación, de creación pero en un contexto de comunicación intensa con técnicas, teorías y pensamientos generados en los más diversos lugares del mundo.

LA EXPANSIÓN DE LOS POSGRADOS EN CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

DESIGUALDAD REGIONAL Y MERCANTILIZACIÓN*

PABLO GENTILI**
FERNANDA SAFORCADA***

En los últimos treinta años, los posgrados latinoamericanos en ciencias sociales han vivido una expansión extraordinaria. Sin dudas, esta expansión se inscribe en el significativo crecimiento cuantitativo que tuvo la educación superior en los países

- * El presente trabajo constituye una versión ampliada y corregida del artículo Gentili, P. y Saforcada, F.: “La expansión de los posgrados en ciencias sociales: del anticolonialismo académico al desorden del mercado”, publicado en Luchilo, Lucas (comp.) “Formación de posgrado en América Latina. Políticas de apoyo, resultados e impactos”, Buenos Aires, EUDEBA, 2010.
- ** Doctor en Educación por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Actualmente, se desempeña como Secretario Ejecutivo Adjunto del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Brasil (FLACSO).
- *** Magister en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); cursó estudios de doctorado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesora e investigadora en la Universidad de Buenos Aires. Coordinadora de la Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales.

de la región a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, período en el que tanto la cantidad de estudiantes como el número de instituciones se multiplicó de manera exponencial. Las cifras son elocuentes. De acuerdo con un informe elaborado en 1996 por el Centro Regional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (CRESALC), el número de estudiantes en instituciones de educación superior (IES) se multiplicó por 27 entre 1950 y 1994, y, en ese mismo período, la región pasó de contar con alrededor de 70 universidades a superar las 800, es decir, un crecimiento del orden del mil ciento cuarenta por ciento (CRESALC/UNESCO, 1996)¹.

Sin embargo, esta expansión se desarrolló en el marco de los avances y retrocesos de las políticas universitarias en Latinoamérica, una región caracterizada por la inestabilidad, que ha sufrido frecuentes quiebres en la institucionalidad democrática, regímenes autoritarios particularmente violentos hacia las instituciones universitarias, sus estudiantes y sus docentes, y políticas de educación superior de desfinanciamiento del sistema público y creciente privatización. Tanto por las dictaduras en la región como por la hegemonía del programa neoliberal/neoconservador llevado adelante a partir de allí en el contexto del Consenso de Washington, el Estado asumió, en la mayor parte de los países que integran la región, un rol subsidiario respecto de su responsabilidad de garante y agente promotor del derecho a la educación, estimulando, directa o indirectamente, la fragmentación de los sistemas educativos y acompañando de ese modo los procesos de polarización social, concentración de la riqueza y profundización de las desigualdades que generaron las políticas implementadas por los gobiernos.

Este trabajo se propone analizar y discutir las características asumidas por los sistemas de posgrados, así como ciertas tendencias que se observan en el marco del proceso de expansión de la

1 Si se consideran el total de instituciones de educación superior (no sólo las universidades), esta expansión significó, para la región, pasar de 75 instituciones en 1950 a 6.000 en 1994 (CRESALC/UNESCO, 1996).

oferta de los mismos en el campo de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe² desde fines de los años sesenta.

El presente capítulo describe, en primer término, cómo el debate en torno a los posgrados en ciencias sociales estuvo vinculado, en las décadas de los años sesenta y setenta, con la necesidad de generar alternativas ante lo que algunos de los intelectuales más destacados de la región identificaban como prácticas de colonialismo académico ejercidas por los países del Norte sobre las instituciones universitarias y los investigadores latinoamericanos y caribeños. Esta preocupación política y académica dio lugar a proyectos de articulación regional de gran alcance y proyección que fueron interrumpidos por los quiebres a la institucionalidad democrática que vivieron buena parte de los países de América Latina y el Caribe entre los años sesenta y los ochenta.

En segundo lugar, plantea cómo desde entonces la dinámica de creación de posgrados ha sido altamente asincrónica y heterogénea, de tal modo que, a pesar de la gran expansión general que ha vivido la región en materia de educación superior y, específicamente, de formación de posgrado, aún se observan grandes desigualdades entre los países latinoamericanos y caribeños respecto de las dimensiones de los sistemas, la variedad de la oferta, los recursos disponibles y la cantidad de investigadores formados, tanto en términos absolutos como relativos.

Por último, analiza las orientaciones y tendencias en el desarrollo de los posgrados. Más allá de las grandes variaciones regionales y nacionales, los posgrados han seguido una dinámica de crecimiento signada, más que por una planificación solidaria, por intereses particulares de las comunidades científicas locales

2 Este escrito es producto de un trabajo de estudio y reflexión sobre los posgrados en ciencias sociales en América Latina y el Caribe que nos hemos dado en el marco de la creación de la *Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales*, una propuesta de articulación y cooperación académica entre más de 580 maestrías y doctorados de 25 países iberoamericanos, desarrollada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), desde el año 2008.

y por estrategias de acumulación institucional poco cooperativas y altamente competitivas entre sí. La consecuencia ha sido la conformación de un mercado de instituciones y programas de posgrado fragmentado, atravesado por prácticas de disputa y guiado por intereses privatistas, que ha contribuido en buena medida a profundizar la segmentación en el campo de la formación de investigadores en ciencias sociales.

Esta situación, lejos de ser limitada por las políticas de educación superior impulsadas por los Estados, ha sido estimulada con políticas de acreditación, evaluación y promoción, y de competencia por recursos que tienden a profundizar la fragmentación y a desalentar tanto las estrategias cooperativas como la integración institucional en la formación superior de las futuras generaciones de investigadores.

POSGRADOS Y CIENCIAS SOCIALES EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA EN AMÉRICA LATINA

En los años sesenta, los posgrados en el ámbito de las ciencias sociales latinoamericanas eran muy escasos y se concentraban en unos pocos países. En la mayor parte de la región, no había oferta alguna. Esta fue una de las razones que motivó, en la segunda mitad de los años sesenta, la creación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y, unos años antes, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Algunos de los más destacados intelectuales de la región, nucleados en la Asamblea fundacional de CLACSO en Bogotá, el 14 de octubre de 1967, reconocieron la importancia de actuar de forma mancomunada en el desarrollo de propuestas innovadoras que permitieran intervenir en el campo de la formación superior de los investigadores sociales mediante un sistema de posgrados articulado y de alcance regional. Con este fin, en 1969 se crea una Comisión especial y, ya en 1971, se conforman cinco Grupos de Trabajo³ integrados

³ En el marco del Programa Latinoamericano de Estudios de Postgrado en Ciencias Sociales, a principios del año 1971, CLACSO creó cinco Grupos de

por alrededor de 50 científicos sociales para estudiar la situación de los posgrados en ciencias sociales y formular alternativas viables en este campo. Estos grupos desarrollaron sus estudios durante tres años y elaboraron una serie de informes y reflexiones.

Fue a partir de estos informes que Jorge Graciarena produjo un trabajo pionero y de fundamental importancia para comprender la configuración de las ciencias sociales y de los posgrados latinoamericanos a fines de los años sesenta e inicios de los setenta. De manera elocuente, ese trabajo de Graciarena comienza diciendo:

Una serie de síntomas están indicando la necesidad, y también la urgencia, de promover en América Latina estudios completos de postgrado hasta alcanzar el nivel de doctorado. Los argumentos en pro de esta empresa son muy variados y oscilan entre extremos tales como las condiciones en que se procesa la transferencia tecnológica hacia la región y la necesidad consiguiente de generar un proceso de descubrimiento e innovación científica y tecnológica propio, por un lado, y la autonomía cultural y política de nuestros países, por otro. En efecto, entre el argumento tecnocrático y el político hay un amplio terreno que pone de relieve la gran variedad de circunstancias históricas que operan convergentemente en la línea de estimular estados de conciencia social y producir respuestas para superar la brecha tecnológica y la dependencia política y cultural. Uno de los expedientes –y no de los menos importantes, por cierto– es el de los estudios de postgrado para formar investigadores, docentes y profesionales del más alto nivel, que se encuentran en condiciones de reconocer la naturaleza y peculiaridad de nuestros problemas y motivados para estudiarlos y superarlos (Graciarena, 1973: 9).

La falta de opciones de formación de posgrado en el campo de las ciencias sociales comprometía la posibilidad de generar un pensamiento social crítico y referenciado en las necesidades y las especificidades latinoamericanas. La ausencia de una oferta

Trabajo, cada uno de ellos en una ciudad-sede: México, Santiago de Chile, Río de Janeiro, San Pablo y Buenos Aires.

institucional dejaba así un vacío que era cubierto por opciones de formación superior fuera de la región, factor que no sólo retrasaba el desarrollo académico en América Latina y el Caribe, sino también contribuía a formar investigadores poco conocedores o interesados en la formulación de respuestas a los problemas y demandas de nuestras sociedades. La preocupación por los efectos producidos por una visión colonial, de influencia norteamericana o eurocéntrica en el campo de las ciencias sociales, conducía a la necesidad de pensar formas alternativas y efectivas de formación de posgrado que contribuyeran al desarrollo de una nueva generación de investigadores sociales latinoamericanos y caribeños, genuinamente involucrados y preocupados con las problemáticas regionales y capaces de generar un pensamiento autónomo e independiente.

El informe de Graciarena refería también a la tensión que se observaba entre tres tipos diferentes de orientaciones de los posgrados en el mundo: profesionalizante, docente y académico o de investigación. Señalaba que, en el contexto latinoamericano de la época, debían potenciarse los posgrados académicos, teniendo en cuenta que la actividad universitaria se había orientado hacia la profesionalización y desvinculado notoriamente de la investigación científica. Se planteaba también la necesidad de pensar la complejidad de articular la capacidad de investigación con la capacidad docente de los cuadros universitarios que actuaban en las ciencias sociales. La formación de posgrado, por lo tanto, debía no sólo generar mejores condiciones para el ejercicio de las actividades de investigación sino también de las actividades docentes en las instituciones académicas de la región. Formar un cuadro de investigadores rigurosos y de excelencia que pudieran ejercer funciones docentes con adecuada preparación disciplinar y pedagógica era uno de los grandes desafíos identificado por los Grupos de CLACSO y Graciarena.

Del mismo modo, se reconocía que la necesidad de contar con recursos constituía otro de los aspectos críticos para la promoción de un sistema innovador de posgrado. Condiciones ins-

titucionales y económicas para el apoyo a profesores, investigadores, becas, bibliotecas, equipamiento, recursos para la investigación, etc, eran considerados indispensables y urgentes. Por su parte, Graciarena llamará la atención sobre un tema que identificaba como particularmente importante en nuestra región: la dedicación de profesores e investigadores. Frente a la expansión de la inserción profesional privada de los graduados en ciencias sociales, planteaba que era necesario que profesores e investigadores tuvieran dedicación exclusiva a las tareas de investigación y docencia, lo que permitiría la creación de una profesión académica, que entendía como estratégica y de fundamental importancia en aquella coyuntura.

La movilidad académica y la fuga de cerebros era otra de las preocupaciones centrales del informe de Graciarena y de los Grupos de Trabajo mencionados. La oferta limitada de posgrados en ciencias sociales tenía como correlato la emigración de muchos científicos sociales que, en un grado significativo, solían ser los mejores estudiantes, docentes e investigadores de las instituciones de educación superior y de los centros de investigación de la región. El informe de Graciarena refería al problema del *brain drain*, tema que ya se reconocía de manera creciente en diversos estudios llevados a cabo dentro y fuera de América Latina. Sin embargo, el informe no sólo llamaba la atención sobre la importante y preocupante proporción de intelectuales que emigraban para cursar estudios de posgrados y no regresaban. También hacía foco en otro conjunto de científicos que partían al exterior por los mismos motivos y sí regresaban, luego de haber estado estudiando y trabajando en un país europeo o en Estados Unidos. Estos casos, con frecuencia, entrañaban otro problema: el de las dificultades para que se reinsertaran y para que recuperaran una perspectiva local.

Como mencionamos anteriormente, una de las cuestiones que atravesaban los estudios realizados por CLACSO a fines de los sesenta, era la preocupación por el colonialismo cultural y académico en el campo de las ciencias sociales. Esta preocupación, a la hora de pensar en aspectos importantes para el desa-

rollo de propuestas de posgrados, se traducían en la formulación de dos problemas que requerían especial atención: el problema de los contenidos, que refería a la necesidad de que los contenidos de formación y de investigación de los posgrados fuesen definidos nacionalmente; y el problema de la formación de sujetos comprometidos con la realidad local y regional, que debía constituir el principal propósito de los posgrados en ciencias sociales. Graciarena sostendrá así en su trabajo:

La nacionalización de la formación de postgrado tiene que ser algo más que un traslado de la localización de dichos estudios; debe suponer esencialmente un nuevo espíritu asentado fundamentalmente en un fuerte sentido de responsabilidad nacional y con una clara conciencia de la necesidad de superar las limitaciones del subdesarrollo. Todo esto debe ser algo más que retórica enfática; esta conciencia de necesidad debe estar incorporada al quehacer cotidiano del investigador, que debe tenerla en cuenta cuando toma sus decisiones más importantes, cuando escoge sus problemas de investigación, selecciona sus métodos e instrumentos y da a conocer sus resultados (1973: 25).

Los estudios referidos dan cuenta de cuáles eran los tópicos del momento en relación con los posgrados. Evidentemente, a fines de la década del sesenta e inicios de los años setenta, había un debate profundo sobre la necesidad de estimular la conformación o la expansión de los sistemas de posgrados en ciencias sociales en América Latina. Sin embargo, estos estudios vieron la luz en un contexto complejo y adverso, en el que se sucedían golpes de Estado, gobiernos autoritarios, guerras civiles. Las posibilidades de continuar en esa línea de trabajo fueron obturadas, los problemas identificados se profundizaron y las probabilidades de que comenzaran a conformarse maestrías y doctorados críticos y rigurosos en ciencias sociales se redujeron prácticamente a cero en buena parte de la región.

En este contexto, la pérdida de investigadores, producto de los exilios forzados y de brutales asesinatos o desapariciones, al-

canzó una magnitud de grandes proporciones en la región. Como no podría ser de otra forma, a la pérdida de cuadros intelectuales se le sumó el bloqueo a cualquier posibilidad de desarrollo de líneas académicas críticas y cuestionadoras de la realidad social latinoamericana. Menos aún, cualquier posibilidad de un pensamiento crítico anticolonial e independiente. El retroceso con relación a la perspectiva propuesta por Graciarena en su informe era total: se habían perdido investigadores, conocimientos, perspectivas analíticas y destruido las condiciones institucionales para un sistema de posgrado innovador e imbricado en las grandes cuestiones latinoamericanas. Esta situación condicionó severamente el desarrollo de los posgrados en toda la región durante las décadas siguientes, impactando en dos generaciones de académicos que sufrieron esta situación de manera directa: los que perdieron el trabajo o la vida; los que comenzaban su formación y debieron hacerlo en épocas de oscurantismo, de manera precaria o deficiente.

Así, el problema de la emigración académica adquirió una nueva dimensión con el desplazamiento forzado de numerosos investigadores y profesores, muchos de los cuales ya no regresaron a sus países luego de la caída de los regímenes dictatoriales. La investigación en ciencias sociales se resintió significativamente en esos años.

Con el fin de las dictaduras, la posibilidad de acceder a estudios de posgrado se volvió central para aquellos que habían transitado su carrera de grado en tiempos de vaciamiento de las universidades y de las ciencias sociales. Fortalecer su formación disciplinar y metodológica en investigación era primordial. Desde entonces, la oferta y la matrícula de los posgrados en ciencias sociales se han expandido de manera significativa. Sin embargo, esta expansión se produjo, como ya hemos señalado, en un contexto de profunda fragmentación y diferenciación institucional, de privatización y mercantilización, intensificados por el predominio de gobiernos neoliberales que ha gobernado la región en las últimas dos décadas.

LOS POSGRADOS LATINOAMERICANOS EN CIENCIAS SOCIALES EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

Cuarenta años después, aunque los posgrados en ciencias sociales se han expandido de forma significativa en casi todo el continente, los desafíos y las preocupaciones que presentaba el informe de Jorge Graciarena continúan plenamente vigentes.

1. Financiamiento y desigualdad

Hoy, no sólo el financiamiento sigue siendo un problema serio en muchos de nuestros países, sino que la situación se fue agravando en tres décadas de políticas neoliberales que, bajo la premisa de ampliar el mercado y volver más eficiente el sector público, no hicieron más que restringir las políticas sociales, desfinanciar la educación y debilitar los sistemas nacionales de investigación y desarrollo en ciencia y tecnología.

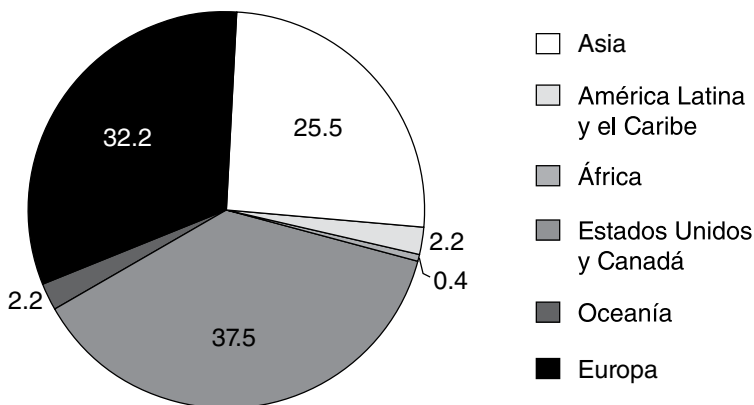
A partir del 2004, esta tendencia ha comenzado a revertirse. De acuerdo con el “Estado de la Ciencia 2010” (RICYT, 2010: 27), “[...] el gasto en I+D de los países de América Latina y el Caribe ha tenido un fuerte crecimiento en términos nominales luego de la crisis regional, pasando de alrededor de 9.500 millones de dólares en 2002 a poco más de 26.800 en 2008. De esta forma, el gasto estuvo cerca de triplicarse en seis años.” Este crecimiento en los recursos destinados a I+D acompañó la expansión económica de varios países latinoamericanos, de tal modo que se explica por la conjunción del incremento del producto bruto interno (PBI) y de políticas orientadas a fortalecer o recomponer en alguna medida el sector. No obstante, esta mejora en el financiamiento se explica fundamentalmente por el esfuerzo de Brasil: “el principal motor del crecimiento fue Brasil, pasando de invertir 4.900 millones de dólares en 2002 a cerca de 18.000 en 2008 (más de 358% durante este período). México y Argentina también han aumentado sus gastos en I+D durante los mismos años, aunque su ritmo fue más lento y a niveles que representan un menor peso sobre el total regional”. (RICYT, 2010: 27).

Más allá de la evidente mejora de la región en conjunto, la situación aún dista de estar a la altura de las necesidades. Tanto

en el año 2008, como en el 2009, sólo Brasil contaba con una inversión en I+D que alcanzaba (y superaba) el 1% del PBI; todos los demás países de América Latina y el Caribe estaban por debajo del 0,6% o sobre ese guarismo. Si comparamos con países del norte, veremos que la diferencia es notoria. En 2008, Canadá realizó una inversión en I+D equivalente al 1,84% de su PBI; Estados Unidos, 2,79%; Japón, 3,45%; Alemania, 2,68%⁴.

Como puede apreciarse en el gráfico que sigue, para el año 2009, la inversión en I+D de América Latina y el Caribe constituía el 2,2% del total mundial⁵ (RICYT, 2011), mientras que Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea concentraban casi el 70% del total de los recursos destinados al sector.

Distribución de la inversión en I+D. Año 2009*



Fuente | Estado de la Ciencia 2011, Ricyt

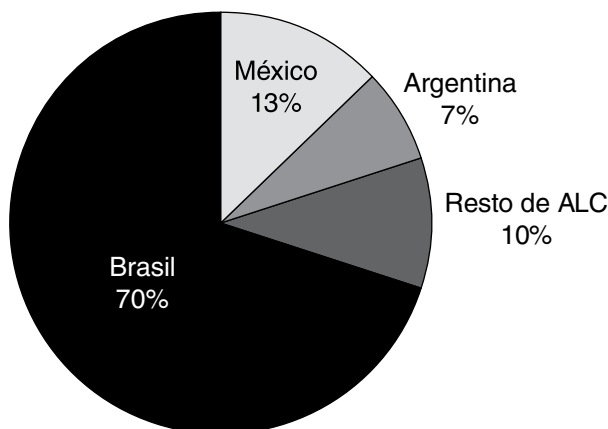
* En dólares corrientes

4 Información obtenida de la base de datos del Instituto de Estadísticas de UNESCO, disponible en <http://stats.uis.unesco.org/unesco/ReportFolders/ReportFolders.aspx>

5 Esta cifra corresponde a dólares corrientes. En dólares PPC (paridad poder de compra) representaba el 3%.

Esta situación resulta aún más preocupante cuando se mira cómo es la distribución hacia el interior de la región:

Distribución de la inversión en I+D en América Latina y el Caribe. Año 2009*



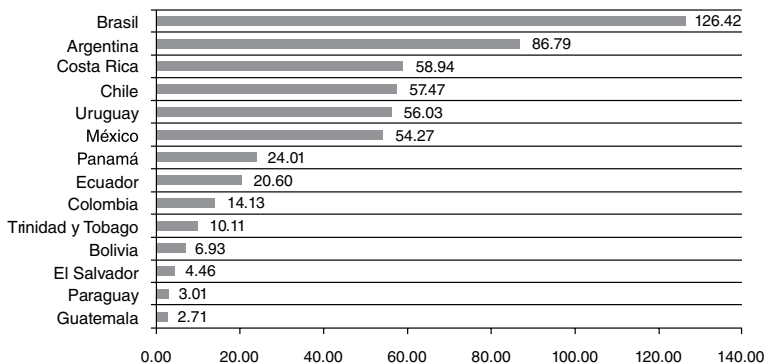
Fuente | Estado de la Ciencia 2011, Ricyt

* En dólares corrientes

Como podemos ver, la inversión de Brasil representa el 70% de la inversión regional en I+D; México concentra el 13% y Argentina, el 7%. Estos tres países (que entre ellos presentan grandes disparidades) concentran el 90% de los recursos destinados a I+D en toda América Latina y el Caribe, lo que pone en evidencia una enorme desigualdad regional.

Dadas las diferencias significativas que existen en las dimensiones poblacionales de los países que integran la región, es preciso tomar en consideración el gasto en I+D por habitante, lo que nos permite calibrar la situación de algunos países como Uruguay, Chile y Costa Rica, cuyo esfuerzo relativo de inversión en el sector es significativo. No obstante, las desigualdades continúan siendo marcadas:

Inversión en I+D por habitante en América Latina y el Caribe. Dólares PPC. Año 2009*



Fuente | elaboración propia con información obtenida del portal de Ricyt
 En el caso de Ecuador, se consignan los datos correspondientes a 2008
 I+D | Investigación y desarrollo
 PPC | Paridad poder de compra

Brasil invierte en I+D por habitante un 46% más que el país que le sigue, Argentina; un 114% más que el tercero, Costa Rica; y un 4.665% más que Guatemala.

Si la comparación se establece con los países del norte de este mismo continente, la desigualdad se vuelve un abismo. Estados Unidos invierte en I+D 1.389,7 dólares PPC por habitante y Canadá 731 dólares. Así, Estados Unidos supera en casi un mil por ciento la inversión de Brasil, en 1.500% la de Argentina y en más de 46.000% las de Paraguay o Guatemala, los países con menor inversión por habitante.

2. Posgrados, colonialismo e imposición

La falta de recursos se vincula, a su vez, con los modos en que los posgrados latinoamericanos en ciencias sociales, sus profesores, investigadores y estudiantes se relacionan con los posgrados de los países del Norte y con las agencias de cooperación interna-

cional. En la década del sesenta, como hemos señalado anteriormente, una de las preocupaciones manifiestas por el campo intelectual crítico era la influencia externa que ejercía el colonialismo académico en el pensamiento latinoamericano. Actualmente, esta preocupación no integra los debates sobre la educación superior y los sistemas de posgrado. Sin embargo, debiera volver a adquirir su carácter preponderante. Lejos del necesario diálogo intelectual entre el Norte y el Sur, siguen siendo escasas y muy desiguales las oportunidades de intercambio y cooperación académicas interregionales. Del mismo modo, la fuga de cerebros a partir de la movilidad unidireccional de estudiantes sigue siendo, como en los años 70, un fenómeno de gran importancia. Un proceso que en la actualidad no se explica sólo por la falta de oportunidades de formación de posgrado en la región, sino por el valor simbólico y material que poseen las acreditaciones ofrecidas por ciertas instituciones europeas o norteamericanas y a la posibilidad de insertarse laboralmente en esos medios académicos.

Como sostiene Luchilo (2007), el crecimiento de la inmigración a países de la OCDE de migrantes pertenecientes a grupos especialmente relevantes para el desempeño científico y tecnológico, es significativo. Los posgrados ocupan, en relación con este fenómeno, un lugar singular, ya que la pérdida de personal altamente calificado, para muchos países, está más asociada a la formación de posgrado que a la formación universitaria en general:

En el caso de Argentina, por ejemplo, si se toma como referencia el total de graduados de educación superior en el extranjero sobre el total de argentinos con educación superior, el porcentaje es inferior al 5%. En cambio, si se compara el total de argentinos con título de doctor residentes en el extranjero con el total de argentinos con título de doctor, el porcentaje supera el 30%. El caso colombiano es aún más grave, en la medida en que los doctores colombianos residentes en el exterior son muchos más que los residentes en Colombia (Luchilo, 2007: 69-70).

Esta emigración comienza, en muchos casos, con la movilidad del estudiante para hacer su posgrado en un país del Norte. El flujo

de estudiantes latinoamericanos hacia los países de la OCDE es creciente, tendencia que resulta contrastante con la baja movilidad dentro de América Latina y el Caribe, en términos comparativos con la primera.

Cuando en los años setenta se analizaba el problema del colonialismo, se hacía referencia a la movilidad de estudiantes no sólo por el problema de la fuga de cerebros, sino también por las consecuencias de que los científicos se formaran en el exterior y se integraran en el sistema local con una formación extranjera. Como ya dijimos, en el caso de las ciencias sociales, este tema adquiere una particular relevancia: esa “formación extranjera” no solo incide en la producción de conocimiento propio; también tiene consecuencias en la formación que se brinda a las nuevas generaciones, así como en las formas en que se piensa la realidad sociopolítica local y, por lo tanto, en las perspectivas desde las cuales se realizan diagnósticos y se formulan propuestas de política.

La problemática del colonialismo en la formación de posgrado no se agota en lo anteriormente señalado. Nuevas dimensiones deben ser consideradas en los tiempos que corren con relación a la influencia de las orientaciones internacionales de política en educación y en ciencia. Nos referimos a las tensiones que se generan entre, por un lado, la importancia del intercambio y la articulación en el ámbito internacional, y, por otro, la importancia de dar respuestas a las necesidades y realidades locales, en el marco de dinámicas en las que muchas veces se cruza la línea que separa (o debería separar) la cooperación de la imposición.

Del mismo modo, las implicaciones de las regulaciones internacionales (pactos, acuerdos, tratados, declaraciones, planes de acción) en las dinámicas nacionales, no puede ser desconocida. En este sentido, deben considerarse con singular atención los tratados de libre comercio en su regulación sobre el comercio de servicios y sobre las patentes y la propiedad intelectual.⁶ En ellos,

6 Deben considerarse, en primer término, los marcos regulatorios que integran la Organización Mundial de Comercio (OMC) en esta materia. Nos referimos al Acuerdo General de Comercio de Servicios (AGCS o GATS

la educación y el conocimiento son entendidos como objetos de comercio, lo que abre un gran alerta en relación con la educación superior por su lugar estratégico en la producción y circulación del conocimiento, y por el potencial que encierra en términos comerciales. Como señala Didou Aupetit (2005), es necesario realizar un análisis de fondo sobre los cambios que se han producido en los años noventa, entre los cuales destaca la influencia de los acuerdos económicos en la esfera de la educación superior y la privatización de amplios sectores del sistema.

3. Formación de posgrado e investigación

Las orientaciones de los posgrados en ciencias sociales es otra de las cuestiones que abordaba Graciarena en su trabajo y que continúa vigente en la actualidad. Hoy, como entonces, se observan dos orientaciones en tensión: una profesionalizante y otra académica. La tendencia a la articulación de la educación superior con el sistema productivo ha generado, a nivel de las maestrías y para las ciencias sociales, un mayor énfasis en los posgrados profesionalizantes y, comparativamente, menor desarrollo de los académicos. Es necesario volver a poner en cuestión el sentido de las maestrías y las características que las mismas deben asumir, tanto en su orientación, como en la duración y en la propuesta de formación. Actualmente, encontramos una gran diversidad de maestrías en ciencias sociales de dos semestres de duración, otras de tres, otras de cuatro y otras de seis. Algunas de ellas no exigen tesis; otras, una tesis con resultados de investigación; otras, un trabajo monográfico.

por sus siglas en inglés) y al Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC o TRIPS en inglés). Pero también deben tomarse en consideración los diferentes tratados de libre comercio regionales y bilaterales que se han firmado a lo largo de los últimos 15 años. Ver, entre muchos otros trabajos, Aboites (1999 y 2006); Didou Aupetit (2005); Feldfeber (2009); Feldfeber y Saforcada (2005); Gentili (2001); Leher (2009); Rodriguez Gomez (2004); Saforcada (2009) y Verger (2006).

En esta diversidad, un aspecto interesa particularmente: la relación entre la investigación y la formación. Si observamos la efectiva articulación de la formación de posgrado con la investigación en el campo de las ciencias sociales latinoamericano y caribeño, encontraremos que hay una gran diversidad y una baja articulación en la mayor parte de los países. Para el caso de la *Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales* (que se integra por más de 580 maestrías y doctorados en 25 países latinoamericanos y caribeños), la relación es fuerte en Brasil, donde prácticamente la totalidad de las maestrías y los doctorados desarrollan líneas de investigación propias y estructuran sus programas de posgrado en íntima vinculación con esas líneas de investigación. En Argentina, por el contrario, sólo el 10% de las maestrías y el 22% de los doctorados de la Red tienen líneas de investigación propias y, por lo general, no hay articulación entre la investigación y los espacios de formación teórica. En México, encontramos una situación intermedia, con un 60% de las maestrías y un 62% de los doctorados con desarrollo de investigación y/o articulación de las líneas de investigación con el plan de estudios. Con algunas excepciones, en la mayor parte de los demás países, los grados de articulación de investigación y formación son bajos. En el total de posgrados, observamos que esta articulación existe en el 38% de las maestrías y el 81% de los doctorados. Estamos ante un problema de magnitud significativa, particularmente para el caso de las maestrías en general y, en algunos países, para ambos niveles de posgrado.

4. Expansión y desigualdad

Las cuestiones que hemos abordado hasta aquí deben considerarse en el marco de la significativa expansión que se viene produciendo en los últimos años en el sistema de posgrado, tanto en la oferta como en la matrícula. Esta expansión resulta asombrosa en los posgrados en ciencias sociales y humanidades, tal como puede observarse en la tasa de graduados en maestrías y doctorados correspondientes a estos campos de conocimiento, en varios países de la región:

Graduados en maestrías y doctorados en ciencias sociales y humanidades

País	Campo	Maestrías		Doctorados	
		1996	2006	1996	2006
Argentina	Ciencias Sociales	627	1 280	60	161
	Humanidades	112	51	37	60
	Total	739	1331	97	221
Brasil	Ciencias Sociales	1128	5342	188	890
	Humanidades	2721	7555	585	2120
	Total	3 849	12 897	773	3010
Chile	Ciencias Sociales	141	1684	50	140
	Humanidades	47	168	2	23
	Total	188	1 852	52	163
Colombia	Ciencias Sociales	1327	877		28
	Humanidades	100	115		1
	Total	1427	992		29
Costa Rica	Ciencias Sociales	187	2 544		101
	Humanidades	11	51		2
	Total	198	2 595		103
Cuba	Ciencias Sociales y Humanidades			71	313
Ecuador	Ciencias Sociales		1566		
	Humanidades		1639		
	Total		3205		
Guatemala	Ciencias Sociales	89	799		16
	Humanidades	16	12		
	Total	105	811		16
Honduras	Ciencias Sociales		331		15
	Humanidades				
	Total		331		15

País	Campo	Maestrías		Doctorados	
		1996	2006	1996	2006
México	Ciencias Sociales	4505	16874	236	689
	Humanidades	3051	8510	162	821
	Total	7556	25384	398	1510
Paraguay	Ciencias Sociales	4	139*		58*
	Humanidades		10*		5*
	Total	4	149*		63*
El Salvador	Ciencias Sociales		294		
	Humanidades		1		1
	Total		346		1
Trinidad y Tobago	Ciencias Sociales	48	200**	1	4
	Humanidades	2	78**	2	1
	Total	50	278**	3	5
Uruguay	Ciencias Sociales	6	153	2	
	Humanidades		4	1	2*
	Total	6	157	3	2*
Venezuela	Ciencias Sociales		1167		69
	Humanidades		859		219
	Total		2026		288
TOTAL		14358	52354	1397	5739

Fuente: elaboración propia a partir de información obtenida del portal de RICYT.

*Datos correspondientes al año anterior.

**Datos correspondientes al año siguiente.

A nivel de las maestrías y para el conjunto de los países considerados (que representan una proporción muy alta en relación al total de la región) el crecimiento fue, en 10 años, del orden de un 261%. Para el nivel de doctorado, el crecimiento fue del 306%. Se trata de una verdadera explosión del sistema de pos-gradados regional.

Sin embargo, las cifras expuestas también dejan en evidencia que este asombroso crecimiento sostiene e incluso profundiza las desigualdades existentes al interior de nuestra región. Si tomamos los graduados de doctorados en ciencias sociales y humanidades para cada país correspondientes al año 2006 y su distribución relativa, quedan en evidencia las enormes desigualdades que existen respecto de investigadores formados en estos campos de conocimiento:

Graduados en doctorados en ciencias sociales y humanidades. Año 2006

País	Cantidad de graduados por país	Porcentaje de graduados por país en relación al total regional
Argentina	221	3,85 %
Brasil	3010	52,45 %
Chile	163	2,84 %
Colombia	29	0,50 %
Costa Rica	103	1,79 %
Cuba	313	5,45 %
El Salvador	1	0,02 %
Guatemala	16	0,28 %
Honduras	15	0,26 %
México	1510	26,31 %
Paraguay	63*	1,10 %
Trinidad y Tobago	5	0,09 %
Uruguay	2*	0,03 %
Venezuela	288	5,02 %
TOTAL	5739	100 %

Fuente: elaboración propia a partir de información obtenida del portal de RICYT.

*Datos correspondientes al año anterior.

Como puede observarse en el cuadro, Brasil y México concentran el 79% de los graduados en doctorados para el año correspondiente. En el otro extremo se encuentra El Salvador con el 0,02%. Es necesario considerar que en el cuadro no fueron incorporados varios países en los cuales no se contaba con datos, sin poder distinguir si se debía a falta de información o a la ausencia de graduados en doctorados de ciencias sociales y humanidades. Probablemente, algunos de esos países no los hayan tenido para ese año.

Otro aspecto a considerar es la relación entre la cantidad de graduados de posgrados y los habitantes, ya que eso nos permite ponderar el número de graduados en función de las dimensiones poblacionales de cada país:

Cantidad de graduados de posgrados (maestrías y doctorados) en ciencias sociales y humanidades. Tasa neta y por millón de habitantes. Año 2006

País	Graduados de maestría	Graduados de maestría por millón de habitantes	Graduados de doctorado	Graduados de doctorado por millón de habitantes
Argentina	1331	34,2	221	5,7
Brasil	12897	69,0	3010	16,1
Chile	1852	112,7	163	9,9
Colombia	992	22,9	29	0,7
El Salvador	346	51,2	1	0,1
Guatemala	811	62,3	16	1,2
Honduras	331	44,9	15	2,0
México	25384	242,0	1510	14,4

Fuente: elaboración propia a partir de información obtenida del portal de RICYT.

Nuevamente, los datos son elocuentes por el grado de desigualdad, con dos países –Brasil y México– con 16 y 14 graduados doc-

tores por millón de habitantes frente a los 5,7 de Argentina, el 1,2 de Guatemala o el 0,1 de El Salvador, por llamar la atención sobre sólo algunos de los casos.

Estos datos permiten también apreciar las diferencias en las orientaciones de los posgrados, con algunos países en los que han crecido relativamente más las maestrías y en otros, los doctorados. Así, Brasil es el país con más graduados doctores por millón de habitantes, pero respecto de los graduados de maestría, queda en un cuarto lugar. Chile, en cambio, es el segundo país con más graduados de maestría por millón de habitantes, pero en doctorado, queda en cuarto lugar.

5. Expansión, competencia y mercantilización

En un contexto de reducción de los recursos públicos destinados a la educación superior y al desarrollo de la ciencia y la tecnología, en el marco de los recortes presupuestarios propios de las políticas implementadas por gobiernos dictatoriales y luego por gobiernos formalmente democráticos embarcados en el programa neoliberal, los posgrados, en su proceso de expansión, desarrollaron una modalidad de funcionamiento y desarrollo alejada de la cooperación y el intercambio, y caracterizada por tres dinámicas centrales:

- Los posgrados y sus comunidades académicas han desarrollado fuertemente prácticas competitivas y de disputa: entre los propios programas de posgrado, por los recursos, por los estudiantes y hasta por los tutores y/o profesores; entre los profesores-investigadores, por recursos para sus investigaciones, para eventos académicos, etc., y credenciales; entre los estudiantes, para acceder a espacios de formación (los propios posgrados o seminarios con alta selectividad, escuelas de verano, etc.), para integrarse en equipos de investigación y también por recursos, sean estos becas de matrículas, becas de manutención, becas de movilidad, etc.
- Los posgrados se han transformado, en algunos casos, en la fuente de recursos extras en carreras y facultades ahogadas

por la falta de financiamiento, conformando espacios de privatización con funcionamientos mercantiles en universidades públicas.

- Con frecuencia, la apertura de posgrados responde más a las necesidades de consolidación de espacios de poder dentro de las instituciones que a las necesidades de formación de los graduados o a proyectos sociopolíticos educativos.

Esta modalidad de desarrollo y funcionamiento de los posgrados se inscribe, a su vez, en un contexto en el que las políticas en educación superior se han orientado a la introducción de lógicas “eficientistas” en los ámbitos académicos, con afán de medición, *rankeamiento* y asociadas a la implementación de incentivos a la productividad. Esto ha tenido fuertes consecuencias en relación con la producción de conocimiento, y muy especialmente con la formación teórica y metodológica en el campo de las ciencias sociales.

DEBATES PENDIENTES Y DESAFÍOS A FUTURO

Todo lo hasta aquí señalado ha hecho que los posgrados en ciencias sociales se hayan desarrollado desde una lógica marcadamente individualista, privatizada, más cercana a la venta de un servicio que a la producción de un bien público, tanto en las prácticas llevadas a cabo al interior de los sistemas, como en las miradas que se construyen sobre ellos desde sectores productivos, desde ciertos organismos internacionales y desde determinadas perspectivas políticas. El debate en torno a las formas de considerar a la educación superior y, dentro de ella, a la formación de posgrado, se ha visto reflejado en la reciente Conferencia Mundial de Educación Superior 2009, en París, donde se presentaron fuertes discusiones respecto de si se debía calificar a la educación superior como un “servicio público” o como un “bien público”. Fue la posición unificada de los distintos representantes de organizaciones y estados de América Latina la que logró torcer el avance en el intento de nominarla como “servicio público” (funcional a una perspectiva de mercadización de la

educación), para que finalmente en la Declaración fuese definida como “bien público”⁷.

En este contexto, se vuelve fundamental abrir la discusión sobre las dinámicas y los procesos que han dado forma a los sistemas de posgrados actualmente existentes en los países de nuestra región. Para ello, consideramos que resulta imprescindible:

- Generar espacios de encuentro, intercambio y colaboración entre los posgrados al interior de cada país y entre los diferentes países de la región.
- Propiciar diálogos que permitan una reflexión crítica sobre los programas de posgrado en América Latina hoy, sus características, sus modos de trabajo, sus orientaciones, sus propósitos.
- Discutir y articular posiciones comunes en relación con las políticas de educación superior, de ciencia y técnica, y de posgrado. Es imperioso inscribir a los sistemas de posgrados como un tema fundamental de agenda pública.

En definitiva, de lo que se trata es de reasumir el desafío de construcción de una cultura solidaria y colaborativa en el ámbito de la formación de posgrado y de la investigación académica, y de instalar a los posgrados como un tema crítico de política pública. Un objetivo que cuarenta años atrás se presentaba ya como inevitable e imperativo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aboites, Hugo 1999 *Viento del norte. TLC y privatización de la educación superior en México* (México: Ed., Casa Abierta al Tiempo).

Aboites, Hugo 2006 “Tratados de libre comercio, educación y educación superior” en Foro Internacional de la UNESCO

7 Ver entrevista a Rafael Guarga, Secretario General de la Asociación de Universidades del Grupo Montevideo (IESALC, 2009) y nota de *Página 12*, “Mucho más que una mercancía”, sección “Universidad”, 14 de julio de 2009.

- “El Nexo entre Políticas y Ciencias Sociales”, Buenos Aires, Argentina, 20 al 24 febrero de 2006.
- Bruschtein, Julián 2009 “Mucho más que una mercancía”.
En *Página 12*, sección Universidad, 14 de julio de 2009, Argentina.
- CRESALC/UNESCO 1996 Informe del Director del CRESALC.
Conferencia Regional sobre Políticas y Estrategias para la Transformación de la Educación Superior en América Latina y el Caribe de La Habana, diciembre de 1996, Caracas.
- Didou Aupetit, Sylvie 2005 *Internacionalización y proveedores externos de educación superior en los países de América Latina y en el Caribe: principales problemáticas*. (México: DIE/CINVESTAV).
- Feldfeber, Myriam 2009 “Educación ‘¿en venta?’ Tratados de Libre Comercio y políticas educativas en América Latina” en Gaudêncio Frigotto, Pablo Gentili, Roberto Leher y Florencia Stubrin (comp.) *Políticas de privatización, espacio público y educación en América Latina* (Rosario: CLACSO/Homosapiens).
- Feldfeber, Myriam y Saforcada, Fernanda 2005 OMC, ALCA y educación. Una discusión sobre ciudadanía, derechos y mercado en el cambio de siglo. Departamento de Educación, Serie Cuadernos de Trabajo N° 58 (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación).
- García Guadilla, Carmen 2003 “Balance de la década de los ‘90 y reflexiones sobre las nuevas fuerzas de cambio en la educación superior” en Marcela Mollis (Comp.) *Las universidades en América Latina: ¿reformadas o alteradas?* (Buenos Aires: CLACSO).
- Gentili, Pablo y Saforcada, Fernanda 2010 “La expansión de los posgrados en ciencias sociales: del anticolonialismo académico al desorden del mercado” en Luchilo, Lucas (comp.) 2010 *Formación de posgrado en América Latina. Políticas de apoyo, resultados e impactos* (Buenos Aires: EUDEBA).

- Gentili, Pablo 2001 *Universidades na penumbra. Neoliberalismo e reestruturação universitária* (São Paulo: Cortez Editora/CLACSO).
- Graciarena, Jorge 1974 “La formación de postgrado en Ciencias Sociales en América Latina” en *Bases para un programa latinoamericano de estudios de postgrado en Ciencias Sociales. Informe de la secretaría Ejecutiva. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- IESALC (2009) Entrevista a Rafael Guarga (AUGM). En Boletín IESALC Informa N° 196, Caracas.
- Leher, Roberto 2009 “Estrategias de mercantilización de la educación y tiempos desiguales de los tratados de libre comercio: el caso de Brasil” en Gaudêncio Frigotto, Pablo Gentili, Roberto Leher y Florencia Stubrin (comp.) *Políticas de privatización, espacio público y educación en América Latina* (Rosario: CLACSO/Homosapiens).
- Luchilo, Lucas (comp.) 2010 *Formación de posgrado en América Latina. Políticas de apoyo, resultados e impactos* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Luchilo, Lucas 2007 “Migraciones de científicos e ingenieros latinoamericanos: fuga de cerebros, exilio y globalización” en Jesús Sebastián (ed.) *Claves del desarrollo científico y tecnológico de América Latina* (Madrid: Fundación Carolina/Siglo XXI).
- Red Iberoamericana de Indicadores de Ciencia y Tecnología 2009 *El Estado de la Ciencia 2009. Principales Indicadores de Ciencia y Tecnología Iberoamericanos / Interamericanos* (Buenos Aires: RICYT).
- Red Iberoamericana de Indicadores de Ciencia y Tecnología 2010 *El Estado de la Ciencia 2010. Principales Indicadores de Ciencia y Tecnología Iberoamericanos / Interamericanos* (Buenos Aires: RICYT).
- Red Iberoamericana de Indicadores de Ciencia y Tecnología 2011 *El Estado de la Ciencia 2011. Principales*

Indicadores de Ciencia y Tecnología Iberoamericanos / Interamericanos (Buenos Aires: RICYT).

RICYT 2012 Portal de la Red Iberoamericana de Indicadores de Ciencia y Tecnología. Disponible en: <<http://ricyt.org.elsevier.com/>>. Último acceso en: 27 de feb. 2012.

Rodríguez Gómez, Roberto (2004) “La educación superior transnacional en México: el caso Sylvan-Universidad del Valle de México” en *Educación y Sociedad*, vol. 25, n. 88, especial (Campinas).

Saforcada, Fernanda 2009 “Alambrando el bien común: conocimiento, educación y derechos sociales en los procesos de privatización y mercantilización de las últimas décadas” en Gaudêncio Frigotto, Pablo Gentili, Roberto Leher y Florencia Stubrin (comp.) *Políticas de privatización, espacio público y educación en América Latina* (Rosario: CLACSO/Homosapiens).

UIS. Portal del Instituto de Estadísticas de UNESCO. Disponible en: <www.uis.unesco.org>. Último acceso en: 28 de feb. 2012.

Verger, Antoni (2006) “La liberalización educativa en el marco del AGCS/GATS: Analizando el estado actual de las negociaciones” en *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, Vol 14, N° 9. Arizona State University / University of South Florida. Recuperado en marzo de 2006 en <http://epaa.asu.edu/epaa/>

PARA PENSAR LOS POSGRADOS*

JOSÉ IGNACIO LÓPEZ SORIA**

No esperen de mí, en esta oportunidad, que enriquezca los conocimientos sobre los posgrados y los programas de becas a fin de mejorar el rendimiento de estos subsistemas del gran sistema social. De ellos venimos desde ayer intercambiando informaciones y opiniones, alimentados por enjundiosas exposiciones que recogen el fruto de minuciosas investigaciones sobre algunos de los países y sobre la región iberoamericana.

Mi intervención hoy consistirá más en una invitación a pensar estos subsistemas que a conocerlos. Y así, con el permiso de los organizadores de un evento de cuya trascendencia para los estudios de posgrado no es razonable dudar, voy a permitirme participar desde una perspectiva que, por un lado, recoge mi propia experiencia de más de 20 años de profesor de posgrado y,

* Ponencia en el *Taller internacional: Resultados e impactos de los programas de apoyo a la formación de posgrado en Iberoamérica*. Lima, 20-21 julio 2009. Organizado por: El Centro de Altos Estudios Universitarios de la Organización de Estados Iberoamericanos y la Universidad Antonio Ruiz de Montoya (jesuitas) de Lima.

** Filósofo e historiador. Profesor de posgrado de la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), la Universidad Mayor de San Marcos (UMSM) y la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, del Perú. Fue rector de la UNI y representante de la OEI en Lima.

por otro y sobre todo, da rienda suelta a ya viejas inquietudes e inseguridades. Quiero dejar anotado desde el comienzo que estas inquietudes e inseguridades son expresión de una perplejidad que me viene de haber tomado en serio la complejidad de la actualidad. Y llamo compleja a la actualidad no porque esté hecha del entretejido de numerosas variables, sino porque carecemos de categorías conceptuales y axiológicas que nos permitan leer en clave auroral, y ya no sólo apologética o autocomplaciente y crepuscular, los signos de los tiempos.

Me referiré en cada caso en primer lugar, aunque sea solo en sus rasgos más generales, a nuestro propio tiempo, el contexto, para abordar luego el texto, los posgrados, que estamos tratando de inscribir en ese contexto.

Ya este punto de partida, hacer del contexto el horizonte de significación y provisión de sentido del texto, por una parte, nos hace caer en la cuenta de que tenemos un problema de sentido, como nos decía ayer magistralmente Vicente Santuc, y, por otra, nos invita a tomar distancia del paradigma epistémico desde el que frecuentemente se piensan, organizan, gestionan y evalúan los posgrados.

Del contexto, en general, me interesa resaltar, sin ninguna intención exhaustiva, solo aquellos rasgos que nos convocan a pensar desde más allá de la episteme que hemos heredado del proyecto moderno: la globalidad, entendida como necesidad de tener el globo como marco de referencia para toda acción humana; la sostenibilidad de la habitabilidad del planeta; la liberación de las diferencias o toma de la palabra por las diversidades que enriquecen la vida humana; el debilitamiento de las seguridades epistemológicas, axiológica, simbólicas y prácticas que nos vienen de las diversas formas del metadiscurso de la modernidad; y lo que podríamos llamar la *informatividad* o sociedad del conocimiento.

A estos rasgos de la actualidad habría que añadir los que ya conocemos y que resultan del incumplimiento, especialmente en América Latina, de las promesas de equidad, libertad, justicia, solidaridad y bienestar del proyecto moderno.

He querido diferenciar estos dos tipos de rasgos, los propios de la actualidad y los heredados del pasado de nuestro propio presente, para hacer caer en la cuenta de los diversos horizontes de significación desde los que hay que abordar el tema de los posgrados.

Entendidos en el marco de las promesas incumplidas de la modernidad (contextos de pobreza, inequidad, desarrollos desiguales, etc.), los posgrados son pensados, en el mejor de los casos, cuando no se reducen a simple mercancía, como medios para el cumplimiento de esas promesas en lo social o en lo individual. Ya esta condición de medios para el cumplimiento de las promesas de la modernidad lleva a los posgrados, en cuanto componentes del mundo de la cultura, a inscribirse en una racionalidad que acompaña a la lógica del poder y la fortalece. Al volverse funcionales a la racionalidad moderna, los posgrados —es decir la cúspide del ejercicio del conocimiento— dejan de ser espacios para el pensamiento crítico y creativo, para convertirse, cuando lo consiguen, en piezas que mejoran la eficiencia de un sistema de cuya universalidad es hoy razonable dudar.

Se pone el acento en el logro social de los objetivos del proyecto moderno cuando, por ejemplo, se orientan los posgrados a promover el desarrollo de la sociedad por las vías de la aclimatación de modelos societales que resultaron exitosos en otros contextos. Es indiscutible que la invención científica y la innovación tecnológica han sido componentes esenciales de los proyectos de modernidad occidental. Esta “*indiscutibilidad*” se convierte en norma para todo posible proyecto social de mejoramiento de la calidad de vida. Es decir, saltamos del “haber sido” al “deber ser” o, dicho de otra manera, convertimos el “orden existente” (lo que es, lo particular) en “orden de existencia” (lo que debe ser, lo universal) a través de una operación de *desenraizamiento* de su propio ámbito cultural de una de las dimensiones institucionales de la modernidad, la forma concreta de producción y difusión de conocimientos.

Cuando se pone el acento en lo individual se facilita el acceso y permanencia en los estudios de posgrado a individuos de sectores étnica, lingüística o económicamente marginados. Se elaboran para ello estrategias de becas para estos sectores, con

el loable pero discutible objetivo de cumplir con los principios de equidad e inclusión social, a costa de la neutralización o despoja-
miento de las pertenencias culturales de los incluidos.

En uno y otro caso, el posgrado es visto como lo que viene después del grado, en un orden de sucesión lineal y progresiva según el cual la etapa “pos” no es sino un perfeccionamiento de la etapa “ante”, y por lo tanto sirve para proveer al participante de competencias (conocimientos, actitudes y procedimientos) para mejorar el rendimiento de lo que haría si se hubiera quedado en la etapa “ante”.

Importante es advertir que, organizado de esta manera, el posgrado apunta a proveer de conocimientos para mejorar el rendimiento del sistema -como de hecho ocurre especialmente con las maestrías y doctorados *profesionalizantes*-, pero no convoca al participante ni le provee de instrumental teórico y práctico para pensar críticamente la actualidad. No voy a entrar en disquisiciones lingüísticas, pero no es lo mismo proveer de conocimientos que convocar al pensamiento. La provisión de conocimientos sigue siendo fiel a la relación sujeto/objeto, tan propia de la estrategia cognitiva moderna, mientras que la convocación al pensamiento se inscribe en la perspectiva postmoderna de la intersubjetividad y de la acción intercomunicativa. Por otra parte, el conocimiento no pone en cuestión el modelo societal imperante y sigue considerando que la equidad se soluciona por las vías de la inclusión, y que las distancias en el desarrollo se acortan mejorando los desempeños de los sistemas. No es este el lugar para profundizar en el tema, pero al menos conviene dejar dicho que la idea de que el desarrollo se logra para todos mejorando los desempeños dentro del sistema imperante se inscribe en una ciencia o metafísica -los límites entre ciencia y metafísica son cada vez más borrosos- que entiende la historia como un proceso linealmente progresivo y teleológico, es decir conducente a un fin predeterminado.

La orientación que concibe, diseña y gestiona los posgrados teniendo en cuenta los rasgos característicos de la actualidad se sabe enfrentada a retos -globalización de la convivencia, habita-

bilidad del planeta, *informatividad* del conocimiento, liberación de las diferencias y debilitamiento de las seguridades epistémicas— para cuyo afrontamiento no encuentra fácilmente categorías e instrumentos teóricos y prácticos en la racionalidad heredada de la modernidad.

Si se miran estos desafíos desde la racionalidad moderna se leerán los signos de los tiempos en clave o crepuscular o auto-complaciente y apologética.

Quienes leen estos signos en clave crepuscular los entienden como anuncios de la decadencia de la modernidad y especialmente del desborde de sus dimensiones institucionales. Ya a mediados del siglo pasado Daniel Bell, en *Las contradicciones culturales del capitalismo* y en *El fin de las ideologías*, nos advertía de que la decadencia de la modernidad estaba a la vuelta de la esquina y para evitarla había que volver a la ética protestante que, al decir de Weber, estaba en el origen del proyecto moderno. Desde esta perspectiva la globalización es leída como aplastamiento de los nacionalismos y pérdida de identidades locales, la transnacionalización de la oferta educativa como competencia incontrolable y de dudosa calidad, la informatización y telematización del conocimiento como vulgarización del mismo, la posible inhabilitabilidad del planeta como tragedia inevitable, la liberación de las diferencias como atentado contra la necesaria homogeneidad y, finalmente, el debilitamiento de los discursos metarrativos y sus expresiones epistémicas y axiológicas como un allanamiento del camino para el imperio de la irracionalidad.

Los posgrados que se inspiran en esta visión de los tiempos tenderán a volver a las prácticas de los inicios de la modernidad y, en nuestro caso, en donde la modernidad se redujo a procesos de modernización de determinadas subsistemas sociales (el estatal, el productivo, el mercantil...), el acento se pondrá en la necesaria racionalización de dichos subsistemas por las vías de una gestión informatizada de los mismos. De ahí la manifiesta preferencia en los posgrados por el mundo de la gestión administrativa, económica, financiera, jurídica, política, etcétera.

Por otra parte, la lectura apologética y autocomplaciente de los signos de los tiempos se traduce en la creencia de que hemos llegado ya al fin de la historia al desaparecer de ella las bipolaridades y que, consiguientemente, la criticidad es una patología de la que debemos curarnos para ver lo que hay como lo que debe haber, para que el orden de lo que hemos llegado ser se convierta en el orden de lo que debemos ser. Lo que importa desde esta perspectiva es adelantarnos a lo que está por venir, acercarnos al horizonte de lo posible, haciendo que la prospectiva informe todo diseño de estudios avanzados. Y así el curarse de la criticidad y el atenerse a prospecciones se convierten en piezas clave del horizonte de significación desde el que se conciben, diseñan y gestionan los posgrados. En la evaluación de los mismos, el atenerse a prospecciones es considerado un importante criterio para sopesar la calidad de una oferta formativa de posgrado, pero el curarse de la criticidad queda en la sombra: no disponemos fácilmente de información relativa a la medición de la pérdida de criticidad de los posgrados. Y esto no es casual. Nosotros mismos, independientemente de nuestras procedencias, nos movemos hoy en contextos académico-institucionales en los que importa más el conocimiento que el pensamiento, la información que la reflexión. Y cuando esto ocurre la pérdida de criticidad se acentúa y, al mismo tiempo, se invisibiliza es decir, deja de percibirse como carencia. En el conseguir que la pérdida de criticidad deje de percibirse como carencia está el curarse de la enfermedad de la crítica que nos viene de antiguo. A juzgar por lo que conocemos de los posgrados e incluso por las exposiciones aquí sostenidas, que ponen de relieve la importancia relativa de los posgrados orientados a proveer de competencias para mejorar el rendimiento profesional, me atrevo a suponer que la criticidad en el reino de los posgrados va remitiendo como una enfermedad de la que estamos consiguiendo liberarnos.

Finalmente, es posible mirar la actualidad en perspectiva auroral, como una época de dolores de parto de dimensiones nuevas de la posibilidad humana y de la convivencia con el otro, con la naturaleza y con lo sagrado o “absolutamente otro”. Esta perspectiva no olvida ni quiere olvidar las promesas incumplidas de la mo-

derinidad (justicia, equidad, libertad, solidaridad, bienestar), pero se sabe además convocada a pensar y a tomarse en serio la globalidad, la toma de la palabra por las diversidades, la gestión de la información, el cuidado de la habitabilidad del planeta, el debilitamiento de las seguridades epistemológicas y axiológicas, etcétera.

Cuando los posgrados son pensados para responder a la doble tarea de, por un lado, cumplir las viejas promesas de la modernidad y, por otro, hacerse cargo de los desafíos de la actualidad, la formación de posgrado se orientará a eliminar la pobreza, facilitar la equidad, generalizar el bienestar, etc., y, además y convergentemente, mirará la globalidad como ampliación del horizonte para la realización de la posibilidad humana, la liberación de las diferencias como el cumplimiento del derecho a la palabra por el otro, la accesibilidad de la información como facilidad para la democratización del conocimiento, el cuidado del planeta como responsabilidad compartida y acercamiento entre el habitar y el cultivar, y la pérdida de aura de las seguridades tradicionales contenidas en la metafísica, la teología y la ciencia como la condición de posibilidad para prestar oído atento a la palabra del otro.

Mucho me temo que si tradujéramos estos conceptos en variables y buscásemos indicadores para saber si informan o no a la actual oferta de posgrados en ciencia y tecnología, llegaríamos fácilmente a la conclusión de que están más ausentes que presentes y de que incluso no faltarán quienes no miren esa ausencia como una carencia.

Me quedo aquí, pero no quiero terminar sin dejar anotado que en los posgrados lo que sobra de conocimiento falta de pensamiento. Conocer es gestionar información. Pensar es autocercioramiento y convocación. Y en el caso de los posgrados lo que más convoca al pensamiento, lo que más merece que pensemos es la escasa importancia que atribuimos al pensar. Por eso es importante este seminario, porque nos provee de nuevos conocimientos, pero también y principalmente nos convoca al pensamiento.

COLECCIÓN RED DE POSGRADOS EN CIENCIAS SOCIALES

¿Cómo pensar en la actualidad la producción de conocimiento y la formación de investigadores en ciencias sociales? ¿Cuáles son los desafíos que se nos presentan hoy, luego de décadas de hegemonía neoliberal y de predominio de lógicas económicas, tecnocráticas y/o eficientistas en la regulación de la producción y la circulación del conocimiento en la educación superior? ¿Qué capacidad tenemos de mirarnos y repensar lo que estamos haciendo? El presente volumen reúne un conjunto de trabajos que aportan interesantes reflexiones y análisis sobre las ciencias sociales, las perspectivas desde las cuales se investiga, las políticas que regulan el campo y el sentido de la formación de cientistas sociales en nuestras sociedades. Son trabajos que destacan por su riqueza, pero, sobre todo, por la honestidad intelectual que supone el gesto de mirar lo propio desde un lugar no complaciente, con rigor crítico.

La variedad de los artículos reunidos y de las perspectivas y las posiciones desarrolladas por sus autores refleja el gesto de comenzar a mirar(nos) el campo de las ciencias sociales y las formas institucionales que han asumido en las últimas décadas, de la mano de la expansión de los posgrados, así como la intención de renovar las miradas críticas respecto de las condiciones de producción y de formación en investigación social, y de su inscripción y significación en los procesos sociales, políticos y económicos actuales.

Patrocinado por



Agencia Sueca de Desarrollo Internacional

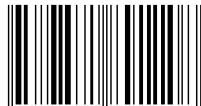
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

ISBN 978-987-1891-10-8



9 789871 891108